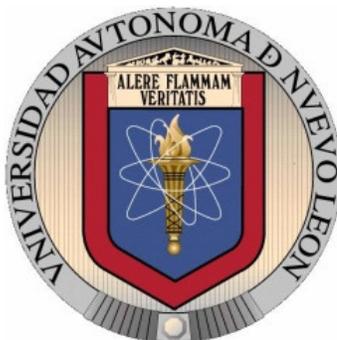


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
FACULTAD DE PSICOLOGÍA
SUBDIRECCIÓN DE POSGRADO



ENSAYO DE MUERTE... Y UNA MINIFALDA
LA VIDA Y MUERTE EN UN CASO DE NEUROSIS OBSESIVA

TESIS

**COMO REQUISITO PARCIAL PARA OBTENER EL GRADO DE MAESTRO EN
PSICOLOGÍA CON ORIENTACIÓN EN CLÍNICA PSICOANALÍTICA**

PRESENTA:
LIC. NANCY GONZÁLEZ PICO DE LA ROSA

MONTERREY, N.L., DICIEMBRE DEL 2011

AGRADECIMIENTOS

Llegar a término con mis estudios de postgrado tiene a este ensayo de muerte como su prueba. Ha sido una maestría *familiar*, en la que mis padres y hermanos contribuyeron con cada clase y trabajo final para cuidar a mi hija. Fueron poco más de dos años y medio en los que mi esposo y yo decidimos vivir en distintas ciudades porque apostamos a mi realización profesional, la cual llega ahora a este logro que, como en otros, he contado siempre con su apoyo y motivación para alcanzarlos. Y aunque mi hija no sepa leer aún, a ella también le doy sus méritos por ser comprensiva y recibirme siempre con mucho cariño después de estar trabajando. Muchas gracias a cada uno. Los quiero, y con el mismo cariño espero responder su enorme apoyo.

Agradezco también a mi director de tesis el Dr. Manuel Gpe. Muñiz García, a mis revisores: Mtra. Carmen Hernández Villarreal y Dr. Guillermo Vanegas Arrambide. A todos mis maestros y supervisores que con sus enseñanzas hicieron esto posible. Considero que no hay mejor legado que el hacernos cuestionar, emitir críticas sustentables y reflexionar acerca de nuestra labor. Después de cinco semestres, me quedo con mucho de ello.

Disfruté de numerosas discusiones en clase, de cátedras interesantes, así como también de realizar este estudio de caso, pues me plantea una breve exposición de mi trabajo clínico y teórico, el cual, espero también puedan leer con agrado, ya que ha sido todo un gusto, con cada uno de los aquí mencionados, haber estado a su lado como alumna, hermana, hija, mamá y esposa. ¡Gracias!

ÍNDICE

<i>AGRADECIMIENTOS</i>	2
<i>ÍNDICE</i>	3
<i>INTRODUCCIÓN</i>	5
<i>I. ANTECEDENTES</i>	6
I.1 Objetivos.....	8
I.2 Objetivo general.....	8
I.3 Objetivos específicos.....	8
I.4 Justificación.....	9
<i>II. BREBAJE TEÓRICO EN EL QUE SIN MORIR SE ENGARZA</i>	11
II.1 Esquema de marco teórico	11
II.2 La segunda pregunta.....	11
II.3 La primera pregunta.....	15
<i>III. METODOLOGÍA</i>	17
III.1 Unidad de Servicios Psicológicos (USP) Contexto impune	20
<i>IV. UGOLINO Y COMPAÑÍA</i>	23
IV.1 Ugolino	24
<i>V. LA PERSPECTIVA FREUDIANA</i>	36
V.1 Comenzando por el cuadrado	36
V.2 La neurosis obsesiva: una trayectoria sin planes.....	36
V.3 Sigifredo en Sigismundo	39
a) <i>El reproche</i>	39
b) <i>La culpa, la gran culpa</i>	42
c) <i>Pensamiento obsesivo</i>	47
d) <i>La duda</i>	51
e) <i>Productos obsesivos</i>	54
f) <i>La deuda</i>	57
g) <i>Te amo y te odio</i>	58

h) <i>Mecanismos de defensa</i>	65
i) <i>Fijación anal</i>	67
j) <i>Especificidad</i>	68
VI. LA PERSPECTIVA LACANIANA	69
VI.1 Tres tiempos, un atentado	69
VII. PULSIÓN DE MUERTE	75
VIII. PULSIÓN DE MUERTE Y LA NEUROSIS OBSESIVA	88
VIII.1 Ensayo de muerte... y una minifalda	88
VIII.2 Pulsión de muerte del cadáver viviente.....	95
VIII.3 Ensayo de muerte... ¿y una diarrea?.....	97
VIII.4 Contratransferencia inmiscuida.....	99
IX. DISCUSIÓN	100
X. VIDA Y MUERTE EN UN CASO DE NEUROSIS OBSESIVA	107
BIBLIOGRAFÍA	109

INTRODUCCIÓN

Cuando un sujeto abre y cierra la puerta tres veces, colocando su pie en la orilla de la línea del piso, primero con la mano y pie derecho, luego con el izquierdo, contando en todo ese lapso del uno al diez en pares y nones, y luego al revés: hablamos de un ritual obsesivo. Cuando los eventos importantes de la vida parecieran no teñirle emoción a su sentir: hablamos del aislamiento afectivo. Cuando el sujeto queda paralizado por la indecisión: hablamos de la duda obsesiva. Es decir, cuando la vida se trata de seguir un protocolo, sin matices de enojo o tristeza, quedando inmovilizado por sus ideas que lo aquejan: hablo de neurosis obsesiva. Hablo de Ugolino, sujeto del caso clínico.

Una impresión diagnóstica rápida no queda desatinada después de considerar estas características particulares de la neurosis obsesiva. Sin embargo, cuando aparecen inhibiciones, un bloqueo en su asociación libre, compulsiones y la negación como distintivo de su discurso, inmediatamente pensamos en pulsión de muerte. Esto me hizo cuestionar a cerca de una posible e imposible distinción entre lo que es un síntoma obsesivo y las manifestaciones de dicha pulsión en Ugolino.

La neurosis obsesiva me llevó a la revisión de esta otra conceptualización que nos muestra la linealidad, el reposo, la paz, la muerte psíquica, pero también su contraposición que refiere a la pulsión de vida. Es decir, ya no sólo se trataba de una parálisis que asemejaba a Ugolino con un muerto viviente, era visualizar una lucha pulsional en la que se debatían la pasividad y el sentir de la vida. Ahí encontramos la minifalda, colores vivos, así como también una colitis o caída del pelo que le hacían recordar que tenía un cuerpo sin morir.

I. ANTECEDENTES

Un justo inicio me remite a traer a cuenta al médico francés Jules Falret (1824-1902), ya que fue el primero en introducir el término obsesión, “(...) para designar el fenómeno de influencia en virtud del cual el sujeto es asediado por ideas patológicas, por una falta que lo acosa y obsesiona al punto de hacer de él un muerto vivo.” (Roudinesco, 1997, Pág. 755). Es decir, la muerte, desde este primer momento de encuentro, se comienza a perfilar bajo este cuadro. Más tarde, el psiquiatra alemán Richard von Krafft-Ebing (1840-1902) utiliza el término *Zwang* para referirse a la compulsión, en donde “(...) el sujeto se obliga a actuar y pensar contra su voluntad” (Roudinesco, 1997, Pág. 755). Ambos términos, obsesión y compulsión, serán por lo tanto el prelude para que en 1894 Freud, en su artículo *Las neuropsicosis de defensa*, distinga de la histeria a la neurosis obsesiva. Quizá sea aquí el comienzo, de lo que para muchos, es el estudio fascinante, de esta estructura que hasta hoy sigue generando cuestionamientos, siendo tan sólo uno del que me apropio inicialmente para dar rienda suelta a otras divagaciones: ¿cómo comprender esta presencia insistente de la muerte en “(...) uno de los grandes cuadros de la clínica psicoanalítica” (Laplanche, 1967, Pág. 249), y con ello refiero a la neurosis obsesiva, pensándolo desde su “especificidad etiopatogénica” (1967, Pág. 250), hasta como aquél sujeto que no mediatiza su deseo por él mismo, permaneciendo atrapado en el deseo insatisfecho de su madre?, ¿pensándolo en su especificidad etiopatogénica y su enlace explicativo en relación a la pulsión de muerte?

Una revisión bibliográfica sobre la neurosis obsesiva en general, ya no digo sobre la posibilidad de leer específicamente sobre el sentido de muerte en ésta, comparada con la posibilidad de investigar sobre la histeria de conversión, dista mucho en material publicado, pareciera que la histérica sigue seduciendo en sus infinitas variantes para presentarse o tan sencillo como pensar

que sigue dando mucho de qué hablar, quedando los *obsesivos* y sus teorizaciones, como unos ligados entre sí a la concreción afín. ¿Tan cuadrado es el asunto que no hay mucho qué decir por lo que no nos quedará más que el incurso de la fase anal para responder al *ahorro* de explicaciones basadas en un *acomodo* lógico que sólo hacen reafirmar que contratransferencialmente algo se plasmó también ahí mismo?, ¿Será esa abducción afectiva característica la que impida la emoción al escritor para hablar más sobre estos sujetos deambulando un sentido de vida que los haga excitarse aunque sea en una timidez para sentir que aún no han muerto?

Hacer explícito el sentido de muerte en un caso de neurosis obsesiva es por demás redundante. No se plantea nada nuevo al volver a mencionar la caricaturesca versión del obsesivo figurado como aquél que vive fuera de sí mismo, como una especie de “cadáver viviente” (Leader, 2004, Pág. 68). ¿Qué si está vivo o muerto? Trillado ya es el “muerto en vida”, pero resulta quizá bondadoso ahora situar lo que ha muerto, bajo qué mecanismos y dinámica, qué hacer con los restos de vida y con los restos de esa parte fallecida. ¿Qué no es esta posibilidad de pensar al obsesivo una suficiente justificación para adentrar a su mundo de defunciones?

Ugolino Sigifredo es el sujeto del caso, su “doble hacer de las cosas” el motivo de consulta, la neutralidad emocional su ceguera, el bienestar de su amiga Milburga su idea obsesiva, sus sueños coloridos, y una minifalda por ahí, una escapatoria de sus afectos. El amor de su madre lo espanta y comparte una historia triangular con su padre en el idilio con dos mujeres. Por supuesto que no se le olvida contar, tiene algunas supersticiones, su indecisión lo paraliza, sus racionalizaciones le hacen justificar su inmovilización, pero lo que no señaló es a cerca de su vida sexual infantil ni sobre la actual. Indiscutible la impresión diagnóstica hasta el momento. Discutible es lo que atraviesa en sus pensamientos para reemplazar a la acción y quedar en su ensayo de muerte.

I.1 Objetivos

Al escuchar: “El caso Juanito”. Inmediatamente pensamos en fobia. Si escuchamos: “Dora”. Pensamos en histeria de conversión. Existen diversos casos que no sólo nos describen la situación clínica, sino que son utilizados para generar o comprobar la teoría. El caso clásico por excelencia de la neurosis obsesiva es el del Hombre de las Ratas escrito por Freud en 1909, y será el caso de referencia principal. La sintomatología en este cuadro no se ha modificado en comparación con el de la histeria, por lo que sigue manteniendo su vigencia. Sin embargo, desde la perspectiva técnica, ésta se ha ido enriqueciendo con el tiempo, lo que nos deja un campo para reflexionar sobre esto mismo. Es importante no olvidar que ningún caso clínico en sí tendrá como objetivo llegar a la verdad última de la subjetividad humana, por lo que la consolidación teórica que pueda surgir posteriormente, tendrá, como ahora lo hacemos en este momento, la posibilidad de referirse a estas investigaciones.

I.2 Objetivo general

El objetivo general es llevar a cabo la descripción de un caso clínico, correspondiente a la neurosis obsesiva, desde la postura freudiana y Lacan, con el fin de explicar y comprender, aparte de las generalidades de la estructura, la pulsión de muerte presente en este cuadro.

I.3 Objetivos específicos

Los objetivos puntuales por cubrir son:

1. Explicar desde *la perspectiva freudiana* la estructura neurótica obsesiva enlazada al caso clínico.

2. Explicar desde *la perspectiva lacaniana* la estructura neurótica obsesiva enlazada al caso clínico.
3. Dar explicación a la *pulsión de muerte*
4. Puntualizar el enlace teórico y clínico entre la *pulsión de muerte y la neurosis obsesiva*

El desarrollo de cada uno de los objetivos, con el mismo orden, forma parte de la secuencia que pretende guiar el curso teórico. Previo a ello se hace constar ampliamente el caso clínico citado para mayores referencias posteriores. Cada uno de los apartados contendrá la explicación teórica pertinente vinculado al caso clínico, así como otros cuestionamientos que puedan dar pie a reflexionar sobre la problemática en cuestión.

I.4 Justificación

Pensar en diferenciar y separar tangiblemente lo propio de la neurosis obsesiva, de la pulsión de muerte, pareciera inicialmente pensar en la inutilidad e imposibilidad para lograrlo. Sin embargo, la apuesta se dirige a visualizar cómo éstas, si bien tienen sus particularidades, se entrelazan. Metapsicológicamente genera una confusión, y técnicamente el trabajo es distinto. La interpretación no será igual.

De entrada existe un recorte teórico psiquiátrico del cual no hay cabida para diferenciaciones con el Trastorno obsesivo-compulsivo; tampoco incluyo el enfoque biológico relacionado con otras posibilidades médicas de tratamiento o de explicación para lo que llaman “padecimiento”. Son dos ejes teóricos psicoanalíticos por abordar: ortodoxo y lacaniano, ambos con sus representantes y otras propuestas teóricas enlazadas. André Green, Assoun, Laplanche, Dor, Frank García-Castrillón, y otros autores, son retomados para hacer uso de sus contribuciones al caso clínico.

Una justificación social añadida a este estudio de caso, forzada, puede incluirse al considerar las explicaciones científicas, y pseudocientíficas también, utilizadas como razones por los pacientes hacia sus tormentos mentales. El sufrimiento y agotamiento que puedan sentir con tantos rituales, ideas o culpas, los hace vivir esclavos del perfeccionamiento, la limpieza, el orden, o de las buenas intenciones. Culturalmente hablando, son cualidades deseadas, sin saber que lo puesto en juego es un desorden de pulsiones que han encontrado su expresión bajo el costo de la imposibilidad de no poder dejarlo de hacer/ser. Este ajuste rígido a los ideales sociales, familiares o personales, suele ser bien visto, y más allá de lo que pudiera ser una superación personal o esfuerzo, es más bien una manda interna de la que no se pueden desapegar. De eso hay que hablar y el caso clínico es entonces un medio para dar cuenta de estos síntomas y hechos sociales que no podemos seguir dejando con el atributo y tributo de los “matados del trabajo” o “una santa madre”.

II. BREBAJE TEÓRICO EN EL QUE SIN MORIR SE ENGARZA

II.1 Esquema de marco teórico

Inicialmente planteé dos preguntas, que de manera breve son: ¿cómo comprender la presencia insistente de la muerte en la neurosis obsesiva, pensándola desde su “especificidad etiopatogénica” (Laplanche, 1967, Pág. 250), hasta como aquél sujeto que no mediatiza su deseo por él mismo, permaneciendo atrapado en el deseo insatisfecho de su madre?, ¿pensándolo en su especificidad etiopatogénica y su enlace explicativo en relación a la pulsión de muerte?

La primera pregunta refiere a un marco teórico referente a la teoría lacaniana y la segunda a uno freudiano propiamente. Si bien la segunda pregunta es una comparativa en la que se habrá de distinguir qué tanto es pulsión de muerte y qué tanto son pensamientos y afectos propios de la neurosis obsesiva, la primera pregunta es para no dejar de lado otra corriente teórica importante que se acerca de un modo muy particular a la comparación del neurótico obsesivo con un muerto. Situar lo que ha muerto, bajo qué mecanismos y dinámica, qué hacer con los restos de vida y con los restos de esa parte fallecida, será a partir de lo que cada referente teórico de cuenta al respecto.

II.2 La segunda pregunta

Es pertinente esclarecer los rasgos obsesivos entrelazados a las manifestaciones de la pulsión de muerte, de lo contrario, sería dejarlo todo a un cuadro de neurosis obsesiva, cuando lo que está en juego es también la pulsión de muerte (y hablo precisamente del caso en cuestión). Lo que hace preguntarme: ¿Cómo diferenciarlos?, ¿Tendrá dicha discriminación una repercusión en los señalamientos e interpretaciones durante el tratamiento?, ¿En algún otro caso más será oportuno

hacer tal distinción?, ¿Hasta dónde ha habido confusión entre “rasgos obsesivos” en algún otro caso clínico, con manifestaciones de la pulsión de muerte?

Desde la pulsión de muerte habría que considerar los postulados siguientes que guiarán la comparación:

- “Un gran dolor está siempre presente cuando el instinto de muerte opera” (Green *et al*, 1984, Pág. 44)
- “(...) el instinto de muerte es una tentativa realizada con vistas a no percibir, a no sentir, a rehusar los goces y el dolor de vivir (...)” (Green *et al*, 1984, Pág. 44)
- Sobre la culpa: “Freud llegó a la conclusión de que en lo profundo todo sentimiento de culpabilidad proviene de la operación del instinto de muerte. (...) Así, el trabajo del instinto de muerte suscita el temor, el dolor y la culpabilidad en el yo que desea vivir y permanecer intacto” (Green *et al*, 1984, Pág. 44)
- “(...) es preciso entender por pulsión de muerte la lucha activa, permanente y obstinada, por recuperar un estado de paz conocido anteriormente: esfuerzo por desembarazarse de lo que es vivido como perturbador y/o mantenedor de la inquietud. La muerte no es sino una forma particular de este estado de paz y la destrucción no es más que un medio de luchar para alcanzarlo” (Green *et al*, 1984, Pág. 51). (“Estado de paz” como tendencia a un alejamiento a algo). (En el caso clínico, ubicarlo para referirme a la paralización que sufre y no lo deja actuar).

- La negación –sucesora de la expulsión- pertenece al instinto de destrucción. (Freud, 1925, Pág. 2886) (Veía como panorama rosa su relación con Milburga¹ cuando en realidad ella lo hacía a un lado cuando quería)
- “(...) la manifestación propia de la destructividad de la pulsión de muerte es el desinvertimiento” (Green *et al*, 1984, Pág. 74). (¿qué decir de “Milburga la descategorizada”?, por ejemplo)

Ahora pasemos a la contraparte.

En la neurosis obsesiva, desde Freud, el sujeto parecería no percibir, no sentir, rehusaría los goces y el dolor de vivir, tal cual descripción de la pulsión de muerte, sin embargo, desde este cuadro, lo explica así: “(...) la represión no se produce por medio de la amnesia, sino de la destrucción de las relaciones causales mediante la supresión de los afectos” (1909, Pág. 1478). Es decir, utiliza los mecanismos de defensa de anulación retroactiva, aislamiento afectivo y formación reactiva, todos dirigidos a dejarlo en un estado emocional de neutralidad, sin matices de enojo, alegría o tristeza que le permitan sufrir de otra manera que no sea en silencio.

Freud menciona: “(...) los motivos recientes de la enfermedad aparecen conservados en la memoria. (...) En lugar de olvidar el trauma, le ha despojado de su carga de afecto de manera que en la conciencia queda tan sólo un contenido ideológico indiferente y juzgado insignificante”. (1909, Pág. 1461) Si uno le pregunta al paciente: “¿Cómo te sientes con respecto a...?” Él contesta: “bien”, porque no se siente *mal*, es como estar “bien” con su pareja porque no están “mal”. Los sucesos que hubiera vivido como aquéllos cargados de afectos por la discusión misma, por ejemplo, los vive como un: “es que era de esperarse” (agreguemos las

¹ Milburga es uno de los personajes de la historia de Ugolino que será descrita en el capítulo IV.

racionalizaciones que ayudan a justificar los hechos y actitudes de los demás y de él mismo). Parecería que nada le atraviesa para hacerlo responder desde él, desde donde vive. Él es el claro ejemplo de la dinámica del odio rechazado a lo inconsciente. Y es después de un año y medio de tratamiento, que puede hacer ver que el amor sentido no extingue el odio mismo. Es decir, sería la forma de teorizar lo que por pulsión de muerte se entiende como su intento por desembarazarse de lo que es vivido como perturbador y/o mantenedor de la inquietud.

Freud señala en el caso del Hombre de las Ratas otras características del neurótico obsesivo que parafraseo a continuación:

- Su obsesión tiende a compensar la duda y rectificar su insoportable estado de inhibición.
- Su acto sustitutivo se exterioriza en mandatos, prohibiciones, alterna su impulso amoroso y hostil.
- Siente intensa angustia si no ejecuta el mandato obsesivo.
- El pensamiento reemplaza a la acción.
- Necesita de la inseguridad o la duda.
- Culpa, deuda simbólica.
- Su obsesión protectora significa una reacción contra el impulso contrario: el hostil, apareciendo el remordimiento y la penitencia.
- La obsesión de contar es una medida defensiva contra temores que significan un peligro de muerte.

En sí, ya desde este inicio se logra detallar algunas especificaciones propias de la neurosis obsesiva, siendo otras características afines con las de la pulsión de muerte. Habrán de distinguirse, sea por el motivo ilustrativo mismo, o por importancia técnica.

Desde este otro encuentro se plantea la pregunta del neurótico obsesivo: ¿estoy vivo o muerto? El recorrido del deseo de la madre a la metáfora paterna, hace la descripción sobre la estructuración del sujeto para quedar atrapado en el deseo insatisfecho de su madre, con su pasividad fálica, su imposibilidad para demandar, de servidumbre voluntaria, quejándose y con sentimiento de culpa por aspirar al lugar del padre cuando no debería. De igual manera nos topamos con la imagen del sujeto paralizado, imposibilitado emocionalmente, con culpa. Nos muestra con mayor claridad, dada la parodia de sus ilustraciones, la vulgar imagen del muerto en vida como vida del neurótico obsesivo.

La amplitud con la que pudiese hondar en este objetivo ha de ser limitada. Mi interés por esta perspectiva teórica está presente; mi comprensión y posibilidad de profundizar en esta explicación, ha de ser a partir de mi escueta referencia lacaniana, pero que sin embargo, espero tocar lo relevante y concerniente que pueda encaminar la discusión a lo que pretendo llegar.

III. METODOLOGÍA

No es momento de señalar la disputa sobre lo que es o no producción científica, sin embargo nos concierne recordar que en psicoanálisis, dada sus particularidades en su dispositivo y encuadre, que describiré a continuación, la investigación cualitativa permite dar cabida al campo subjetivo para hacer de él su objeto de estudio.

Un caso, según el Diccionario de la Lengua Española, es un “relato popular de una situación real o ficticia, que se ofrece como ejemplo”. Un estudio de caso cualitativo, desde la definición integrada por varios autores compilada por el Dr. Muñiz, es “(...) una descripción y análisis intensivo y holístico de una instancia singular, fenómeno o unidad social” (2008). Con lo que explica que el caso puede ser un sujeto, un grupo o incluso una estrategia de intervención, el cual es escogido para estudiarse a profundidad, para “(...) comprender, descubrir e interpretar más que en probar hipótesis” (2008). El estudio de caso se convierte, como el título de su artículo, en: una estrategia de investigación en psicología clínica de orientación psicoanalítica. Así mismo, señala que dicho estudio puede ser definido por sus características de ser particularista, descriptivo y heurístico. Es decir, que atañe a un fenómeno particular, uno al que se le describe produciendo imágenes y análisis de las situaciones, llegando el lector a la comprensión del fenómeno objeto de estudio.

J. Nasio² plantea tres funciones de un caso clínico: una función didáctica, en la que se transmite el psicoanálisis a través de la imagen, de la situación clínica; una función metafórica, en la que la observación permitirá sustituir el concepto para después transformarse en su metáfora (por ello que asociemos Dora=histeria de conversión); y por último, la función heurística, en la que hay

² (s.f.)

cabida a las nuevas hipótesis que enriquecen y consolidan el psicoanálisis. El presente caso clínico pretende al menos cumplir con las dos primeras funciones, lo que no descarta que en otras investigaciones se pueda llegar a la tercera función.

Freud se basó en el estudio de casos para hacer investigación por medio de su propio registro de la historia clínica. Su formación médica le sirvió como antecedente para ir reportando la evolución de la enfermedad. En psicoanálisis, lo utilizó para ejemplificar sus hipótesis. Con la experiencia adquirida, delimitó el dispositivo y encuadre analítico. En el primero, el analista hace uso de la neutralidad, abstinencia, atención flotante y emite la regla analítica de asociación libre a su analizante. El encuadre analítico, refiere al contrato hecho entre ambos a cerca del horario, frecuencia, duración, posición (sillón o diván) y honorarios. Una vez comenzado el proceso analítico, el analista, valiéndose de esto anterior, podrá hacer intervenciones en relación a la transferencia y resistencias; intervenciones como lo son el señalamiento e interpretación. En sí, el método psicoanalítico es la asociación libre y su técnica la interpretación. La asociación libre es un “método que consiste en expresar sin discriminación todos los pensamientos que vienen a la mente, ya sea a partir de un elemento dado (...), ya sea de forma espontánea” (Laplanche, 1996, Pág. 35). La interpretación consiste en deducir el contenido y sentido latente de las manifestaciones del paciente.

Dado el encuadre psicoanalítico, no hay admisión de terceros o testigos de lo sucedido en cada sesión. Tampoco se pueden utilizar otras técnicas “modernas” para llevar un registro puntual por la distorsión que este medio pueda generar en el espacio. La investigación, por lo tanto, se realiza a través de la documentación del relato. Por lo mismo, “(...) nos encontramos siempre frente a un nexo complejo entre el sujeto que investiga y el(los) sujeto(s) investigado(s)” (Castillo, M., Gómez, E., s.f.). El campo de la intersubjetividad está inminentemente en juego. J. Nasio lo

sintetiza claramente: “El ejemplo nunca es un acontecimiento puro; siempre es una historia modificada” (s.f.). Sin embargo, pese a esto anterior, logra cumplir una de sus funciones: “(...) fungir como instrumento de transmisión de un saber (y no de una verdad) (...)” (Rangel, 2010). (¿Qué no es ese el fin último de este estudio de caso?)

Como crítica afín, nos enfrentamos a una elaboración de viñetas que quedan en una “(...) simple servidumbre hacia la teoría que ilustran” (Rangel, 2010), no obstante, vale la pena hacer revisión del presente caso: Ugolino, como una forma de sentir al obsesivo, y vislumbrar que hay algo más que *la nada* en sus afectos: una minifalda.

Esta investigación, es una Investigación Cualitativa a través de un Estudio de caso clínico, de corte psicoanalítico, cuyo instrumento, como mencioné anteriormente, es el material clínico obtenido a través de las 224 viñetas que datan desde febrero del 2009 hasta junio del 2011. La muestra es de un sujeto en análisis.

El paciente es un sujeto de sexo masculino de 20 años de edad. Soltero y estudiante universitario. Acudió a la Unidad de Servicios Psicológicos proporcionando en su pre-consulta su motivo de consulta, en el que relataba no saber si era celoso o ser celoso a causa de su novia y por su “doble hacer de las cosas”, además de sentirse inseguro. Después de las entrevistas iniciales, se pudo determinar la impresión diagnóstica: una estructura neurótica con rasgos obsesivos-compulsivos. El inicio de la terapia psicoanalítica fue a partir de la sesión 6.

Cada sesión tuvo una duración aproximada de 45 minutos. Se abordó estrictamente desde el enfoque psicoanalítico. Dichas sesiones fueron llevadas a cabo en la USP. La frecuencia fue de 2 sesiones por semana, siendo desde noviembre del 2010 hasta el término, tres sesiones semanales. Las vacaciones fueron en función de la institución, cubriendo navidad, semana santa, vacaciones

de verano, más algún otro asueto que coincidió con su sesión. Su asistencia fue regular. Sus inasistencias siempre las canceló con anticipación haciéndose cargo del costo de las mismas.

A partir del material obtenido por las viñetas, se ha podido diferenciar cuatro tiempos del trabajo realizado. El primer momento es el de las entrevistas; el segundo está relacionado con el transcurso de la misma terapia, caracterizado como un momento informativo y en donde comienzan a hacerse relaciones de los sucesos, donde aparecen y desaparecen síntomas nuevos, y aquél en que los sueños surgen para mostrar sus afectos. En el tercer tiempo, ubicado alrededor de la sesión No. 150, comienza un periodo más regresivo. El paciente vuelve la mirada hacia él, logrando hacerse cuestionamientos significativos que lo llevarán a la elaboración de pérdidas. Es aquí donde la mayoría de los síntomas desaparecen. En la sesión No. 191 es donde doy aviso de mi partida y mi imposibilidad para continuar con el proceso tanto en la clínica como en la consulta privada, siendo así, un último tiempo (el cuarto), donde la despedida y término del espacio inicia.

III.1 Unidad de Servicios Psicológicos (USP) Contexto impune

La descripción sobre el funcionamiento de la USP queda por demás explicitarlo puntualmente, sin embargo no podemos hacer a un lado el lugar en donde la terapia se realizó. Cuántas veces en análisis propios un cambio de consultorio repercute en nuestro proceso, ahora imaginemos un cambio de cubículo, dos sesiones en un cubículo y la tercera en otro; esperar a que el paciente anterior salga; un cambio de cubículo inesperado por la pérdida de la llave por parte de la institución; interrupciones ocasionales de pacientes buscando a sus terapeutas; mas sucesos que bien pueden aparecer en consulta particular como la falta de luz, ventilación insuficiente o ruido exterior. Cada una de las arbitrariedades por supuesto que conllevó a repercusiones en el discurso

y comportamiento de Ugolino; iban desde hacer ruidos con la silla, observar detenidamente el nuevo espacio, decir que se sentía “raro” para terminar “bloqueado” y sin ocurrencias para hablar. En alguna ocasión le señalé: “Todo aquello que te mueva de lugar, te deja sin palabras”, a lo que él agregó toda una historia en donde él quedaba así como ahí, imposibilitado para decir algo, “quién sabe porqué”.

Es para mí importante detenerme en la Carta Compromiso de Terapeutas de Maestría. En ésta no se menciona nuestra imposibilidad de cobrar la sesión pese a que el paciente haya dado previo aviso de su inasistencia, por lo que el cobro de las sesiones canceladas aún y con mucho tiempo de anticipación, se realizó. En dicha carta se nos solicita “(...) entregar al paciente el recibo que avala dicho pago” (s/p, 2009) (Aunque la carta fue firmada hasta el 2010). La realidad es que el paciente jamás recibió ningún tipo de comprobante ni utilizó su tarjeta de citas a manera de recordatorio. Se le explicó en el encuadre su compromiso para hacerse cargo de su espacio y que si lo deseaba, le mostraría sus comprobantes de solicitarlo.

Este no es un espacio para delatar lo que el personal administrativo y terapeutas hacen y dejan de hacer, pero lo aprovecho para recalcar la labor de los supervisores al momento de escuchar el trabajo clínico de sus supervisados cuando omiten enunciar el pago por las faltas (Por que se que estarán leyendo esto). Me parece que es una obviedad del encuadre pasada por alto. No se supervisa. No se analiza. Se justifica diciendo: “¿cómo le voy a cobrar?”, “la directora dice que no les podemos cobrar”. Y llevando esto un poco más al extremo cuadrado, incluso moralista, las prácticas y supervisiones que no se detienen verdaderamente a escuchar lo que acontece en ese espacio con ese sujeto, no tienen objeción por arremeter contra la USP si su labor es igualmente cuestionable. Pero claro, no puedo generalizar.

Es un contexto impune. Si algún terapeuta olvida entregar la llave: reporte y cuota de sanción. Si se queda más tiempo del debido: reporte. Si no firma al llegar e irse: reporte. Son reportes que conductualmente quieren encaminar al buen hacer con las prácticas en la institución. A la administración bien intencionada solo le faltó dar el incentivo reforzador de la buena conducta frente a sus ojos. Es paradójico pensar a la USP como un contexto sin castigo cuando éste sólo se vale de ellos para guiar el funcionamiento ejemplar olvidándose que no es formativo para sus alumnos sus métodos para lograrlo. Y aunque repita, tampoco es formativo que nuestros supervisores hagan caso omiso de las faltas al encuadre. Como resultado, no podemos más que esperar a terapeutas que se creen fieles sirvientes a su teoría, omnipotentes de sabiduría, así como también aquéllos que menosprecian su labor misma y que lo llevan a su práctica haciendo condolencias bajo su propio juicio sin analizar éstas en el espacio analítico.

Antes de iniciar la descripción del caso, así como incluyo el contexto que rodeó al paciente durante dos años y medio, también agrego este siguiente apartado sobre los nombres para comenzar a visualizar personajes e historias.

IV. UGOLINO Y COMPAÑÍA

¿Por qué la relevancia de los nombres? Un nombre nos acompaña, nos lo apropiamos y decimos: “Yo soy...”. Puede ser igual al de un padre, familiar vivo o muerto, al de una súper estrella o novela. El paciente en cuestión tiene dos nombres: Ugolino Sigifredo. Sigifredo es el nombre de su padre y medio hermano, mas lo conocen por Ugolino. ¿Sigifredo, él? ¡Ah, sí! Así se llama. Así de presente como ausente estaba su padre. ¿Por qué Ugolino? Es una referencia personal. Tuve dos tías lejanas por parte de mi padre (lejano, padre) llamadas Ugolina y Milburga. No las conocí, pero ¡qué nombres para no olvidarse! En la última sesión el paciente me preguntó cómo se llamaría, pues había accedido a ser él mi caso para la Tesis, y dudando si decirle o no su nombre ficticio, pensando si eso llevaría a más preguntas, consideré decirle lo siguiente: “Las tesis están en biblioteca, en un espacio aparte, las puedes solicitar con el nombre del tesista, desconozco a quién sí se las prestan. Tu nombre es Ugolino Sigifredo, y si te da por curiosar, podrás leerte más tarde”. A lo que respondió: “¿Ugolino?, ¿Le había dicho que me iba a llamar Hugo?”. Negué con la cabeza. Continúa Ugolino: “¿No? Mi mamá me dijo que me quería poner Hugo pero que luego me dirían Hugo-jugo y esas cosas...bueno, terminé llamándome así, me gusta”. Pensé: “¿Qué pasó aquí?”. Revisé mis viñetas, preguntándome si había sido un olvido mío, mas no encontré nada. Sólo puedo decir que justo el último mes de sus sesiones, habló de su madre, de la relación con ella y sus temores de esa relación (temores de separación y abandono, casualmente yo me voy). Durante dos años y medio claro que apareció su madre en su discurso pero no significativamente como hasta el final, que tuvo que ver con las separaciones de él conmigo, con Milburga, a quien detallaré a continuación y con su madre cuando él se case. No tengo más elementos, incluso no sé si he de asociar más para saber la elección de Ugolino-Hugo.

El nombre Sigifredo se que lo escuché cuando estaba redactando por primera vez el caso. Un maestro mencionó: “¿Cómo Freud?”. Pero él era Sigismundo. Aunque he de agregar que este paciente era destacado en sus estudios, afines a los de Sigismundo. La compañía de Ugolino durante sus sesiones contempla:

Ex novia y amiga, amor platónico:	Milburga, más tarde nombrada como Milburga 1
Novia:	Angelina
Ex novia:	Conifasia
<i>Amigas que le gustaban:</i>	Brendolina, Tefita, Milburga 2, Milburga 3
Hermano:	Abraham
Padre:	Sigifredo
Madre:	Mamá (no mencionó su nombre)
La señora (esposa del padre):	Telesa
Medio hermano:	Sigifredo

Ahora bien, pasemos a conocer más sobre la historia de Ugolino para no dejarlo con un reduccionismo introductorio. Conozcámoslo con mayor amplitud de manera que nos permita visualizar, más acá de una caricatura de Lacan para principiantes, su recorrido en vida, porque vive, dejándonos entrever y sentir lo que en su ensayo pregunta.

IV.1 Ugolino

Ugolino Sigifredo es el segundo hijo varón. No fue un hijo planeado según el relato de su madre. A sus ocho años aproximadamente, sus padres se divorciaron sin decirle e inmediatamente después, su padre se casó con una señora a quien frecuentaba desde hace varios años atrás.

Quedó confundido de cómo en realidad sucedió esta separación entre sus padres dado a que sabía que su padre estaba casado ahora con otra mujer y al mismo tiempo vivía con ellos en la casa. Situación que duró alrededor de un año y que posteriormente fue justificada bajo el rubro: “para que ustedes (los hijos) no se dieran cuenta del divorcio”.

Recuerda que al llegar los fines de semana, por lo menos desde que tenía cuatro años, su padre los llevaba a visitar a su abuela paterna y a ver a la señora vecina de esta última. Su padre les decía: “Digan a su mamá que fuimos a ver a su abuelita”. Él recuerda a su mamá preguntando: “¿Qué hicieron?, ¿a dónde fueron?”, siendo él el que contestaba: “Fuimos con mi abuelita”. Recordando así mismo la mirada de su padre y hermano para ver qué iba él a contestar y “si no se le iba a salir”, ya que tenía fama de “arruinar las cosas”. Por ejemplo: contaba el final de una película *sin querer*.

Años más tarde, la mamá comenzó a recibir llamadas de amenazas e insultos de la “amante de su esposo” y cuando al fin su madre dice en voz alta el nombre de dicha mujer (nombre que tardó casi dos años en decirlo: Telesa), fue cuando pudo enlazar: “Ah... entonces, ella era”. ¿Qué resignificó esto?, ¿Se puede pensar en un sentimiento de culpa dado los hechos que lo hacen cómplice del amorío tachable?, ¿Qué inscribirá en él para que éste luego tenga relaciones con otras chicas a la par de su novia?

A los 12 años recuerda la conversación con su hermano a cerca de un programa que éste último vio, en donde explicaban que con el roce del cuerpo con los objetos se perdían células muertas, por lo que comenzaron a jugar a hacer las mismas cosas con una mano y otra para que “estuvieran iguales”, sin embargo él ya no pudo dejar de hacer este *juego* (compulsión) como hasta los 14 años. No recuerda cómo fue que dejó de hacerlo. A los 17 años volvió a aparecer este

síntoma sin motivo alguno aparente (consciente) y no ha desaparecido. Al cabo de dos años de tratamiento, dijo creer tener idea del origen: a partir de una discusión con su novia Angelina. Relación de casi 4 años que detallaré poco más adelante. Pues con la reaparición del síntoma, se fueron agregando otros más. Por ejemplo, suele contar cuando va caminando 2,4,6,8,10,1,3,5,7,9 y viceversa. A veces se cuida de no pisar las líneas en la banqueta para *entretenerse*. Si su codo roza con una pared, tiene que regresar a rozar su otro codo de igual manera. Al abrir y cerrar la perilla de la puerta de su cuarto, en cuya chapa cuelga un rosario y hace ruido al moverse, tiene que hacerlo con una mano y el pie en la línea, y luego con la otra mano y otro pie del mismo modo, y luego otra vez pero haciendo ruido el rosario. En ese trayecto está contando: “2,4,6,8,10, 1,3,5,7,9”. También lo hace con la puerta de la entrada de su casa. Comenta: “Pierdo mucho tiempo en eso, menos mal que cuento hasta 10 solamente”, “Antes contaba del 1 al 4, luego del 1 al 10, después del 1 al 20 pero era mucho, así que mejor del 1 al 10”, “10 es número par, perfecto, el de las calificaciones”. Otra de sus *manías* con las que llegó, fue cruzar una pierna al estar sentado en clase o en el cine, pues si cruzaba una pierna sobre la otra, tenía que hacerlo con la otra de inmediato y hacer un movimiento que lo devolviera a la primera posición. Lo que freudianamente me hizo pensar sobre cuál es la idea reprimida enlazada a la aparición de estas formaciones sustitutivas. Formaciones que fueron muy intensas al año de tratamiento, agregándose otras como respirar profundo apretando el estómago, al grado de tener muy reseca la nariz y dolerle el abdomen, así como también la aparición de síntomas psicósomáticos como la caída del pelo, gripa, diarrea y fuegos, mismos que aparecen en mayor o menor medida al final de cada semestre durante los exámenes y ante períodos de discusión con su novia. Hacia el final de su tratamiento solo mantenía el ritual de la puerta de su cuarto y uno *nuevo* sobre los focos de su baño: son dos focos y si prende uno, tiene que prender el otro. No puedo pasar por alto la

ansiedad intensa que siente si no lleva a cabo su ritual, o antes con cualquier otra manía, pues dice no poder pensar en otra cosa hasta que lo realiza.

Con respecto a su sintomatología psicosomática, en alguna ocasión acudió con el médico dermatólogo y éste le sugirió ir con el psicólogo, él afirmó ya estar en terapia, a lo que le respondió: “no la dejes”. Y traigo a cuenta esta parte psicosomática, no relacionada con la neurosis obsesiva como tal, para abrir el cuestionamiento y explicación sobre el enunciado: “La enfermedad psicosomática puede experimentarse como una señal constante de que el cuerpo está vivo” (Bleichmar, C.L. y Bleichmar, N.M., 2001, Pág. 268) (no olvidemos sus roces con la muerte como el tema por ir analizando aquí). Pensarlo quizá como otra muestra que contrapone su ensayo.

Sobre Angelina hay toda una historia por contar. A sus 14 años, estando en secundaria, se enamoró de Milburga, de quien se hizo novio. De pronto dice que Milburga no hablaba ya con él por teléfono, se portaba distante y cortante, hasta que un día ella le dijo que lo mejor sería terminar ya que había hablado con su mamá y ésta le había dicho que era muy joven como para tener una relación de pareja. Terminaron a los tres meses. “Meses perfectos”, según Ugolino. De lo que agrega: “¿Porqué terminó?, ¿Qué pasó? Ya nunca pudimos platicar, ella no me contestaba, me evitaba y no quiso nunca más hablar conmigo para decirme qué había pasado, qué pensó, qué sintió”. Estas preguntas se las sigue haciendo y se las ha hecho varias veces a Milburga y ella sigue sin responderle evadiéndolo o cambiando el tema.

Después de la relación de noviazgo con Milburga, mantuvo otra por seis meses con Conifasia. Ambos eran muy amigos. Él menciona que esa relación fue desastrosa, pues ella constantemente lo trataba mal. Cuando al fin se anima a dar por terminada la relación, Conifasia le dice: “apenas

comenzaba a quererte”, por lo que se preguntó: “¿entonces porqué anduviste conmigo?”. A Milburga no le pareció este noviazgo entre ambos. Años después cuenta que un día platicando con ella (Milburga), le presentó a su amiga Angelina, con quien inició una relación de amistad. Pero como Milburga comenzó a tener novio, entonces le dijo a los 15 días a Angelina si quería ser su novia. Angelina aceptó sabiendo que Ugolino suspiraba por Milburga, razón por la cual él no puede ni mencionarla porque ella revienta de celos. Esta relación comenzó “bien”, y al cabo de un año y medio de noviazgo, tiempo en el que no habían nunca discutido (¿perfecta otra vez?), comenzaron con una plática sobre lo que no les gustaba uno del otro, plática que se refería principalmente a los celos entre ambos. Ugolino dice que después de ahí todo cambió, ya no fue igual, y que desde ahí se tuvo que cuidar de no decirle algo que a ella no le gustase: “Que no se me escape”.

Con esto último dos cosas: él cree que a partir de esa discusión volvió su síntoma de las manos, y, por otro lado, con su “que no se me escape” (que no se le salga decir), refiere una constancia de ese pensamiento cuando está con Angelina. Reiteradamente se queja Ugolino de los enojos de ella, de los que él cree provocar: “porque se me escapó decirle que...”. Lo que termina con un desencadenamiento de llanto, reclamos y amenazas de suicidio por parte de Angelina. Ella comienza a reprocharse a sí misma que no sirve para nada, que es una inútil, que porqué sigue con ella, que mejor debería morir. (¿Está demás puntuar porqué no se atreve a dejarla, no?) Ya bastante tiene de culpa por provocar una discusión como para luego saber que si se hace algo ella tendría algo de responsabilidad. “Algo”, porque cree que en realidad no sería el culpable total de que ella se suicidara.

Al año y medio de tratamiento decidió terminar con Angelina, sin embargo volvió con ella tres meses más tarde: “Cambió, ya no es como antes, ya podemos platicar, se dio cuenta que no tenía

sentido ponerse celosa, ya me da mi espacio, puedo salir con amigas y amigos sin que me esté preguntando: ¿y a dónde fuiste?, ¿con quién?, ¿y por qué con ellas?”. Sin embargo esto no duró mucho, a los pocos meses menciona: “No es que haya cambiado, simplemente ya no me decía que estaba celosa, se lo estuvo guardando pero ya explotó y ahora está sobre eso otra vez”. ¡Hay Angelina tan mal pensada! ¿Cómo se le ocurre sospechar de Ugolino si no más a su paso ha salido con Milburga, Tefita, Milburga 2, Brendolina, Milburga 3 y otras?

Gran parte de sus sesiones se la ha pasado suspirando por Milburga. Con ella mantiene una relación por Messenger, a veces por Facebook, poco por teléfono. Milburga sigue sin contestarle el teléfono, él dice: “Creo que es porque no quiere hablar conmigo. El otro día marqué de un número diferente y me contestó luego-luego cuando poco antes le había marcado de mi celular y no me contestó”, “No sé qué tengo, pero si ella me dijera: “no te contesto porque tomé jugo de naranja” le diría: “ha bueno”, ¿porqué?”. Durante las sesiones pudo ir reconociendo su sentir hacia ella a partir de distintos señalamientos que iban en torno a cuestionar su devoción hacia alguien con quien finalmente dejó de tratar desde que tenía 14 años; hacia alguien quien lo rechaza constantemente, siendo él el que justificaba, aunque sea ilógicamente, el proceder de ella. Partiendo de la premisa que Freud le plantea al Hombre de las ratas cuando a este último le extraña tener un deseo de muerte hacia su padre (¡cómo!, ¡si era la persona a quien más cariño tenía!), diciéndole: “(...) tan intenso cariño es la condición necesaria del odio reprimido” (1909, Pág. 1453). Es para sospechar la presencia del odio hacia Milburga. Recobra esto anterior más sentido cuando Ugolino narra que después de períodos prolongados de incomunicación con ella, le llama para saber *que no ha muerto*. Él la llama “Milburga accidentes”, ya que nunca falta algo que le pase a ella, y como lo publica en el Facebook, es de la forma en que él se entera. Literalmente dice Ugolino: “Algo tengo atorado ahí”. Un día enojado con ella, buscó en el

internet con quien platicar con el mismo nombre, por lo que, por evitar confusiones en sesión (¡ajá!) llamó a Milburga: Milburga 1 y a la del internet: Milburga 2. Hace tiempo fue de viaje a la ciudad donde radica Milburga 2 y tuvieron su encuentro. Pasaron la tarde juntos y eso bastó para besarse.

Pasemos ahora con Brendolina. Ella es compañera de la escuela, con novio, y ante el intercambio de historias amorosas parecidas entre ella y Ugolino (ya no aguanto a mi novio/a y no sé cómo dejarlo/a) comenzaron a coquetearse. Narra la tarde que pasó junto a ella y el resto del equipo, haciendo un trabajo de equipo. “Ella se recostó sobre mis piernas, estuve a punto de besarla”. Un año, poco más, de dicho evento, Angelina ve las fotos de él y ella en sus piernas a través del Facebook y se desata otra escena de celos. Agreguemos que Ugolino dejó *sin querer* su cuenta abierta de Facebook en su computadora y se la dejó a Angelina mientras él iba a clases. Ella encontró fotos y firmas en su muro de Milburga 1 y 2 que no le parecieron. Además adivinó su contraseña de una de sus cuentas de correo electrónico y encontró otras fotos y mails guardados desde cuando Milburga y Conifasia fueron sus novias.

Por último cito a Tefita. Hija de un amigo de su padre. Se conocieron, comenzaron a salir, se besaron, de pronto Tefita por el Messenger le dice: “Ya terminé con mi novio”, a lo que él se preguntó: “Si ella pudo, ¿porqué yo no?”. Y es cuando termina con Angelina. Mas nada pasó luego con Tefita. Se le acabó la emoción. En ese tiempo, él ya comenzaba a darse cuenta de las oscilaciones de su sentir: “Hay días en los que siento que quiero mucho a Angelina y otros que no, así también con Milburga, Brendolina, por eso sé que lo de Tefita no durará, no más estoy esperando a que se me pase”. ¿Cómo es que sucede esto? Imaginemos que después de dos arduas semanas de sentimientos nostálgicos que refieren a Milburga 1 como su amor platónico, de pronto se convierte en “Milburga la descetizada”, “Ya no siento nada por ella, y no creo vuelva

a sentirlo (a lo que dije: “Sí, claro“), de verdad, me di cuenta que no voy a llegar a nada con ella”. No está de más decir que esto era una mera falacia mal creída por él.

¿Qué pasa ahora con Angelina? Ugolino lo describe así: “O estoy muy bien con Angelina o estoy muy mal”. ¿Cómo es *bien* o *mal*? Sobre lo mal que puede estar con Angelina ya tenemos una idea, sobre lo bien es difícil de especificar. Se esforzó en tratar de decir cómo es que está bien con ella, qué es eso, pero siempre terminaba diciendo lo mal que están. A lo que ha hizo referencia en sí, es a que está con ella porque finalmente es una chica bonita, que lo quiere, se preocupa por él, estudia, porque es lo correcto, ¿cómo encontrarse con alguien más así? ¿Angelina sabe de estas chicas? No, lo sospecha, pero él se muestra renuente a contarle, “son mis cosas, es mi vida, ¿porqué tendría que decirle si no le afecta?”. *Como si* se pudiera pensar por título a su renuencia: “De afectos privados” por no llamar, por ahora, a los mecanismos de defensa de la jugarreta en la que se coloca.

Por supuesto que se ha abordado a cerca del parecido de su historia con Angelina y chicas alternas, con la de su padre con la señora. A cerca de la mentira hacia la pareja formal para decir una verdad a medias y la angustia sentida ante el cuestionamiento de ésta (Menciona: “Tuve buen maestro”, haciendo alusión a cuando era chico y su madre le preguntaba a dónde habían ido). Sobre la imposibilidad de que haya cosas buenas y malas en la relación sin que se tenga mostrar ésta como toda buena o mala, estando en función a la perfección misma que data desde los tres meses de noviazgo con Milburga. Sobre cómo es que se queda con quienes lo tratan mal en tanto a su padre también lo tratan mal en su ahora hogar con la señora e hijos (sabe que su padre duerme en el sillón, sobre la exigencia económica de la señora y los malos tratos que recibe de ella, mas no cree que su madre haya sido así con él, pese a que también ella lo hacía dormir en un sillón). Así que ahora pasemos a la relación con sus padres.

La relación con su madre es distante, igual que con su padre. Su padre se llama Sigifredo y el hijo que tuvo con la señora, también lo nombró Sigifredo. Esto lo abochorna, pues su padre le llama Sigi como Sigi a su medio hermano en vez de llamarlo Ugolino. Le gustaría tener un padre con quien platicar, quien lo enseñe a manejar, no un padre proveedor, mentiroso o uno que devalúe sus estudios. Critica tanto a la señora esposa del padre por cómo es que lo trata, que no se da cuenta que él hace lo mismo. Lo desprecia, ¿por qué habría de haberle puesto Sigifredo? Ya no es el padre que todo lo puede y que todo le puede pagar. Se le olvidan los detalles que su padre tiene ocasionalmente con él y al recordárselos los refiere como una molestia de regalos. Reniega que lo trate mal. Se queja sobre la solicitud frecuente de su padre a cerca de pedirles (a su hermano y madre) dinero, atención cuando se enferma, dice: “Es que sólo nos busca cuando se le ofrece algo. Somos los que batallamos con él. ¿Cómo decirle? Con una analogía: cuando se les descompone (refiriéndose a la familia del padre) su máquina de hacer dinero, a nosotros nos toca repararlo”. Es decir, aunque tenga razones para criticarlo, sea la forma que sea en que su padre se acerque, para él es un padre insuficiente. Cuando está a solas con él no sabe de qué platicar, siente que actúa. Ha dejado de ir a visitarlo y de llamarle. Está enojado con él y finalmente lo logra percibir.

Dice ser católico sólo porque lo bautizaron mas no sabe si cree en Dios, pues no le pide nada, ni ora, no va a la Iglesia, sin embargo *toca madera* para que algo no pase y en alguna ocasión acudió con una amiga de su madre para hacerle preguntas al péndulo, entre las cuales, fueron: “¿Alguien se va a morir este año? Péndulo: Sí. Supe que sería mi padre”. Vuelve a preguntar: “¿Será mi padre? Péndulo: Sí. Todo ese año me la pase frecuentando a mi padre por esa razón”. ¿Nos vamos al caso del Hombre de las ratas y a Tótem y Tabú para teorizar esto? La muerte, la

deuda y la duda tendrán, en este ejemplo, como en otros, su lugar para comenzar a desmenuzar la dinámica enlazada a lo que él llama: “esto no es vida”.

No es vida porque queda inmovilizado por su pensamiento rumiante y su duda obsesiva. Por ejemplo, no sale por las tardes ya que eso requeriría dinero, ganas y permisos que no tiene, le da flojera, o tampoco sale porque a Angelina no le gustaría, mejor se queda dormido. Todas ellas son excusas externas a él que pone para no darse cuenta que hace todo para quedarse estancado. Comenta: “¿Y si no le parece a mi mamá? Mejor no voy, aunque... ¿porqué no mejor voy y así aprovecho para...?”, “O lo hago sin pensar o me quedo pensando sin hacer nada”.

¿Cómo se siente Ugolino? “Bien”. En general hay pocos acentos que maticen su sentir. Hasta ahora comienza a reconocer su enojo, coraje y poco sobre su tristeza. Siendo, en cada roce con sus afectos, una distancia puesta que no lo deja hacerse cargo de ellos. Sus sueños, inasistencias y síntomas lo delatan. A su relato comienzan a agregarse palabras que le impiden decir las cosas, por ejemplo, hace uso constante del “como si”, “como que”, un día dijo: “No sé, tal vez, a lo mejor, un día, quizá, creo que podré decírselo”, o comienza a hacer uso de analogías para poder expresarse. Sobre su expresión facial a cerca de lo que siente es en general sonriente (¿raro, no?). No hay llanto, raro fue el enojo. Un día su hermano le dijo: “Mira, soy Ugolino feliz (cara seria), Ugolino enojado (misma cara), Ugolino triste (misma cara)”.

De primer momento en el tratamiento, las intervenciones iban en relación a diferenciar su enredo con Angelina, no sabía qué era de él, de ella, hablaba en “nosotros”, o de los demás para hablar de él. Más tarde, cayó en la cuenta sobre tener muy presente a su padre cuando creía que ni lo consideraba, y más aún, se sorprende cada vez más sobre cómo es que se parece a él si casi no han convivido, y cómo es que comienza a tomar un sentido sus vivencias infantiles. En otro

momento, se ha señalado sobre la neutralidad de sentimientos, luego cómo oscilan éstos, para terminar sintiendo hostilidad hacia Milburga (“Hipócrita”, le dice) y Angelina, y tristeza al despreciar a su padre.

Durante estos años de tratamiento, sus sueños más comunes fueron acerca de mí y la sesión. Soñaba que llegaría tarde en diversas ocasiones, que se enoja durante la sesión, que se me acerca seductoramente, aparecen colores fosforescentes en el cubículo (al fin afectos que se le escapan, si lo interpretamos desde el Rorschach), aparece mi hija (que no conoce), y todos ellos van coincidiendo con su puesta afectiva reencontrada. Al cancelar una sesión, lo hacía acudiendo con la secretaria de la clínica para que ella me diera el aviso. Al cabo de poco más de año y medio me pidió mi número para cancelarme personalmente, siendo que en otras ocasiones yo le había marcado a su celular para cancelar por mi cuenta en un par de veces. La decisión de agregar una sesión más a la semana, es a partir de su desesperación por no poder expresar lo que quiere, teniendo la sensación de quedarse con algo. Al final de las sesiones, hubo un sueño que bien tiene cabida aquí para hacer alusión al término de éstas: “Soñé con un parque cerca de casa de Angelina, está enfrente, bien raro, estaba el parque todo escarbado, como cuando van a construir algo para hacer los cimientos... así, estaban remodelando, era profundo pero el área de juegos y la cancha estaban a la misma altura, intactos, como si hubieran dicho: “eso así está bien” y solo escarbaron todo alrededor. Otra cosa rara es que yo lo veía y no había nadie ahí adentro, ni herramientas, pero al mismo tiempo sabía que estaban remodelando. A ese parque van a dar todas las colonias. Cuando fue lo del huracán Alex lo destruyó todo. La colonia está a un lado del río la Silla, creo; quedó todo sumergido”. Al asociar mencionó que tenía que ver con el espacio analítico. Lo que se había trabajado como aquello escarbado en donde quedan los cimientos y áreas intactas por analizar. Curiosamente, en el cubículo, al centro, había un pequeño hoyo que

con el paso del tiempo se fue haciendo más grande y él hacía referencia a ese hoyo con cierta frecuencia. Ante el sueño, se pudo ligar sus alusiones al hoyo del cubículo. El huracán Alex coincide más o menos con las fechas en donde se agregó una tercera sesión por su propia revuelta emocional.

Uno puede escucharlo desde la sensatez con la que justifica y explica sus modos del quehacer. Uno incluso pudiera obviar su *buen* hacer. Caer en el juego del disimulo hostil. Tan es así, que hacer un ritual con la perilla de la puerta de su cuarto puede ser tan *natural* de lo cual no hay nada que decir y tomar como verdad la nada como absoluto. Es más, uno podría verlo tal cual caricatura con su frase literal: “Al vivir fuera de mi mismo, me convierto en una suerte de cadáver viviente” (2004, Pág. 68). Y eso, ¿qué nos hace sentir? La nada misma. Y justo aquí la semejanza con el muertito. Creo que hay mucho más que decir al respecto. Decir que hay fisuras en su neutralidad y que es ahí donde se pueden reconocer sus afectos. Decir que luego de su percatación agresiva viene la desesperación. Decir que después de la desesperación su reconocimiento ahora de su duda que lo paraliza. Y esto... ya nos habla de su vida, no tanto de su muerte.

V. LA PERSPECTIVA FREUDIANA

V.1 Comenzando por el cuadrado

Como se ha podido visualizar, la relación entre los cuestionamientos originales y el planteamiento de los objetivos no son correspondientes uno a otro. El primer objetivo señala: Explicar desde la perspectiva freudiana la estructura neurótica obsesiva enlazada al caso clínico. De primer momento, hago un breve recorrido de la teoría freudiana a cerca de la neurosis obsesiva, que si bien fue escrito hace dos años y eliminado posteriormente, lo retomo para encauzar tiempos de las nuevas formulaciones teóricas freudianas para dar pie posteriormente a la relación con el caso clínico Ugolino.

V.2 La neurosis obsesiva: una trayectoria sin planes

Freud inicia una explicación de la neurosis obsesiva a partir de lo que sucede entre la representación intolerable y su afecto ligado a ésta. En 1896 en *La herencia y la etiología de las neurosis*, plantea más formalmente esta propuesta en torno a una teoría de seducción. Afirma que la neurosis obsesiva tiene como causa específica un suceso sexual precoz, en donde el sujeto ha obtenido placer de ella o ha tenido una participación gozosa. Esta teoría se ve complementada en ese mismo año en su artículo *Nuevas observaciones sobre las neuropsicosis de defensa*, al complementar que tal placer obtenido, al recordarlo, se le enlaza el reproche, lo que sería la representación obsesiva, surgiendo así, la represión de la representación intolerable, apareciendo síntomas como los escrúpulos, la vergüenza, y la desconfianza. Habla de la defensa secundaria en la que aparecen medidas preventivas que desvían el pensamiento a ideas opuestas a las representaciones originales, quedando estas medidas como aquellas susceptibles a convertirse en actos compulsivos. Ya para 1907, Freud ha abandonado su teoría de la seducción, y ahora habla

del sentido de los actos obsesivos, su interpretación, tiene una teoría sexual a la cual apegarse y habla de conflicto psíquico. En su artículo *Los actos obsesivos y las prácticas religiosas*, de ese mismo año, describe al neurótico obsesivo como aquél sujeto con una *conciencia inconsciente de culpa*. Describe también el mecanismo del desplazamiento como aquél que se encarga de hacer que los elementos importantes queden como nimios en la memoria y sentir del sujeto. Para 1908, en *El carácter y el erotismo anal*, plantea las tres conocidas cualidades del neurótico obsesivo: ordenado, ahorrativo y tenaz. Y dice: “(...) los rasgos permanentes del carácter son continuaciones invariadas de los instintos primitivos, sublimación de los mismos o reacciones contra ellos” (Freud, 1908, Pág. 1357). Rasgos adquiridos a partir de un yo que busca el mejor punto de conciliación entre él y su medio externo, ello y superyó. Rasgos por diferenciar de los “productos obsesivos (...) como deseos, tentaciones, impulsos, reflexiones, dudas, mandatos y prohibiciones” (Freud, 1909, Pág.1473), propios en un cuadro como éste. En 1913, en *La disposición a la neurosis obsesiva*, determina dos clases de causas patológicas: las constitucionales, que refieren a las que el ser humano trae consigo, y las accidentales, para considerar las que le aporte la vida de la persona. En estas últimas, plantea las consideraciones que habrán de ocurrir en la historia del sujeto para contraer esta neurosis. Otto Fenichel lo explica claramente diciendo que:

El conflicto básico en la neurosis obsesiva es el mismo de la histeria: la defensa contra las tendencias censurables del complejo de Edipo. (...). Lo que es patognomónico para la formación de síntomas (...) es la regresión sádico anal. Esta regresión tiene que depender de uno de tres factores – o de una combinación de los mismos-, a saber, de la naturaleza: 1) de los remanentes de la fase sádico anal del desarrollo libidinoso, 2) de la organización fálica y 3) del yo defensivo. (1966, Pág. 346)

Por último, en 1925, Freud, con su artículo *Inhibición, síntoma y angustia*, termina por definir el síntoma y el síntoma obsesivo con toda descripción de tal funcionamiento. Uno, que es a dos tiempos: “a determinada acción le continúa otra que la cancela” (Aguirre, 2008). Es decir, cada aportación hecha por Freud, a la neurosis obsesiva, remite a un momento de su contribución para explicar la misma. Siendo este recuento freudiano, uno necesario cuando se trata de situar a otros autores que quizá hablen de un mismo rasgo obsesivo pero más profundamente o desde otra postura. Lo que convierte en inevitable esta consideración si trato de describir el caso clínico del que no puedo desligar el origen de sus pertinentes explicaciones.

Por ejemplo, Otto Fenichel, en su libro *Teoría Psicoanalítica de las neurosis*, se basa en estos postulados freudianos para hablar de obsesión y compulsión como un conciso del cuadro y haciendo su digresión. La compulsión queda como la motilidad de la cual el yo no gobierna, como una que se impone como mandato interno, denominado como superyó. Siendo lo realizado compulsivamente, como una rutina, apegado a un plan preestablecido intentando suprimir los impulsos censurables. Retoma de Freud los rasgos del carácter anal y amplía poco más sobre su aparición en relación al aprendizaje de hábitos higiénicos y control de las “exigencias instintivas” (1966, Pág. 319).

En relación a los mecanismos de defensa en esta neurosis, Freud plantea el uso de la anulación retroactiva, el aislamiento y la formación reactiva. Anna Freud, en su libro *El yo y los mecanismos de defensa* de 1961, propone la regresión, la modificación reactiva del yo (formación reactiva), la anulación y el aislamiento. Nada nuevo, pero es un referente casi obligado por citarse. Fenichel, hasta en el mismo orden los desarrolla.

Laplanche sintetiza en su definición sobre la neurosis obsesiva esta “especificidad etiopatogénica” (1967, Pág. 250) desde distintos puntos de vista, menciona:

(...) desde el punto de vista de los mecanismos (desplazamiento del afecto hacia representaciones más o menos alejados del conflicto original, aislamiento, anulación retroactiva), desde el punto de vista de la vida pulsional (ambivalencia, fijación a la fase anal, regresión) y, por último, desde el punto de vista tópico (relación sadomasoquista interiorizada en forma de tensión entre el yo y un superyó singularmente cruel).

Concretiza el conflicto psíquico de forma muy puntual desde la metapsicología y eso es lo que sigue: especular tópica, económica y dinámicamente.

V.3 Sigifredo en Sigismundo

a) El reproche

“Interrogarse respecto a la metapsicología es preguntarse respecto a lo que es un *concepto psicoanalítico*” (Assoun, 2002, Pág. 21). Nuestro concepto: neurosis obsesiva. Sin embargo es un concepto, es una psiconeurosis (basta leer el índice temático de Fenichel en Teoría Psicoanalítica de las neurosis) y hay una encarnación con el caso clínico. No podemos pensar a Ugolino como concepto, pero si podemos teorizar, fantasear a cerca del funcionamiento del aparato psíquico con todas sus instancias. Empecemos la disección no anatómica guiados por la evolución teórica misma que nos concierne.

A cerca de la historia de la vida sexual infantil de Ugolino no hubo dato alguno. Poco sobre la actual y dicha con toda la distancia y propiedad puesta. “¿Para qué hablar de eso? Eso no tiene nada que ver” Según Ugolino. Sabemos que la teoría de seducción fue descartada por Freud

mismo, pero bien se señala ahí la aparición del reproche del neurótico obsesivo como la representación obsesiva intolerable a la que le siguen las medidas que desvían sus pensamientos hacia otro lado, quedando así una vía susceptible de ser tomada para convertir tal dinámica en un acto compulsivo. Desde la teoría de seducción es un reproche al recuerdo de un suceso del que hubo algún placer. Mas no hay validez para considerar tal teoría y salir bien librados por una tangente que bien nos solucionaría este primer punto: ante la premisa “Sólo la sexualidad es objeto de represión (...)” (Green *et al*, 1984, Pág. 23), pudiésemos afirmar que dada la represión de su sexualidad, no habló el paciente de ello durante ese período de análisis, pero que bien ahí encontramos el origen de sus reproches. Reproches que vemos a manera de mortificaciones por cualquier cosa de la vida. Lo que indica: vive. Algo le molesta. ¡Pero no! Si ha de haber reproches, mortificaciones, quejas, se complica con la aparición de la conciencia inconsciente de culpa. (Obviaré el enredo de la imposibilidad de tener afectos inconscientes ya que éstos no se reprimen). Ejemplifiquemos: “¿Y si se muere?, mejor le llamo (a Milburga)/ mejor estoy con mi padre cerca (relato del péndulo que citaré más adelante)/ mejor le llamo para que no se preocupe (a Angelina preocupada porque no le llamó en la última hora, “¿qué tal si se cayó y se rompió una pierna!”)/ fue porque lo pensé/ es por mí, porque no hice...no sé (se refería a un ritual omitido, después asoció que ante el intento de la omisión, a un mal catastrófico estaría condenado él o la otra persona)”. Es decir, ante un pensamiento intolerable, le seguía un acto que invalidara su pensamiento inicial, así lavaba su *posible* culpa. Culpa por pensarlo, desearlo e incluso por las consecuencias de lo que provocaba con decir lo que pensaba. Una culpa en la que al mismo tiempo desconocía su razón irrazonable de ser pero que no se la podía quitar: “Yo sé que si se mata (Angelina) no sería mi culpa, bueno, no toda mi culpa, es que no sé porqué pienso en que “ojalá se mate” y si lo hace... sería por mí, por mi culpa” (al cierre de las sesiones hizo el comentario de sentirse aliviado por ahora ser libre de decir: ¡que se muera! Y nada pase.)

Tenemos muchos elementos ya aquí presentes, de inmediato localizamos el pensamiento mágico, la duda obsesiva y la presencia de algunos mecanismos de defensa. Más no hemos terminado con el lío inicial. ¿De dónde salieron los reproches si no es de un suceso de índole sexual? No buscándolo en un suceso cuya seducción por parte de un adulto estuvo presente en la vida infantil. El reproche quizá, más cercano a su infancia viene en el momento en que supo que la señora quien llamaba insultando a su mamá nombrándose como “la amante de tu esposo”, era la misma a quien veía cada fin de semana y por la que mentía a petición de su padre. “¿Porqué nunca le dije a mi mamá? Sabía que si seguía preguntando le diría, pero nunca lo hizo” (Ugolino). Fue un acto reprochable. Mas no por su culpa se dio tal amorío y luego el divorcio de sus padres. Pero eso fue digno de cuestionamientos por parte de él. De lo que vino también: “¿porqué no puedo decir lo que estoy pensando?, ¿lo que siento? (basándose en que desde niño tampoco lo podía hacer: querer decirle a su madre la verdad)”. Ejemplo de esto mismo: “me dice Angelina: ¿me amas? Pienso: no, y digo: sí”. Para terminar con: “Estaba platicando con la que me gusta ahorita, ya sé que se me va a pasar (la atracción hacia ella); le hablaba de mi familia, en eso le iba a decir que mi padre se casó con su amante pero pensé: eso es muy obvio (obvia la historia de su padre al estar con alguien más que con solo su madre como él con ella teniendo su novia). No le dije nada”.

Se reprocha por no poder decir lo que piensa y siente. Y si lo hace, también. Asume esta condición desde los 5 ó 6 años. Dice lo contrario de lo que piensa o mejor no dice nada. No había escapatoria para la agresión. Al inicio de las sesiones ni siquiera había un reconocimiento de cómo era que se sentía y una vez que pudo percatarse de todo su enojo, supo de sus enredos que hacía con tal de no demostrar su sentir. Descubriendo más tarde, que sus *manías* encubrían algo de esto: su reproche por pensar *mal*; por sentir ganas de que se murieran todos.

Freud narra en el caso del Hombre de las ratas, el ejemplo de un señor cuyo remordimiento de causar daño por entregar billetes sucios lo llevaba al acto de lavarlos y plancharlos, en vez de sentir remordimiento por las infecciones que pudiese ocasionar a las chicas que masturbaba con sus manos sucias. Es decir, nos explica cómo los reproches se enlazan a otras representaciones cuando debiesen estar asociados a sus representaciones originales, que por supuesto, son de índole sexual. ¿Hallamos esto en Ugolino?, ¿De qué se tratan sus *cargos de conciencia*? Se asocia también la masturbación infantil y adolescente para la emergencia de los síntomas obsesivos como lo es el reproche mismo, sin embargo Ugolino, cuando fue el momento de cuestionar al respecto, contestó siempre diciendo: “pero eso no tiene nada que ver” y he ahí que en donde no hay *nada que ver* está lo mucho por verse. He ahí su enlace a otras representaciones, de las que seguro, hubiésemos llegado al discurso prohibido, desprovisto de relevancia.

b) La culpa, la gran culpa

“¡Gran pecador por desear la muerte a sus prójimos!” Dirían por ahí. Suerte (¿será?) de no ser creyente de Dios. Más no se salva de sí mismo. Es su propio persecutor. Imaginemos una escena repetitiva de su vida: Ugolino y Angelina sentados en un sofá platicando sobre la inmortalidad del cangrejo; de pronto, Ugolino recibe un mensaje en su celular... (¡Oh no!) Es una chica que le pregunta a cerca de la tarea y se despide con una carita de beso (:*). La disputa revienta. Angelina arde en celos. Discuten: “es una amiga, nada que ver, yo también puedo tener amigas como tú amigos...”. Y Angelina, como siempre, voltea la discusión diciendo: “porqué no mejor me dejas y te buscas a alguien mejor, no sirvo para nada, soy una inútil, me voy a suicidar”. ¿Quién no estaría cansado de esta trama diaria cargada también con chantajes en donde no es permitido hablar y decir cual ofensa minúscula porque el mundo del otro se viene abajo?, ¿Qué no sería inconsiderado de nosotros el quitarle la oportunidad a Ugolino de desearle un buen

suicidio a Angelina?, ¿pero qué tal si sí lo hace Angelina?, ¿Ugolino y nosotros nos culparemos por tal acto? La gran culpa se asoma por pensar y desear. En lo que piensa, en sus ideas, está su deseo pero éste no puede ser reconocido como tal, de ahí su angustia de asumirlo, de ahí su sentimiento de culpa por desear. Y de hecho sólo piensa. Puede pasarse la tarde titubeando a cerca de lo que quisiera hacer y no hace nada. Tan poderosas son sus ideas que éstas podrían convertirse en hechos reales, por lo que ante tales ideas, no deseos, ¡claro!, se vislumbra un: *no se qué que me hace sentir no se cómo... mal* y sabemos que cuando hay un: “me siento mal”, hay culpa. Y con la culpa, se descarga su libido.

b.1 Hay que considerar otro elemento primordial aquí: la presencia del *super yo*. En 1909, año de publicación del caso de neurosis obsesiva, Freud no hablaba de este concepto. En 1923 con su artículo El Yo y el Ello, introduce la segunda tópica: yo, ello y super yo. Éste último viene a tener las funciones de autoobservación, conciencia moral y de ideal; resumidamente, es el heredero del Complejo de Edipo, su contenido está en relación al super yo parental y viene ser por tanto la representación de las restricciones morales. Aunque claro, este super yo puede ser tan permisivo (laxo), flexible, rígido o lábil según su contenido, asociándose, si nos vamos desde M. Klein, a una culpa persecutoria o reparatoria.

La neurosis obsesiva suele estar asociada a un super yo rígido. En otras palabras, a tener esa achacosa voz interna que no le quita el *ojo* de encima para estarlo midiendo conforme a sus propias restricciones, sea para castigarlo, sea para llevarlo por el camino en donde se realizan penitencias para borrar las culpas. Reproche y culpa, hasta aquí, han ido de la mano. Reproches enlazados a representaciones distantes de las originales porque estas últimas “no tienen nada que ver”. Culpa por sentir, decir, pensar algo que vaya en contra de lo que Ugolino considera que debe de ser buena persona. Una buena persona no desea la muerte, no grita, no se enoja.

Recordemos: “El *super-yo* aplica un rigurosísimo criterio moral al *yo*, inerme a merced suya; se convierte en un representante de la moralidad y nos revela que nuestro sentimiento de culpabilidad moral es expresión de la pugna entre el *yo* y el *super-yo*” (Freud, S., 1932, Pág. 3135). Hay un *yo* que trata de satisfacer las demandas de sus tres *amos*: el mundo externo, el *super yo* y el *ello*. Sin embargo no puede complacerlos al mismo tiempo, se angustia. Surgiendo, respectivamente, una angustia real, moral o neurótica. Y justo aquí, estamos en la moral. Frente a un conflicto psíquico dado el choque entre sus aspiraciones éticas y su deseo intolerable percibido como *idea/pensamiento*. Ugolino claramente afirmó en diversas ocasiones no desear la muerte a su padre ni a su novia, pero al mismo tiempo se asedia con estas ideas, le remuerde su *conciencia* el tenerlas y pensar también que si algo llegase a suceder sería porque él lo pensó... no porque él lo deseó.

¿Qué hace Ugolino con su culpa? Calla. Se queda en silencio sin poder decir lo que está pensando porque eso que pasa por su cabeza, si saliera, ocasionaría la catástrofe. La muerte. No sabe porqué tiene que contar hasta 10 en pares y luego en nones³; no sabe porqué tenía que rozar su codo contra la pared con el brazo izquierdo si el derecho primeramente rozaba (compulsión de simetría); entre otras manías, era respirar fuerte por la nariz apretando el abdomen, pisar los puntos de quiebre en la banqueta, sentarse con una pierna cruzada y luego con la otra, prender los dos focos del baño aunque uno de ellos no funcionara, su ceremonial imprescindible: abrir y cerrar la puerta de su cuarto haciendo ruido con el rosario, poniendo el pie en la línea del piso, cerrando y abriendo la chapa en lo que contaba del 1 al 10 en pares y nones y viceversa; usar una pulsera en cada mano porque de lo contrario se verían largos sus brazos, levantar un pierna

³ “Los números favoritos, por lo general, son pares. Solamente los números pares constituyen una garantía de que ni los instintos ni el *super yo* van a prevalecer. El mismo significado tiene la mayoría de las compulsiones de simetría” (Fenichel, 1966, Pág. 329).

mientras se bañaba porque de pronto ese mandato apareció en su mente, entre otros. Unos desaparecieron, otros iban y venían, surgían nuevos y se iban... sin claridad plena Ugolino de pronto daba cuenta de lo que ya no hacía. Sus asociaciones a cada uno de estos rituales y compulsiones, fueron bastante diversas, generalmente se enlazaban con historias relacionadas con su padre, Angelina y Milburga. Son actos que simplemente no podía dejar de hacer, y al tratar de abstenerse, más se angustiaba.

b.2 Hay un ejemplo particular en el cual me quiero detener para ejemplificar otro concepto. Ugolino no podía dejar de decir todo lo que hizo en el día con todos los detalles a su novia para demostrar que no hizo nada de lo que ella pudiera preocuparse (encelarse). A lo que decía: “no sé porqué lo hago si ni siquiera me pregunta”. Tenía la *necesidad*/mandato de tener que rendir cuentas. Aunque por supuesto, de lo que tenía que decir, no decía nada. No hablaba de sus amoríos infieles, ni de sus pensamientos cariñosos hacia otras chicas. Era un decir sin decir, en donde no hubiera lugar a *dudas* sobre lo que él es y hace. Aunque este enlace tomó tiempo realizarlo. Con esto trato de explicar la culpa de la que no sabe, sabiendo solamente un tener que hacer (decir todo lo que hizo). Freud lo teoriza de la siguiente manera: “Puede decirse que el sujeto que padece obsesiones y prohibiciones se conduce como si se hallara bajo la soberanía de una conciencia de culpabilidad, de la cual no sabe, desde luego, lo más mínimo. Trátese, pues, de una conciencia inconsciente de culpa (...)”. (Freud, 1907, Pág. 1340). Hace poco hice el paréntesis sobre la imposibilidad de tener afectos inconscientes dado a que los afectos no se reprimen, sólo se desplazan, es decir, es un afecto del que no se sabe y sólo se le siente porque está puesto en otra representación que no le permite dar cuenta del cómo es que siente culpa. El sentimiento de culpa es inconsciente en tanto todavía no se le ha percatado como tal, *como si*

estuviese encubierto de otras representaciones que sólo permiten alejarse de la representación original por la cual debería de sentir culpa y no sólo sentirse *mal*.

b.3 Assoun al respecto señala: “...cuando la conciencia de culpa no se manifiesta directamente en el obsesivo, surge en su lugar “una nueva serie de síntomas, acciones de penitencia (*Busshandlungen*), limitaciones de autopunición”.” (2000, Pág. 62) (Lo retoma de inhibición, síntoma y angustia). De hecho, habla de otra modalidad en la culpa, la propone como un masoquismo moral, además de agregar el perverso y el femenino. Menciona: “...mientras que el sujeto con culpa se somete al superyó cruel y lo vive como tal, el yo del masoquista moral activa su sumisión – la exagera- en cierto modo – pero, en un movimiento contradictorio, no se siente sometido a este superyó.” (2000, Pág. 60). El mundo es el desgraciado encargado de su fracaso y displacer. Es al cruel destino a quien se entrega, y justo ahí encuentra su satisfacción. El sujeto, y cito por ser muy aclarador del punto, es su propio “saboteador interno”, es a quien se le reconoce por su “remordimiento de conciencia” (*Gewissensbissen*)” (2000, Pág. 62), y, en “(...) cuanto más culpable se conduce, más... “se declara no culpable”.” (2000, Pág. 61). En sus mismas palabras: “... el masoquismo ofrece la posibilidad de poner el sentimiento de culpa en práctica”. (2000, Pág. 62). ¿Qué nos quiere decir con todo esto? No es novedad alguna el *masoquismo* del obsesivo al *someterse* a los mandatos, prohibiciones, compulsiones o ideas obsesivas dada la angustia que le ocasiona no hacerlo, por su negra conciencia o por como casi todo neurótico, dejando en los demás, en Dios, las Moiras⁴ según el ejemplo de Assoun, el destino o los planetas, la responsabilidad de lo que él mismo debería de hacerse cargo. ¿Qué es eso de activar la sumisión si no es por un super yo cruel? Al parecer es una distinción entre un hacer porque internamente me lo demando/ me lo demanda esa voz, moral, normas y propias

⁴ Las Moiras son personificaciones del destino que controlaban el destino de las personas desde que nacían hasta su muerte.

restricciones, de un hacer porque el mundo así quiere que lo sea/ porque el destino así lo quiso y “no me queda de otra”. Si es así, Ugolino, como le ha de suceder a otros tantos sujetos, no le ha quedado más que quedarse con su pareja porque así tiene que ser, no pensaremos en la deuda del padre (explicaré detalladamente en el inciso de la deuda) o en su duda de: “la dejo, no la dejo”. Se ajusta perfectamente al modelo de personalidad del masoquista moral: se declara no culpable y sigue haciendo de las suyas (me refiero a su insistencia de nombrarse inocente con Angelina –y conmigo al inicio- de infidelidades), le remuerde la conciencia (pero por pensar en la muerte de otros, no por tener aventurillas), le achaca a “la relación” todo lo que le incomode de ésta cuando en realidad “la relación” son dos personas: él y Angelina. No veo si sea necesaria la diferencia establecida. El bagaje freudiano sigue prevaleciendo.

c) Pensamiento obsesivo

El pensamiento obsesivo es aquél privilegiado entre la lucha pensar-actuar. “El pensamiento reemplaza a la acción (...)” (Freud, 1909, Pág. 1484). No sólo se reprocha, culpa, mortifica, o rodea cuanta implicación afectiva se le solicite, se paraliza por éste. Ugolino señala: “estaba acostado en mi cama, quería salir con mis amigos pero me la pasé pensando en que si quería salir con ellos necesitaría dinero, no me darían permiso para llegar tarde, mi mamá y Angelina estarían llamándome a cada rato. Luego pensé en ir a ver a Angelina pero pensé en que sería lo mismo, a veces pienso en que quiero hacer muchas cosas y no hago nada, pienso en lo que me gustaría decirle a Angelina y no le digo nada, me quedo sin hacer nada por estar dándole vueltas a las cosas”.

¿Qué acción reemplaza Ugolino con su pensamiento? Freud habla a cerca de los actos autoeróticos de la infancia: “Los actos obsesivos se aproximan (...) a los actos sexuales infantiles

semejantes al onanismo” (1909, Pág. 1484). Las contadas ocasiones en donde señalé la masturbación o alusiones a su sexualidad, Ugolino boicoteaba los comentarios diciendo: “no veo la relación”, “no tiene nada que ver”, “no tengo problemas con las relaciones sexuales”. Fue un campo poco hablado en donde queda por analizarse una piedra angular determinante para alguien que desea continuar en este proceso.

Hasta ahora vemos como es que queda atrapado por ideas y más ideas, unas que impulsan a hacer, otras que contrarrestan las ganas. Es mantener un nivel libidinal sin picos nivelado por la razón irracional que no deja hacer porque sólo hay cabida para pensar. Ahí encontramos a Ugolino. Merodeando sus deseos por querer salir, divertirse, por poder decir algo... lo que sea. En sesión no hay lágrimas, no hay enojos, a veces ni cambios en el tono de voz, pocos en la postura, su discurso a veces se torna cíclico, las intervenciones son re-pensadas. ¿Quién o qué lo sacude?, ¿Qué es lo que lo puede llevar a sentir?, ¿A *mentar la madre* si le apetece? Cabe señalar el gran sarcasmo e ironía de mi parte para siquiera acercarme y decir: “ni tú te la crees”.

Llevar a cabo algún acto para él pretencioso, es asumir su deseo, sentir tan sólo el riesgo de poder hacerlo ya es inconcebible. Sentir lo saca de control. Lo mejor es pensar *bien* las cosas y quedarse sin hacer nada. Así no hay nada en juego, no pierde nada, la nada se lo va tragando. No hay mejor recurso que deformar las ideas utilizando el pensamiento elíptico. Aunque claro, no es un recurso voluntario. Permite llegar a una sentencia sin saber de qué se le acusa. Hay una parte omitida. Esa parte es la que dará sentido a las dos ideas enlazadas. Ejemplifico: Ugolino narra que la “Sra.” (como solía llamar a la esposa de su padre) dejaba animales muertos fuera de su casa cuando niño. Y dice: “Mi padre ahora está con ella. (Sigue con otra historia). Ha de ser por la brujería que hizo esa señora”. Traducción: Si mi padre está con ella, es por la brujería, no porque él lo

quiso, porque si he de aceptar esta parte doliente, me lleno de tristeza. Este ejemplo nos da el elemento y brinco a otra cualidad del pensamiento obsesivo: el pensamiento mágico.

¿Cuán poderoso puede ser Ugolino que con tan sólo pensar se hace realidad su idea/deseo?, ¿Cuánta responsabilidad recaerá sobre él con este don mágico tan peligroso a la vez, dada su infame voluntad de matar a cuantos se quieren interponer con él para que los quiera? Es un pensamiento omnipotente. ¿A qué le teme?, ¿Qué es eso? Es lo temido del propio inconsciente. Su contenido de deseos intolerables a la conciencia, incitadores de castigo por ese super yo, motivadores de reproches obsesivos ya que andamos en estos caminos. Se preguntan “(...) si no habrán contribuido por alguna negligencia o imprudencia a la muerte de la persona amada” (Freud, 1912, Pág. 1785) a manera de reproche. Con tan sólo pensarlo creen que podría llevarse a cabo: “¡Tan poderoso crees que eres!” dije ante dicho pensamiento de Ugolino dirigido hacia su padre: “Le pregunté al péndulo: ¿se morirá alguien de mi familia cercana este año? Contestó que sí. Enseguida supe que sería mi padre y le pregunté: ¿va a ser mi padre? Y contestó: sí. Todo ese año me acerqué con él por esa razón, por temor a que se muriera” (¿no pensaremos que su temor es su deseo, verdad?). En cuanto a Angelina, comentaba: “Si se muriera Angelina sentiría un gran alivio, y cuando dice que se quiere suicidar, pienso que si lo hace, yo no tendría nada que ver pero al mismo tiempo sentiría culpa”. Es decir, si algo les ha de pasar, habrá de ser su culpa porque lo deseó. Sin embargo, este deseo también es negado, y lo hace con Milburga: “yo no quiero que se muera, sólo le hablo para saber que no ha muerto”. La siguiente cita teoriza esto anterior:

El superviviente se niega a haber experimentado nunca un sentimiento hostil con respecto a la persona querida muerta y piensa que es el alma de la misma la que ahora abriga este sentimiento contra él. El carácter de castigo y de remordimiento que esta reacción afectiva

presenta se manifestará, a pesar de la defensa por medio de la proyección, en forma de privaciones y restricciones que el sujeto se impondrá, disfrazándolas en parte bajo la forma de medidas de protección contra el demonio hostil. (Freud, 1912, Pág. 1786)

Serán prohibiciones para no caer en la tentación. Para no tentar su deseo. Dentro de estas restricciones se encuentran sus rituales obsesivos, y me referiré a los religiosos en particular. Ugolino dice que es católico porque lo bautizaron, pero que no es un creyente de Dios, piensa que Milburga usa a Dios como un chantaje: “es que Dios así lo quiso”, y le reprocha que deje en manos de Dios la relación posible entre ambos, cuando él mismo deja en manos de otros la relación que él desea con ella: “es que tiene novio y yo a Angelina” (¡seguro eso es lo que lo detiene!). En sí en esta rama de la religión Ugolino no entra en la trama, pero es preciso detenerme aquí para llamar a la superstición, a la duda obsesiva y otros agregados. Ugolino no cree en Dios pero cree en el péndulo y en el “toco madera”. Sabe de la ridiculez que implica creerlo pero no lo puede dejar de creer. Algo así como: “Por si sí o por si no...mejor le creo, mejor toco madera, no vaya a ser que sea verdadera la predicción o que se haga realidad mi pensamiento y lo anulo con un acto obsesivo”. Es como el ejemplo de la piedra en el camino citado por Freud en el caso del Hombre de las ratas: ¿la quito para que pase la carreta sin voltearse o la dejo para que se voltee o qué tal si la quito y por ahí pasa? No es raro observar que la *creencia* hacia x (y Dios entra en x) y la fe son mera superstición. Son oraciones mágicas. Mera conveniencia tramposa del *disque* creyente. Cómo no citar la apuesta de Pitágoras: “Si creo en Dios y no existe, no pasa nada. Si creo en Dios y existe, no pasa nada. Si no creo en Dios y no existe, no pasa nada, pero, si no creo en Dios y existe: lo pierdo todo”. ¿Entonces mejor creemos?, ¿Es que a eso se reduce la fe y la creencia sea de Dios, el péndulo o el “toco madera”?, ¿A una mera apuesta para no asumir el deseo hostil y valerse de un sinfín de actos para

contrarrestarla? No por nada Freud dice: “(...) una neurosis obsesiva es una caricatura de una religión” (1912, Pág. 1794). La religión ofrece la penitencia como formas de absolver los pecados y lograr la reconciliación, así que estas personas están en penitencia continua, cada vez más severa, y en otras haciendo penitencia adelantada “por si” les vuelve a ocurrir eso que no desean pensar o hacer. Es común que se rijan en la vida bajo su bandera del *por si llueve, por si “x”*, para controlarlo todo, y como no vaya a ser que se vayan al infierno, se les devuelva en vida sus malos actos y pensamientos, *por si sí o por si no*, mejor rezan por su vida, por la del vecino, el africano e E.T., que *por ellos no quede*. No quede la duda, la deuda, ni la cabida a su cuestionada agresión y sexualidad. Sus creencias forman parte de su neurosis. Su actuar compulsivo en base a sus creencias lo denuncia. Es el fiel servidor de Dios No.1 si es posible. Nadie piense que por su cabeza pasan tantos pesares que necesita rezar (o tocar madera) para que desaparezcan y/o para que no ocurran (un pensamiento omnipotente compitiendo con el omnipotente mismo). Nadie piense que es una *mala* persona porque a cada momento quiere demostrar lo contrario. Por último, que nadie le cuestione si su Dios o su religión o su creencia es mera superstición. ¡No lo pensemos! Si sólo en su *por si sí o por si no*, no quiso dar a entender otra cosa.

d) La duda

El motivo de consulta decía: “Viene por su “doble hacer de las cosas”, ser inseguro y no saber si es celoso por él o porque su novia lo es”. De entrada tenemos una compulsión, la inseguridad y la puesta de ésta última en una duda clara de celos que también es válida de interpretarse con esa fusión de *yoes* en el enamoramiento en donde, después de varios años de relación, no se sabe quién es quién o quien habla.

Bien creo que la duda, en el apartado anterior, fue pincelada con claros ejemplos de la vida en Ugolino. Incluso, inicialmente la traje a cuenta cuando Ugolino narraba con lujo de detalle todo lo que hizo en el día a Angelina para asegurar, sin lugar a dudas, que para él ella lo es todo. Hemos visto que si bien el pensamiento lo paraliza, la duda también, la idea se torna pregunta: “¿Y si me llaman?, ¿Y si no me dan permiso?, ¿Y si no me alcanza el dinero?”. Pero cuidado, la duda lo hace arremeter en actos compulsivos: “Mejor toco madera”.

Transcribo una parte de la viñeta 65 llevada a cabo el 17 de noviembre del 2009, pues me parece muy alusivo a todo lo que he estado describiendo:

Ugolino: (Hablaba de Milburga) Es que pensé: y si le digo esto, ella entonces, y si, y si, y si, y no dije nada, me imagino lo peor, que me dejará de hablar, que ya nunca sabré de ella, que no podré saber si está muerta, es más creo que si se muriera me sentiría mejor, así no tendría de qué preocuparme.

Terapeuta: Mmm desearías que se muriera

Ugolino: No, claro que no (toca dos veces el escritorio)

Terapeuta: ¿Qué fue eso?

Ugolino: Madera, madera

Terapeuta: Es conglomerado

Ugolino: (Se toca dos veces la cabeza, luego la puerta)

Terapeuta: ¿Supersticioso?

Ugolino: Algo

Terapeuta: ¿Qué?, ¿tu pensamiento es tan poderoso que con desear o sólo pensar que se muera puede suceder?

Ugolino: Sí, ya lo sé, eso no es así, pero por si sí.

Terapeuta: O por si no, mejor así evitarías que se haga realidad

Ugolino: Es que así, si le pasa algo y yo lo pensé me vendría toda la culpa. Culpa de que yo lo pensé y que pasó, no lo podría imaginar, es algo que evito, es más, hasta me agarro de la silla para frenarme, no sé porqué. No, si se muriera estaría peor, estaría pensando: “y si yo hubiera...”

Terapeuta: Reprochándote

Ugolino: Pienso que si se casara o se muriera así yo ya no tendría nada que ver. (Continúa hablando). No sé si la quiero, la amo, si es que quiero a Milburga del pasado, de seguro ya cambió. El otro día veía un video en donde ella dijo: “cabrón” y pensé: “no, esa no es Milburga”; no sé que siento, qué sentir, quién es ella. Pero es que así como estoy no me siento vivo.

En donde nada se mueve, donde todo está como siempre, no hay lugar a dudas. Que nada cambie porque esto sería un llamado a desear, sentir, mover, sería una pérdida de control y un desafío de balance. Este pequeño pedazo de viñeta, al retirar uno a uno sus elementos obsesivos, ¿qué nos queda?, ¿qué queda de Ugolino? A esto responde Ugolino: “esto no es vivir... es todo lo contrario, viendo pasar el tiempo y las cosas. Lo veo como cuando vas a brincar la cuerda, que le están dando y tú estás: “entro, no entro”. Viendo pasar el tiempo, como verse en un álbum de fotos sin detenerme. (...). Como un gato al que le dan migajas y ahí va temeroso, pero que ante cualquier movimiento inesperado salgo corriendo. Es eso. Salgo huyendo. Si no es como lo pensaba: huyo”. ¡Maldita duda! Fenichel ingeniosamente lo resume: “El *statu quo* es un mal menor” (1966, Pág. 339). De hecho interpreta la duda bajo tres conflictos: masculinidad vs. feminidad, amor vs. odio, y ello vs. super yo, enfatizando el temor a la omnipotencia del

pensamiento obsesivo ante la duda obsesiva con respecto a noticias de muerte. Ugolino no escapa a ello.

e) Productos obsesivos

Me es imposible desmenuzar tan puntualmente cuanta variedad sintomatológica sobrevenía en las sesiones. Quiero señalar un punto y hago referencia a otros dos más. Sin embargo, creo que es pertinente, antes de seguir avanzando, puntualizar a cerca del acontecer abrumador de Ugolino.

Los productos obsesivos, aunque suene singular, Freud los coloca formando parte de diversos actos psíquicos, entre ellos incluye los “(...) deseos, tentaciones, impulsos, reflexiones, dudas, mandatos y prohibiciones.” (Freud, 1909, Pág. 1473). En un gran párrafo anterior, mencioné sin distinción sus “achaques” obsesivos de los que se quejaba no poder dejar de hacer o pensar. Distinguiré el “no poder dejar de hacer” del “no poder dejar de pensar” para hacer alusión a las compulsiones e ideas obsesivas. Y he aquí otro elemento ya nombrado como tal: las compulsiones. Parafraseando a Otto Fenichel, son como un mandato desde adentro, por el padre o por el superyó, expresan ideas, en éstas se encuentra la descarga y la penitencia, son derivadas de pulsiones rechazadas, o dicho de otro modo, son obsesiones que se sienten como impulsos. Sólo lo hace (la compulsión). A lo que después viene la duda: “¿lo hice bien?”, “no sé si lo hice”, “mejor ahora cuento hasta 20”.

El hombre de las Ratas, ante una escena de tormenta se puso a contar. Freud lo interpretó como una “(...) medida defensiva contra temores que significan un peligro de muerte” (1909, Pág. 1459). Al parecer, ante un peligro real. Ugolino escuchó: “contar=matar”, a lo que dijo: “yo no quiero matar a nadie” (acordémonos de su compulsión de contar del 1 al 10 en pares, nones y luego en viceversa). No se enfrenta a un peligro de muerte en medio de una tormenta.

Es otro peligro, el peligro de la posibilidad de convertirse en realidad lo que piensa. Por no correr ese peligro, se asegura y cuenta. Controla. No siempre sabía con precisión cuándo era que se ponía a contar, pero dejó de hacerlo con el tiempo y al final ya sólo contaba en su ceremonial de la puerta. Su referencia teórica para sospechar su afán homicida era retomado de Fenichel: “El acto de contar en forma impulsiva puede ser también una defensa contra deseo de matar, ya que el acto de contar cosas es una manera de asegurarse de que ninguna de ellas falta” (1966, Pág. 329).

A este mismo ceremonial podemos retomar lo que Freud señala: “(...) el ceremonial se inicia como un acto de defensa o de aseguramiento, como una medida de protección.” (1907, Pág. 1340) ¿Contra qué? (nos preguntaremos). Contra su *cochina* y *perversa* conciencia, pues ¿quién anda matando gente en mente, deseando que se calle y se largue, ocultando verdades que delatarían el tachable ser humano que se es? “Los actos ceremoniales y obsesivos nacen así, en parte, como defensa contra la tentación, y en parte, como protección contra la desgracia esperada. Pronto los actos protectores no parecen ya suficientes contra la tentación, y entonces surgen las prohibiciones, encaminadas a alejar la situación en que la tentación se produce.” (Freud, 1907, Pág. 1341). Hasta aquí entendemos el surgimiento del ceremonial como protección contra la desgracia esperada, ¿pero a qué tanta tentación refiere? Explica Freud que en la vida infantil hubo un instinto sexual exteriorizado y luego reprimido al cual el sujeto le otorgó una vigilancia particular. “La influencia del instinto reprimido es percibida como tentación, y en el curso mismo del proceso de represión nace la angustia (...)” (1907, Pág. 1341). Repito: no hubo elementos para hablar sobre este origen pulsional reprimido que provoca tentación, pero si nos vamos por el lado de la angustia podríamos acercarnos un poco más.

Ugolino se angustia constantemente si no llevaba a cabo la compulsión que esté al día (cambiaban). Siempre llegaba a sus sesiones escuchando música y en distintas ocasiones contó que al ir caminando durante sus traslados, o en cualquier oportunidad en que estuviese solo, escuchaba música, justificándose con aburrirse o dimensionar un camino más largo de lo que es sin música. A esto intervine: “¿toda esa música no será para no oír el ruido interno?”. Tiempo después se le olvidó su celular, prestó su Mp3, tuvo que estar sin música todo el día y mencionó que pensó más que cuando trae su música. Al parecer, esta música permite mantener la represión del contenido tentador, contenido infantil del que no se trabajó, contenido sólo referente a enojos fue el que se obtuvo, lo que no es poca cosa, pues le permitió ir elaborando sus sentimientos hechos a un lado para no ocasionar las calamidades imaginarias.

En cuanto a las ideas obsesivas, son ideas en las que hay que pensar, son muy persistentes. “Se hacen obsesivos aquellos procesos mentales (...), aquellos *pensamientos que han de representar, regresivamente actos.*” (Freud, 1909, Pág. 1485). “¿Cómo se quitan?, ¿Se pueden quitar?” preguntó Ugolino (aunque creo que es la pregunta de todo paciente ante sus síntomas que le acongojan). Si nos vamos al conocimiento freudiano básico, sabremos que un síntoma es un sustituto de una idea reprimida. Esto nos lleva a preguntarnos: ¿qué nos quiere decir ese síntoma? La investigación sobre el mismo inicia: “¿Desde cuándo apareció?, ¿cómo fue que pasó?, ¿cómo es que regresó?”. La idea es contextualizarnos, conocer la historia del síntoma para poder llegar a darle un sentido al que poco a poco el paciente se va acercando. Más no es nuestro sentido. Interpretamos. En las ideas obsesivas pasa de igual modo. Al interpretarlas solían ceder.

Tenemos, por lo tanto, mandatos (“debes de...”), prohibiciones (“no debes de...”), la duda (¿lo hice?, ¿y si...?), compulsiones, en sí, un deseo tentado, rechazado y castigado. Cabe agregar que los actos obsesivos son “(...) en dos tiempos, cuya primera parte es anulada por la segunda (...)”

(Freud, 1909, Pág. 1459). El significado lo encontramos en el conflicto odio-amor, punto al cual le dedico un inciso por su importancia, pero que por lo pronto puedo, hablando sólo de actos obsesivos, ejemplificarlo con el caso clínico en cuestión. Ugolino y su relación con Milburga es bastante clara a esos 2 tiempos: desea que se muera para ya no tener que preocuparse pues sólo le ocasiones vueltas y vueltas en la cabeza, pero entonces enseguida le llama para saber si no ha muerto.

f) La deuda

La deuda es una trampa. Es un embrollo más complicado que pagar objetivamente algún préstamo. La puesta en juego no es sólo de dinero. Razón misma por la que una deuda, para el obsesivo, se torna inmensurable. El pago de ésta es su mentira. Podrá pensar que quedará libre de deudas, ¡pero no!, se trata de una deuda simbólica. Mis apuntes de la clase con el Mtro. Flores puede explicar esto: “Tienes algo que no mereces pero que tienes que hacer algo para merecértelo. Hay algo que hay que pagar que es impagable, para merecer lo que se tiene”. Si el Hombre de las ratas *debía* al Teniente A las 3,80 coronas, Ugolino *debe* quedarse con Angelina, no como su padre (¡estos padres!) que deja a su esposa y se casa con “la Señora”. Pensándolo bien, qué bueno que así sea, pobrecita Angelina, se siente muy sola, es hija de padres divorciados, de un padre que tuvo otra familia, de una madre que la desprecia. Pensándolo mejor todavía, que bueno que también tenga a Milburga, ella le habla como el novio que no es con Angelina. Pensándolo aún mejor, ojalá y se quede con su madre para cuidarla, pues tiene una lesión en la espalda por trabajar de niña cuidando a sus hermanos y tarde que temprano quedará paralítica, y como el hermano de Ugolino se va a casar y él se quedará en casa sólo con su mamá, si se casa después, ¿quién cuidará de su madre? ¡La dejarían otra vez por otra! (A la madre). Pero mejor que no analice esto Ugolino, es muy cruel. Lástima que lo hizo: dejó a Milburga, se posicionó

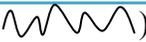
distinto con Angelina y está por verse lo de su madre. Es cuando pensamos: ¿son esas mujeres las que lo quieren tener ahí con ellas o es que así se las busca? Ugolino está pague y pague. ¡Vaya masoquista moral!

g) *Te amo y te odio*

La ambivalencia está puesta en el titulillo de la g). Rasgo anal, pero que también nos habla del significado de los actos compulsivos a dos tiempos y de los afectos. De esto trato aquí. Un largo recorrido nos espera. Si lo hice por dos años y medio, creo que vale la pena dedicarle un tiempo. En resumidas *cuentas* tomaremos lo que queda fuera de su tanteo de muerte.

Ugolino habla con el: *como que, como si*, con el *se*. Esto alerta cuando además no hay llanto, no hay enojo, siendo sólo la risa misteriosa la que se asoma constantemente y sin falta en cada sesión, haya o no motivo para reírse. Al señalárselo, logra percatarse de su imposibilidad para involucrarse con las personas, con él mismo, con eso que quién sabe qué es que siente. Hace todo rodeo para no decir directamente las cosas: “Un día, quizá, tal vez, a lo mejor, bueno, podría decirle *como que* me hace enojar cuando me habla así”. (Y pensar que con ya decir que *como que* lo hacía enojar ya era bastante en ese momento). Me tomaré un espacio para citar pequeñas partes de las viñetas, a veces de mis comentarios relacionados a la sesión, en el orden de su sucesión, más que nada para ver observar su recorrido en torno a su reconocimiento afectivo con él mismo y hacia los demás. Los colores de las sesiones indican los momentos de su proceso, a los que hice alusión en la página 20.

Sesión	Fecha	Viñeta /Observación propia
13	20/04/09	“Quiero sentir, enojarme, reírme, conocer gente nueva, hacer cosas nuevas, ser libre”

Sesión	Fecha	Viñeta /Observación propia
17, 54	19/05/19 6/10/09	“No sé cómo ser”
23, 86	9/06/09 26/02/10	“Las cosas siguen fuera de control, llego tarde, tomo apuntes en una misma libreta y son muchas materias, me gusta Brendolina” (Duró varios meses así) “Estoy todo desorganizado”
47	11/09/09	“Se me ocurre: reír par no llorar, ¿pero por qué habría de llorar si no estoy triste?”
53	2/10/09	Apunte mío: “Comienza a hablar con más ademanes, movimiento y afecto”
64,65	13/11/09 17/11/09	“Así como estoy no me siento vivo” En la sesión siguiente: “Esto no es vivir”
78	26/01/10	“Mi vida es como un electrocardiograma (simula con las manos: ) ¿Porqué no puede ser todo tranquilo? Terapeuta: ¿Qué no de eso te quejabas antes?”
81	9/02/10	“Es que me quedo inmóvil. Callado” Terapeuta: “¿y qué te hace sentir?” Ugolino: “Coraje” Comentarios míos: “Durante estas sesiones <i>descubre</i> el ciclo Milburga-No Milburga. Menciona que ha podido dejar ir a Milburga pero a las pocas sesiones ya está presente otra vez: Milburga la descatejada”
87	2/03/10	“Ayer me sentí triste, creo...no sé. Como que necesitaba que alguien me diera un abrazo (...). Estaba bien, de pronto, no sé, como nostalgia, triste, no triste, sí... triste”.
99	27/04/09	“Nunca me enojo, no lloro, no sé”
104	11/05/10	“Lo de Milburga al rato se me pasa y luego volverá (...). Angelina no tiene porqué saberlo, a ella no le afecta en nada”
105	18/05/10	“Me desquito con mi hermano de todas esas veces que me hizo llorar de niño, sentía impotencia y enojo. Dejé de llorar, me dicen que de niño era muy llorón”
111	11/06/10	“Siento que siento algo por Milburga 1 pero que esta como que encapsulado, muy raro, platico con ella y siento algo por ella pero que no dejo que salga y sí al mismo tiempo”

Sesión	Fecha	Viñeta /Observación propia
114	22/06/10	“Estoy bien con ella, no estoy mal, así estamos. Siempre me es más fácil decir lo que no quiero o no algo, que lo que sí”
120	27/07/10	Los colores en los sueños han estado transcurriendo hasta llegar a este sueño que destaco por los elementos transferenciales, afectivos y del orden de la sexualidad: “Soñé con Usted. Iba a sesión... me decía que si podía esperarla un poco porque estaba indispuesta, me esperaba y en eso Usted salía, traía una blusa de tirantes y una falda corta, estaba toda quemada, despellejándose, me decía que no aguantaba la ropa pero que si le daba tiempo de irse a cambiar y se iba... Entro, es todo diferente, tenía muchas cosas, muchos cuadros, muchos colores...sobre todo naranja y verde, pero fosforescentes”
140	8/10/10	“Me siento bien... x”
147	2/11/10	“Me siento... no puedo decirlo”
148	5/11/10	“Ah, no sé porqué no puedo hablar, tengo muchas ideas en la mente...va. Es que son tantas y no puedo decirlas, sólo son palabras, no tienen lógica. (...) Angelina, víctima, yo, harto, enojado.. ah...descansé (...). A veces estamos bien pero a veces se me escapa algo, hay un tiempo y en eso Angelina: es que no sirvo para nada. (...) Siento culpa por ser el que desencadena que ella se ponga así”, “Estoy agarrado de la silla”
149	9/11/ 10	“La relación como tal no existe, siento que no le importo a veces a Angelina. ¡Eso! Pero luego pienso en que ella es una buena novia, estudia, se preocupa por mí y busco justificar por qué sí debería seguir con ella, pero no por lo que yo pueda sentir”
167	18/01/11	Explica la lógica de barras de Excel en relación a sus <i>chicas</i> , cuando siente algo por Milburga, sube la barra de Milburga, baja la barra de Angelina y las demás, y así sucesivamente.
173	8/02/11	“A un amigo no se le dice: “te quiero besar”, “me quiero acostar contigo”, “amor”, a menos que lo haga también con todos sus amigos, que no creo que lo haga” (Habla de Milburga) “Siento que me mintió, no era verdad todo lo que me decía y que me usó porque cuando está mal con su novio me busca y luego se vuelve a desaparecer”

Sesión	Fecha	Viñeta /Observación propia
		Entre la sesión 173 a la 185 aproximadamente Ugolino estuvo elaborando la separación con Milburga, después de haber sido ella su amor platónico y perfecto, después de contrastar a la Milburga de los 15 años a la de 20, después de poder darse cuenta de la relación histérica con ella, viene la caída de este objeto idealizado, lo trabaja hablando de una escena en donde hay una casa de diversos colores, él muerto en su cuarto. Fue un momento muy importante para el proceso, pudo trabajar cómo es que se involucra y no involucra con los demás, lo que siente, lo que ya puede expresar, la tristeza de esta separación, para trabajar más adelante la separación con su padre a los 11 años.
203	3/05/11	“Ahora cada vez que me enojo, Angelina ya se da cuenta y me lo dice. Le dije: ¿cómo no me voy a enojar? ¡Mira cómo te pones y lo que dices! De rato se me pasó”
Última sesión: 224	22/06/11	Durante las últimas sesiones habló a cerca de los alcances del proceso, su sentimiento de tranquilidad por poder pensar cosas de las que luego no se culparía, de sentirse más libre, sin tantas compulsiones, se retomó el sueño transferencial: se escarbó, hubo áreas que quedaron intactas, quedaron los cimientos hechos para comenzar la remodelación.

Después de este pequeño-gran resumen, ilustrativo a mi parecer, lo correspondiente es teorizar al respecto, pues tenemos grandes puntos por retomar. Considerando los ejemplos de la historia clínica presentada, aquellos otros que han ido apareciendo con los puntos teóricos revisados y los de éste trayecto, creo que resultan suficientes para mostrarnos el panorama de Ugolino en torno a su acontecer de la vida, sus sentimientos y sus síntomas. Primeramente me detengo en el ciclo Milburga-no Milburga, en esta relación platónica-detestable que se enlaza también a su sentimiento de la amo-descatetizada, a la lógica de las barritas, a ésta en la que un profundo anhelo por estar con ella lo mantenía (ayudado por los comentario *tiernos* de Milburga) y al mismo tiempo rechazaba por ser tan odiosa, hipócrita y mentirosa. Por un tiempo la buscaba para saber de ella y protegerla de su terrible pensamiento; retomando el caso del Hombre de las Ratas

encontramos: “La obsesión protectora puede sólo significar una reacción –remordimiento y penitencia- contra un impulso antitético, y, por tanto, hostil, orientado hacia la persona amada antes de sus explicaciones” (Freud, 1909, Pág. 1459). De igual manera Ugolino está con Angelina, a manera de cuidarla, mas no porque ella sea la oveja negra de la familia, eso sería lo *razonable*, el trasfondo nos lleva a tomar en cuenta la agresión que le suscita su novia. Con su madre igual. Si ha de quedarse con ella por su futura parálisis sería para cuidarla, le remordería su conciencia abandonarla en ese estado, sin embargo el enojo hacia ella está presente y poco ha dado cuenta de ello. El enfado de Ugolino lo lleva a mostrarse *bueno* con sus mujeres, creyendo verdaderamente en sus intenciones y actos. Freud puntúa al respecto: “El amor no ha podido extinguir el odio, sino tan sólo rechazarlo a lo inconsciente (...)” (1909, Pág. 1482). Y a tanto amor desmedido a Milburga sin saber porqué pese a los rechazos de ella, no nos queda más que pensar en ese odio inconsciente. Sin el conocimiento de esta premisa obsesiva, bien nos quedaríamos en el plano del enamoramiento y nostalgia adolescente del que se sabe: todo puede pasar.

Con este mismo ejemplo de la relación Ugolino-Milburga se puede teorizar a cerca de los actos obsesivos a dos tiempos, en donde el primero se anula por el segundo. El “(...) significado está en la representación del conflicto entre dos impulsos antitéticos de aproximadamente igual magnitud (...) siempre de la antítesis de odio y amor” (Freud, 1909, Pág. 1459). Ugolino puede pensar que es una mentirosa, pero enseguida le llama para saber que está bien, que no ha muerto. Finalmente pudo decir lleno de coraje en una sesión: “¡Que se muera!”.

Si nos vamos ahora a la relación con el padre, sería lo contrario. Una relación hostil en donde cualquier acto y palabra del padre son criticados y devaluados. ¿Qué nos encontramos con el tiempo? Su amor hacia éste. A Ugolino le parecía extraño que apareciera tanto en su discurso su

padre cuando ni siquiera lo tenía en mente durante el día. Fueron apareciendo diversas identificaciones hacia él. Su padre estudió medicina mas no terminó la carrera, él también. Su padre, tiene *manías* como él: el mismo síntoma de la respiración o al coger el volante con una y otra mano; su padre tuvo una relación infiel durante su matrimonio, así como Ugolino la tiene con Milburga y otras; critica a su padre por la deficiente atención que recibe por parte de su ahora esposa (“duerme en el sillón y ella en la cama con el niño”) y él no se percataba del mismo trato por parte de Milburga; miente tanto como su padre lo hace (“Vamos en el carro y recibe una llamada del trabajo y dice que está en Apodaca y estamos en Monterrey. Yo le he hablado preguntando y ya no sé si creerle dónde está”); y no son ahorrativos ninguno de los dos.

Sabemos hasta ahora, por el ejemplo del péndulo, la aparición del deseo de la muerte del padre. Por su historia relatada nos percatamos de todos los rechazos continuos que tiene hacia él. Lo critica, le cuestiona y lo devalúa porque lo quiere, lo extraña y quisiera estar más tiempo con él. Es ambivalente la relación. ¿Cómo quererlo cuando pide dinero constantemente a su madre?, ¿Cómo admirarlo si sabe de sus mentiras? No quiere ser como él y se parece a él. ¿Cómo es que nunca le contó a su madre a cerca de la relación de su padre con la Señora? Era cómplice del secreto. Le quiso decir a su mamá pero nunca lo hizo. Guardar el secreto le daba un lugar con él. Finalmente la infidelidad del padre salió a relucir y se quedó sin él y con culpa.

Ahora vuelvo con las viñetas antes citadas para detallar poco más a cerca de sus afectos. En un inicio no había un sentimiento sentido como coraje o alegría, no había sobresaltos, todo era una línea recta, la neutralidad reinaba su ser, luego comienza a desear sentirse libre; viene el período de su desorganización, más tarde otro en donde iban y venían síntomas compulsivos y psicósomáticos (de los que hablaré en otro apartado), para después percatarse de su enojo, de su risa puesta en la sesión para no llorar, de su tristeza dejada de lado por muchos años. En sólo una

ocasión se le llenaron los ojos de lágrimas y fue al hablar de su coraje hacia “el niño” (Sigifredo medio hermano), recobrando a la conciencia su rivalidad hacia con él por tener a su padre y la rivalidad misma que vivió entre él y su hermano. Termina por darse cuenta de cómo él es quien aleja a sus seres queridos, la mirada vuelve hacia sí mismo para reconocerse. Al término de las sesiones, considero que se abrió la posibilidad de terminar las relaciones de una manera en la que pueda expresar lo que siente sin sentir culpa por ello. En donde hay lugar para hablar de la molestia, disgustos, enojos y reclamos. Fueron sesiones cargadas de mucho afecto, de rencor y enojo por mi partida, pero que finalmente le pudieron permitir expresar también las cosas buenas de ese espacio.

Los colores fueron buen ejemplo de la aparición sucesiva de los afectos. Si no se expresaban en la vida consiente, su escapatoria fue rápidamente puesta en práctica. Había rojos, dorados, cafés, negros, verdes y naranjas. Nos daba una señal: ahí hay alguien quien siente. En los sueños aparecía el apuro por llegar a sesión, él mostrándose seductor conmigo o él viéndome en una falda corta, bronceada y en blusa de tirantes, indispuesta para verlo dada mi molestia por la quemadura del sol y yéndome a cambiar ¿Qué no suena esto al tema de la sexualidad? Es ahí donde se escucha. En el plano consiente no hubo fantasías ni ideas relacionadas a esto (¡cómo no!), pero ahí se vislumbra lo que en otro momento trabajará con su futuro analista. Ugolino vive. Ugolino se espanta de ello. ¿Cómo es que pueden aparecer los afectos en otros lados menos en donde debiesen? “En lugar de olvidar el trauma, le ha despojado de su carga de afecto, de manera que en la conciencia queda tan sólo un contenido ideológico indiferente y juzgado insignificante” (Freud, 1909, Pág. 1461). En una ocasión narró que al salir de sesión vio al grupo de psicodrama representando la muerte de un miembro, le dieron ganas de llorar. Después pensó en por qué habría de llorar y sentirse triste por ello en vez de sentirse triste por la muerte del abuelo de su

novia. No entendía. ¿Porqué sentir en donde no correspondía?, ¿Por qué decir sí cuando quiere decir no?, ¿Porqué no poder sentir como todos? Si bien esta disociación entre el afecto y la representación lo explica, la utilización de ciertos mecanismos de defensa también.

h) Mecanismos de defensa

La anulación retroactiva, el aislamiento, conocido también como aislamiento afectivo, y la formación reactiva, son los principales mecanismos de defensa que Freud describe en la neurosis obsesiva. Es común también encontrar la racionalización e intelectualización: “En aquellos sujetos en cuya constitución predomina el instinto de saber, el síntoma capital de la neurosis es siempre la cavilación obsesiva.” (Freud, 1909, Pág. 1984). Retomaré algunos de los mismos ejemplos rápidamente para aterrizar el empleo de estos mecanismos.

En la anulación retroactiva el *hacer como si*, nos pone atentos. Es el mecanismo que hace alusión a los dos famosos tiempos de los actos obsesivos. Pienso y remiendo. Remiendo para *hacer como si* no hubiese pensado lo primero. O para evitar que mi pensamiento se haga realidad mágicamente. Pensemos en el momento en donde Ugolino pregunta al péndulo sobre quién se morirá y al mismo tiempo piensa que es su padre; el péndulo se lo constata y después, por el lapso de un año, Ugolino está alado de su padre, ¿qué tal si se muere y no estuvo con él lo suficiente?

Cuando hablamos de aislamiento, hablamos del retiro de un pensamiento o acto de los demás a manera de quedar abandonado de la cadena de representaciones. Ugolino puede poner su pie derecho en la línea del piso, girar dos veces la perilla de su cuarto haciendo que el rosario haga ruido y contando del 1 al 10 en pares y nones, mas no sabe nada de la representación original. También el mecanismo del aislamiento se relaciona con la eliminación afectiva, es aquí donde

todo pareciera sin matices que le otorguen una pizca de su afán por ser alguien quien siente. Al preguntar al inicio de las sesiones: ¿Cómo te sientes? Contestaba: “Bien... es que no estoy mal”. No había nada de lo que él llamó después como: “Mi vida es como un electrocardiograma”, puntos de subida y bajada, interpretado sutilmente como ese corazón que después de todo late, a veces tan fuerte o tan pausado que asusta. El aislamiento se favorece con las racionalizaciones e intelectualizaciones del paciente. Es decir, se brinda así mismo justificaciones, teorías o razones para estar como está: “Estoy bien porque no estoy mal” (una sencilla), “Rozaba mi mano opuesta como lo había hecho la primera para que estuvieran iguales, si no tendría más células en una mano que en otra” (juego infantil proveniente del comentario de su hermano a partir de un programa), “el péndulo dijo que sí” (la responsabilidad por lo que piensa y siente está en los demás, en las razones, no porque él así lo desee). Contar también es una forma de aislar un pensamiento.

Por último está la formación reactiva, consiste en cambiar por su opuesto el afecto inicial. Ugolino narra que en una ocasión Angelina le preguntó: “¿Me amas?” Y él pensó: “No” pero que enseguida dijo: “Sí”. Volviendo al mecanismo inicial, *como si* no hubiese pensado lo primero. Cuando Freud describía a cerca del intenso odio reprimido expresado en su opuesto, pensamos en formación reactiva, pensamos en Ugolino respondiendo amorosamente ante los desplantes de Milburga. Pensamos también en la risa durante las sesiones: “En la neurosis obsesiva no deja de ser común ver al paciente sonriendo de una manera amistosa con un propósito de defensa, cuando se enfrenta con situaciones que le recuerdan algo que amenaza con provocar angustia” (Fenichel, 1966, Pág. 476). Ugolino no tenía compulsiones durante las sesiones, a cambio, aparecía la risa.

i) Fijación anal

Al hablar de fijación, de antemano nos vamos a los postulados freudianos de esquema básico en donde sabemos que por alguna intensa satisfacción o desagrado vivido en un particular período infantil, ocurre una fijación a una fase del desarrollo. Aunque también podemos hablar de fijación a cierta representación en donde está ligada la pulsión. En la neurosis obsesiva hablamos de una fijación anal, cuyos impulsos anales y sádicos son los destacados, lo vemos por sus conflictos “(...) entre la agresividad y la sumisión, la crueldad y la bondad, suciedad y aseo, desorden y orden” (Fenichel, 1966, Pág. 313). Si hay fijación anal, hay facilitación de regresión anal, regresión a estos impulsos que se han ido fortaleciendo a expensas de los edípicos fálicos, por ello que la bisexualidad y la ambivalencia sean rasgos propios aquí. Al hablar de la interpretación sobre la duda obsesiva, Fenichel lo hacía con el conflicto masculinidad vs. feminidad, por lo que de esta explicación tal deducción.

Ahora bien, otros rasgos a los que Freud hacía mención son a cerca del carácter anal: orden, frugalidad y obstinación, conocidos también como ordenado, ahorrativo y tenaz. ¿Ugolino es así? Lleva una vida ordenada, con un cuarto desordenado. No ahorra dinero, pero guarda en mochilas muchos recuerdos. Es un terco relajado después de dos años y medio de proceso.

Retomando a Fenichel: “La terquedad es un tipo pasivo de agresividad (...)” (1966, Pág. 319). Con lo que vuelve a aparecer la hostilidad insistente, atenuada, disimulada de forma tal que ni él se llega a enojar tanto, ni los demás terminan por darse cuenta de lo que en realidad le molesta. ¿La educación es una moral hipócrita necesaria o es una condena para el neurótico obsesivo? Ugolino no puede salir bien librado de esto.

En el orden encontramos la obediencia, en la obediencia la sumisión, en las reglas y los límites su actuar *normal y esperado* porque así lo pide la sociedad, los padres o Dios. La puntualidad y meticulosidad están presentes. Por un tiempo había un Ugolino de singular gesto que se acataba al deber, y sin hablar tampoco de heces o placer en su retención, los rasgos de carácter anal fueron moviéndose subjetivamente en él.

j) Especificidad

Hablar sobre la especificidad etiopatogénica de la neurosis obsesiva, es hablar de los puntos de vista tópico, económico y dinámico. Es responder sobre el acontecer metapsicológico de la neurosis obsesiva. A lo largo de estos incisos, de pensar a Sigifredo en Sigismundo, hemos abarcado la triada de la “hechicera” (me gusta la relación que hace Assoun entre Fausto y la metapsicología). He descrito el conflicto entre el yo y super yo (y no me refiero al de la melancolía); la fijación a la fase anal, y la dinámica entre el afecto y su representación, más los mecanismos que lo favorecen. Ha sido el contenido desmenuzado en cuantas apropiaciones teóricas me he podido acercar. Considero que la noción imaginaria que deseo compartir puede ser bien seguida entre tantos conceptos y ejemplos. ¿Cuál es esta versión que nos queda de Ugolino?

En el siguiente objetivo complemento esta versión, no tan ampliamente, pero con el fin de entretejer otro postulado teórico que nos permita visualizar y teorizar la caricatura de la que se valen para representar al neurótico obsesivo.

VI. LA PERSPECTIVA LACANIANA

VI.1 Tres tiempos, un atentado

En el seminario cinco de Lacan, nombrado Las formaciones del inconsciente, específicamente en la clase del 22 de enero de 1958, el autor hace mención de los tres tiempos del Edipo. La dificultad para desarrollarlos por mi parte, reside en tratar de decir lo que dijo cuando no dijo sólo eso a lo que estaré haciendo referencia. Uno cae en las inferencias y aplastamientos teóricos y no siempre con el pie derecho e ingenuamente con fines didácticos.

El planteamiento de Lacan consiste en que el sujeto haga un recorrido del deseo de la madre a la metáfora paterna. En un primer momento se partirá de la idea: “(...) el falo es objeto del deseo de la madre” (Las formaciones del inconsciente, 22 de enero de 1958), y su hijo es el falo que la completa. Lo que implica dos aspectos: la identificación fálica del bebé (cree ser el falo de su madre), y la atribución fálica a la madre (la madre lo tiene y el bebé lo es). Es un momento en donde ambos parecen ser uno sólo. Es un momento de inclusión, aquél donde mamá lo es todo y es perfecta, completa.

En un segundo tiempo, es en donde aparece el padre, un tercero como aquél que “(...) priva a la madre de este objeto, especialmente del objeto fálico, de su deseo (...)” (Las formaciones del inconsciente, 22 de enero de 1958). Viene a decir que la madre no tiene el falo y que por lo tanto, la atribución fálica es a él, al padre (padre imaginario), éste privador y terrible tercero que separa. Para que esto suceda, la mirada de la madre debe aparecer deseando al padre (¿en dónde está puesta su mirada y en dónde no?), y el niño se desilusionaría al saber que no es el falo de mamá y que hay otro quien lo tiene, que sería el padre. El niño concluye: “mi madre está en falta, no está

completa. Yo no soy el falo, mi padre lo es porque mira hacia él”. En pocas palabras, el niño deja de ser el falo, la madre deja de tenerlo y el padre es el falo que puede privar a la madre.

En el tercer tiempo, a la salida del Edipo, es el nivel “(...) aquél del padre que priva a alguien de lo que al fin de cuentas no tiene (...)” (Las formaciones del inconsciente, 22 de enero de 1958). Es decir, ni él, ni la madre lo tienen, está *más allá*, en el Otro, en la cultura. La privación del segundo momento, que es más bien hecha a la madre, es para dar cuenta ahora que es él el representante de la ley. Lo que implica que si bien puede tener el falo, no lo es. Es el momento del padre simbólico en tanto se le reconoce como padre, sea como sea, con un lugar.

Cuando Lacan habla de la metáfora paterna es para enunciar distintos aspectos; primero: el padre es una metáfora, y para llegar a ella se tuvo que haber hecho el recorrido desde el deseo de la madre (los tres tiempos del Edipo). Es metáfora porque en ésta, para enunciar al padre, en este caso, se pueden usar diversos significantes, es decir, el padre viene al lugar de la madre. No significa que sustituya a la madre, sino al significante de la madre. Hablamos de un padre investido por el significante de padre. Aquí mismo cabe hablar de la función del padre, el portador de la ley, la articulación simbólica del incesto por consecuencia y de la castración. Dirá Lacan: “Esta privación, el infantil sujeto la asume o no la asume, la acepta o la rechaza” (Las formaciones del inconsciente, 22 de enero de 1958). Es un momento en donde se problematiza el deseo: ser o no ser, tener o no tener. Y hablar de ser al tener, es hablar del desplazamiento del atributo fálico.

Ahora bien, apuntando al caso clínico, el recorrido antes expuesto tiene sus particularidades en la neurosis obsesiva, por lo que entonces guiaré el curso con referencia a Joël Dor, quien en su libro Estructuras clínicas y psicoanálisis, escrito en 1991, viene a darnos una descripción bastante

puntual sobre el acontecer obsesivo del cual partiré para hablar de tales vicisitudes alegóricas a la muerte. Por supuesto que no hago menos la constancia de la limitada explicación de estos tres tiempos. Me queda claro que el asunto es aún mucho mayor de lo que en tres párrafos pueda decir, sin embargo, planteo tan sólo este acercamiento desde esta perspectiva teórica, para dar cuenta de cómo aquí también no escapan los referentes que tratan de sustentar cómo es que el obsesivo es un *homicida simbólico* en potencia con todo y su pasividad que le caracteriza.

Para iniciar en este otro recuento de tres tiempos, se parte de la idea de que “(...) el obsesivo se habría sentido demasiado amado por su madre” (Dor, 1991, Pág. 129). Freud lo plantea en *Tótem y Tabú* diciendo:

Un tal exceso de cariño es un fenómeno corriente en la neurosis, sobre todo en la neurosis obsesiva, (...). Este exceso aparece siempre en aquellos casos en los que junto al cariño predominante, existe una corriente contraria, inconsciente, de hostilidad, o sea siempre que nos hallamos ante un caso típico de ambivalencia afectiva. La hostilidad queda entonces ahogada por un desmesurado incremento del cariño, el cual se manifiesta en forma de angustiosa solicitud y se hace obsesivo, pues de otro modo no sería capaz de cumplir su función de mantener reprimida la corriente contraria inconsciente. (1912, Pág. 1778)

¿A qué apunto con esto? A este sentimiento del hijo, del futuro obsesivo, de ser el favorito de su madre, de sentirse el más querido y privilegiado por ella, “(...) privilegiado en su investidura fálica” (1991, Pág. 130) dirá Dor. Lo que se traduciría, pensándolo desde la problemática del deseo planteada por Lacan, que el padre privador del segundo tiempo hace dicha separación, pues si no estaría hablando de un caso de psicosis, y que este padre, al que la madre mira, el hijo se percata de que aún y que ella voltee a otro lado, ella encuentra en él lo que no puede encontrar en

su padre. La pretensión es querer seguir siendo el falo de su madre. Dor nos describe esto en una sola frase: “*los obsesivos son nostálgicos del ser*” (Pág. 130). Nostálgicos de lo que un día fueron y ya no son y quieren volver ser. “Esta laguna en la satisfacción materna induce, ante el niño que la contempla, la apertura favorable a una suplencia posible”, “suplencia para la satisfacción del deseo materno” (Dor, Pág. 131). Suplencia, y hago uso de la metonimia, entendida como el relevo, intercambio o reemplazo al que se ofrece el hijo para que su madre esté completa. Así que al final del tercer tiempo del Edipo no se libra de la confrontación con la ley del padre, ésta se instaure, pero también queda aprisionado por tal mensaje de su madre: su insatisfacción.

¿Qué no es eso un atentado hacia él? ¿Cómo pudo haberse librado de no haber quedado atrapado por el deseo insatisfecho de su madre?, ¿Culparemos al padre? Esto tiene un costo. Por un lado tenemos a Freud puntualizando la hostilidad que surge ante el exceso de amor materno, y los modos que habrá de contenerse ésta (que desarrollaré más adelante). Por otro lado, desde Dor, el costo de la pasividad sexual, y de la imposibilidad de que él mediatice su deseo por él mismo y no por su madre, con lo que lo deja en la imposibilidad para demandar (“no me queda de otra”), en la servidumbre voluntaria (con un sentimiento de sentirse obligado, comprometido a, el deber lo llama), en la queja (no se puede zafar de la demanda del otro), y, por si fuera poco, también con un sentimiento de culpa por querer aspirar al lugar del padre cuando no debería. Y esto, resumido en una ilustración imaginaria, nos deja ver el sujeto, sujeto de todo y todos los demás, sin vivir por él mismo, lo que se asemeja a desvivirse por otros.

Ugolino menciona en una sesión: “Entonces cuando me despedí de mi mamá para irme a la escuela, me dijo: “te amo”. ¡Ella no me puede decir eso!, ¡Ella no me puede amar! Me puede decir: “te quiero”, pero amarme es como si fuese mi padre. Sé que soy su favorito, y que me prefiere a mí, ¡ya hace cuánto que se divorciaron!”. ¿Se entiende mejor la teoría? (me pregunto).

Joël Dor va a detallar al obsesivo como aquél que hace todo para el otro, aquél que controla y domina todo para que el otro no se le escape y él no pierda nada porque esto último sería como, y ojo aquí, como un “*desfallecimiento de su imagen narcisista*” (Pág. 141). Enfatizaré: “*desfallecimiento*”, no dice “fallecimiento” para referirse a la pérdida/muerte de una parte de él, sino para enunciar el agotamiento, el desvanecimiento de su imagen narcisista, de su imagen completa, pues no se muestra como sujeto deseante porque sería mostrarse en falta. Si complemento la ilustración del párrafo anterior, agregaría su paradoja: por querer controlar a los demás desviviéndose, si no es que matándose, también lo hace consigo mismo sin saber que de esta forma sólo logra desfallecimientos hasta el fallecimiento mismo de su sentido de vida. Él es su propio atentado.

Tal es el control que pone afuera con los otros, como con él mismo, que sus fallas, si son percibidas, son devaluaciones de todo su ser. En sí, apunta a la rivalidad con el padre para reemplazarlo y no puede fallar. Sigue con su nostalgia del ser. Pero es una lucha que no tendrá un final encarnado en el aquí y ahora, por lo que se remitirá a ésta constantemente. Nada ajeno suena aquí el llamado a uno de los tres rasgos de carácter anal que menciona Freud en 1908: tenacidad (no suelta la posibilidad de ser el falo de su madre, su deseo es imposible). Entendido por Dor como un rasgo de perseverancia y obstinación propios de esta neurosis.

De esto anterior, doy un paso más. De esta lucha con su padre, “(...) la necesidad imperativa de *matarlo* para ocupar su lugar ante la madre”. (Dor, Pág. 141). ¿Desea que se muera? (¡Vaya osadía por tal insistencia!) Trata constantemente que toda su agresión, *malos* pensamientos e *insensatos* deseos queden bajo el velo de su buena disposición, moral y sentido de justicia. Por ello que le llame, por ahora, un homicida simbólico. No lo hará, pues con tan sólo pensar esto le remuerde su *buena* conciencia, sin saber que en esa idea está su deseo, y en la sanción, su

defensa. En la sanción están todas las medidas protectoras de las que se vale para velar sus intenciones primeras y prohibidas. Más le vale contar, hacer dos veces las cosas, pensar y pensar, dudar y volver a dudar, con tal que no se le escape acción alguna que delate su hostilidad. Freud sintetiza esto de mejor forma: “El acto obsesivo es *aparentemente* un acto de defensa contra lo prohibido, pero podemos afirmar que no es *en realidad* sino la reproducción de lo prohibido” (1912, Pág. 1779). Anula cuanto sobresalto afectivo lo haga mostrarse como ser mortal. ¡Cómo!, ¡Si quiere ser el falo! Si bien cuida de no tener desfallecimientos de su imagen narcisista, con lo que hace, son pequeñas ejecuciones, ajusticiamientos, que no hacen más que dejarlo con la muerte en vida.

Disocia sus afectos, los neutraliza con su mecanismo de aislamiento, los minimiza con la anulación retroactiva, desde Dor. Freud lo explica diciendo: “(...) la represión no se produce por medio de la amnesia, sino de la destrucción de las relaciones causales mediante la supresión de los afectos” (1909, Pág. 1478). ¿Qué no es vivir un estado inevitable de sentimientos? Ahora también es su propio homicida. Otro atentado.

Esto no ha terminado. Si hasta ahora me he estado refiriendo a esta lucha perpetua a la salida del tercer tiempo del Edipo con sus incidentes maternos, rasgos de carácter que lo acompañarán por añadidura, mecanismos de defensa, entre otros puntos que parten de esta historia edípica y que a su vez muestran los matices concernientes a la muerte, será necesario dejar hasta aquí el asunto lacaniano resumido con la pregunta del obsesivo: ¿estoy vivo o muerto?

VII. PULSIÓN DE MUERTE

Hablar a cerca de la pulsión de muerte es atraer a una serie de postulados teóricos diversos que van desde el radicalismo de la imposibilidad biológica para postular la existencia de dicha pulsión hasta llegar al extremo en donde la pulsión de muerte es una distinta según a quien le pregunten. Las críticas y cuestionamientos sobre la especificidad de la pulsión de muerte y las observaciones a nivel de comportamiento a manera de demostración sobre la existencia de ésta, hacen caer en la confusión, en la inutilidad para preguntarnos cada sentido de cada palabra dicha por Freud, para terminar, graciosamente, en la repetición por tantos autores a cerca de la cualidad especulativa del concepto. ¿Qué no toda la metapsicología es así?

Al abrir el diccionario Laplanche encontramos diversos tipos de pulsiones recabadas a lo largo de la obra de Freud: agresiva, de apoderamiento, destructiva, parcial, sexual, de auto conservación, de muerte, vida y del yo. Sea siguiendo las definiciones o la obra original, el dualismo antitético pulsional es evidente. Así entonces encontramos las pulsiones sexuales vs. pulsiones de auto conservación y pulsiones de vida vs. pulsiones de muerte. La pulsión agresiva y destructiva las englobará la pulsión de muerte, y la pulsión sexual y de auto conservación quedarán dentro de la pulsión de vida, también llamada Eros. La lucha entre el principio de realidad vs. principio de placer, procesos psíquicos primarios vs. procesos psíquicos secundarios, y principio de Nirvana vs. principio de inercia, se torna lucha de quién está al servicio de quién. Esto no nos dice nada por sí mismo, así que comenzaré con descripciones cortas y de conocimiento general para ir entrelazando la problemática. Aunque lamento anunciar, no es una explicación lineal.

Se sabe que el principio de placer “(...) organiza la psique según un principio homeostático, de regulación, mediante el más bajo mantenimiento posible del nivel de la excitación” (Assoun,

2000, Pág. 59). En otras palabras, los procesos anímicos son regulados por el principio del placer, y ante una tensión, sentida como displacer, a su disminución, una producción de placer. “El principio de placer postula que el aparato psíquico viene regulado por la evitación y evacuación de la tensión displacentera (...)” (García-Castrillón, 2008, Pág. 91). Estamos hablando de energía libre y de los procesos psíquicos primarios, de un “(...) placer que no puede ser sentido como tal” (Freud, 1920, 2509) más que en su forma contraria.

Esto anterior, en su contraparte: hay un principio de realidad, cuya energía es ligada y está bajo los procesos psíquicos secundarios. Es decir, la satisfacción se puede postergar y en su obtención puede haber rodeos o sustitutos, caminos indirectos para este yo que no pueda funcionar libremente. “El principio de inercia por tanto, regula el funcionamiento primario, la circulación de la energía libre del organismo mientras que el principio de constancia (...) corresponde al proceso secundario, en el cual la energía está ligada” (García-Castrillón, 2008, Pág. 102). Ahora bien, ingresemos la pulsión de muerte y las complicaciones comienzan a emerger.

Freud da cuenta, de diversos modos, la imposibilidad que representa tender siempre hacia el placer de forma directa o indirecta, y cito:

- “(...) *la actividad psíquica inconsciente está dominada por un automatismo o impulso de repetición (repetición compulsiva), inherente, (...) provisto de poderío suficiente para sobreponerse al principio de placer; un impulso que confiere a ciertas manifestaciones de la vida psíquica un carácter demoníaco (...)*” (1919, Pág. 2496)
- “(...) es inexacto hablar de un dominio del principio del placer sobre el curso de los procesos psíquicos. Si tal dominio existiese la mayor parte de nuestros procesos psíquicos tendría que presentarse acompañada de placer o conducir a él (...)” (1920, Pág. 2508)

- “(...) en el analizado se ve claramente que la obsesión de repetir, en la transferencia, los sucesos de la infancia, se sobrepone en absoluto al principio del placer” (1920, Pág. 2524)
- “¿No existen realmente, aparte de los sexuales, mas instintos que aquellos que quieren reconstruir un estado anterior?, ¿No habrá otros que aspiren a un estado no alcanzado aún?” (1920, Pág. 2528)

García-Castrillón describe esto anterior diciendo: “Freud vino observando *la tendencia a repetir experiencias displacenteras que no podían ser explicadas a través del principio de placer*” (2008, Pág. 149). Laplanche retoma la presencia del masoquismo, la reacción terapéutica negativa y el sentimiento de culpabilidad para afirmar que tales, son impedimentos en la concepción de un funcionamiento psíquico dominado solo por la tendencia al placer, y de los cuales Freud se basó para hondar en otro funcionamiento. Así que, retomando lo dicho en Recuerdo, repetición y elaboración: “(...) el analizado no *recuerda* nada de lo olvidado o reprimido, sino que lo *vive de nuevo*. No lo reproduce como recuerdo, sino como acto; lo *repite* sin saber, naturalmente, que lo repite” (1914, Pág. 1684), y considerando también que no se puede someter todo a un funcionamiento bajo el principio del placer, no queda otra más que pensar que hay un *más allá* de este principio. No todo lo que repite un sujeto está en ligadura ni es capaz de quedar bajo el proceso psíquico secundario.

En 1920, Freud con su artículo Más allá del principio del placer da rienda suelta a este nuevo concepto: pulsión de muerte. Resuelve el placer y displacer ante la excitación no ligada, y con él da cabida a la compulsión a la repetición, deriva de él la pulsión de agresión y destructiva; y le atañe una fuerza demoníaca. Laplanche nos esquematiza la evolución de la teoría de las pulsiones de la siguiente manera:

1ª fase 1914 - 1915	2ª fase 1915 - 1918	3ª fase 1919	4ª fase A partir de 1920
	Sexualidad de objeto y narcisista	Sexualidad de objeto y narcisista	Pulsión de vida
Sexualidad (única pulsión genuina)	↗		
		Sexualidad no ligada y demoníaca	Pulsión de muerte

(1986, Pág. 25)

Assoun lo sintetiza como Eros = fuerza de vínculo y Tanatos⁵ = fuerza de desvínculo. García-Castrillón agrupa los procesos, conceptos y principios de la siguiente manera:

- **Principio de constancia**, homeostasis, principio de realidad, proceso secundario, energía ligada, ligazón, pulsión de vida.
- **Principio de inercia**, principio de nirvana, igualación con el medio, principio del placer, proceso primario, energía libre, descarga o desligazón, pulsión de muerte.

(2008, Pág.106)

Freud retoma los estudios de Weismann en los que se explicaba la diferencia entre soma y plasma germinativo para referirse a una parte mortal y otra inmortal respectivamente (a sabiendas que este estudio no refiere a animales superiores). Lo que trata de explicar es cómo hay una parte que tiende hacia la muerte y otra hacia la vida, una que neutraliza los efectos de la primera. Bien es cierto que lo hace desde un marco teórico biológico, por ello la confusión de plantear a la pulsión de muerte como un fenómeno biológico o como concepto metapsicológico. Plantea nuestro surgimiento a partir de lo inanimado:

⁵ Según el Diccionario de psicoanálisis escrito por Laplanche, Tanatos es una palabra griega que significa la muerte y es utilizada para designar a la pulsión de muerte a modo de simetría con el término Eros, designado para enunciar la pulsión de vida. Comenta, bajo el testimonio de Jones, que el término Tanatos nunca fue utilizado en los escritos freudianos y sólo en las conversaciones.

- “*Lo inanimado era antes que lo animado*” (1920, Pág. 2526)
- “Nosotros no hemos partido de la materia animada, sino de las fuerzas que en ella actúan, y hemos llegado a distinguir dos especies de instintos: aquellos que quieren llevar la vida hacia la muerte y otros, los instintos sexuales, que aspiran de continuo a la renovación de la vida y la imponen siempre de nuevo” (1920, Pág. 2530)
- “(...) un instinto *de la necesidad de reconstituir un estado anterior*” (1920, Pág. 2537)

Como principio de toda pulsión, siguiendo a Laplanche, sería siempre el retorno al estado anterior, a lo inorgánico, al reposo absoluto.

Tenemos, por tanto, una pulsión de muerte que tiende al estado inorgánico que lo asemejan con el estado de reposo absoluto, con la reducción completa de tensiones, dirigida al interior como autodestrucción y puesta en el exterior como pulsión destructiva o agresiva; un Eros que todo lo conserva, un Eros en la pulsión sexual; células germinales que neutralizan parcialmente la pulsión de muerte, comportándose éstas de modo narcisista bajo la lógica del yo: hay un yo depositario de la libido, de donde sale la investidura de objeto, capaz de introversión, lo que implica una retracción de la libido de objeto y vuelta hacia sí, con lo que quiere explicar un plasma germinativo a son de Eros para su actividad constructiva, para mantener unido lo inanimado.

Laplanche lo explica: “(...) la pulsión de muerte pasa a convertirse en esta fuerza <primaria>, <demoníaca> y propiamente pulsional, mientras que la sexualidad, paradójicamente, pasa del lado de la ligazón” (1967, Pág. 344). A cerca del principio del placer Assoun expresa que éste, en el sentido *atado* no queda invalidado, “(...) se convierte en una función de la pulsión de muerte” (2000, Pág. 86)

El Dr. Joan Coderch, prologa el libro Pulsión de muerte explicando el funcionamiento siempre activo del cerebro, señala: “Lo que a Freud le parecía inanimado y pasivo es, simplemente, energía en movimiento” (2008, Pág. 9). Y él mismo se apoya de la física cuántica para explicar dicha “energía en movimiento”. Explica que bajo el conocimiento de la física cuántica se sabe que la materia nunca está en reposo. Laplanche cuestiona: si volver a lo no vivo es pensar que de ahí venimos, ¿es un retorno por la pulsión o por causas internas? Cómo no debatir si Freud mismo habla de la dificultad para demostrar este funcionamiento biológico (“(...) difícil su descubrimiento directo” Pág. 2532) y da explicaciones, bajo las creencias de pueblos primitivos, o por el libro de El Banquete de Platón, a cerca de lo que seguramente él mismo sabía que debía refutar. Más no satisface con esos fundamentos.

Hasta aquí por lo pronto visualizamos el contexto teórico en la emergencia del concepto pulsión de muerte, sus implicaciones y funcionamiento. Esto puede ejercer posteriormente, como una base para dar continuidad al mismo concepto ahora llevado a la neurosis obsesiva.

“En la neurosis obsesiva, una regresión a la organización pregenital permite que los impulsos eróticos se transformen en impulsos agresivos contra el objeto” (Freud, 1923, Pág. 2724). “La organización genital resulta ser débil y muy poco resistente; así, cuando el yo inicia su defensa, alcanza, como primer resultado, la regresión total o parcial de la organización genital (de la fase fálica) a la fase sádico-anal” (Freud, 1925, Pág. 2849). Assoun, a cerca de la regresión afirma: “La regresión consiste en la actualidad de un proceso de “separación” –desvínculo, desunión o desintrincación- entre pulsiones eróticas y agresivas, entre Eros y Tanatos” (2000, Pág. 87). La regresión no es sólo a una fase de la evolución libidinal.

Siguiendo la línea de los impulsos agresivos, yéndonos a 1900, por La interpretación de los sueños, sabemos que los impulsos hostiles tienen la capacidad para generar una neurosis. Relata el caso de un señor quien se acusaba de tendencias homicidas y llevaba a cabo medidas de precaución para no llegar a ser un criminal/culpable. A lo que Freud señala: “La raíz principal de la enfermedad de este individuo se hallaba constituida por impulsos hostiles, de relación sexual, contra su padre, durante su infancia” (Pág.625). En 1905, con El chiste y su relación con lo inconsciente, muestra que el chiste “Hace posible la satisfacción de un instinto (el instinto libidinoso y hostil) (...) y extrae de este modo placer (...)” (Pág. 1084).

A tanta cita, entendemos que hay, en la neurosis obsesiva, una regresión a la fase sádico-anal que justifica tanto impulso agresivo dirigido al exterior y que dichos impulsos son causa de represión que pueden llegar a una psiconeurosis o a su expresión a manera de chiste. Ugolino no contaba chistes en sesión, pero reía constantemente, reía para no llorar, ¿reía para atenuar aún más la hostilidad de la que hablaba dirigida hacia su padre, Angelina y Milburga? Creo que sí. Además, la regresión puesta en marcha, nos da también un indicativo de una disociación entre la pulsión de vida y muerte, lo que equivale a una separación entre pulsiones eróticas y agresivas. Desconozco si se trata en esta regresión a la que refiere Assoun, de una lucha en la que la prevalencia surgida en el par de pulsiones (puesto que las pulsiones eróticas irían en Eros y las agresivas en Tanatos) determine el curso pulsional del sujeto. Ejemplifico con Ugolino: al haber una regresión, y por ser ésta a la fase sádico-anal, los impulsos agresivos se despiertan, siendo también favorecido a su vez por la desunión entre las pulsiones eróticas y agresivas, prevaleciendo las últimas como derivadas de la pulsión de muerte.

Ahora volvamos a 1923, donde la pulsión de muerte ya ha hecho su debut, y continúa Freud explicando que de tales tendencias discordantes con el yo (las agresivas), surgen las defensas de

formación reactiva y medidas de precaución para asegurar que ellas queden en el Ello. En Inhibición, síntoma y angustia, describe estas formaciones reactivas como hipermoralidad, compasión y limpieza excesiva. Salvo la última, Ugolino encaja. ¿Qué sucede con esto? Respondo desde Freud: “El super yo se conduce, en cambio, como si el yo fuera responsable de ellas, y por la severidad con la que persigue tales propósitos destructores nos demuestra, al mismo tiempo, que no se trata de una apariencia provocada por la represión, sino de una verdadera sustitución del amor por el odio” (1923, Pág. 2725). Este yo busca defenderse de sus ahora dos atacantes: ello y super yo. Lo que consigue, como lo señala más adelante Freud, es un auto tormento sin fin y después, un “sistemático martirio de objeto” (Pág. 2725). Hay un ello dominado por la pulsión de muerte, “(...) y quiere obtener la paz acallando, conforme a las indicaciones del principio del placer, al Eros perturbador” (Freud, 1923, Pág. 2728).

Me detengo para esclarecer la dinámica un poco más. El super yo “(...) representa al mismo tiempo lo prohibido y la función crítica –polo de la dinámica conflictiva-, pero también un foco de la pulsión de muerte, como interiorización de la agresividad (...). De esta manera, el super yo remite a la identidad paterna y al ideal del yo (...). Pero, por otra parte, representa el operador de la desintrincación) pulsional –y en tal calidad lo más cercano al ser pulsional” (Assoun, 2000, Pág. 89).

Desde Freud: “Según nuestra concepción de sadismo, diremos que el componente destructor se ha instalado en el super yo y vuelto contra el yo. En el super yo reina entonces el instinto de muerte, que consigue con frecuencia, llevar a la muerte al yo, cuando éste no se libra de su tirano refugiándose en la manía” (1923, Pág. 2724). Tendenciosamente hablando, menos mal que Ugolino y sus manías le permitían seguir rondando, sin sentir, como muerto vivo, como una muerte psíquica, regresando a un estado de reposo por las tardes (dormía), del que no quería salir

porque implicaría arriesgarse, disgustarse y que la neutralización de las células germinativas sobre el soma se perdiera⁶. Hablo de un reposo no sólo a nivel de comportamiento, sino en el quehacer diario, el de su vida afectiva. Laplanche habla de dos formas de muerte psíquica, de destrucción del yo, una por desbordamiento de la pulsión sexual no ligada, otra, por “(...) una conservación a toda costa de la homeostasis en el empeño de ahorrar toda sobrecarga, como el rehusamiento de nuevas posibilidades en el obsesivo, ascetismo o estoicismo (...)” (García-Castrillón, 2008, Pág. 244). Ugolino se coloca en esta segunda.

Muerte psíquica tipo 2 (al estilo DSM), puede ser; inhibición causada por su agresión reprimible, también: “Un instructivo ejemplo de tal inhibición general de corta duración me fue ofrecido por un enfermo de neurosis obsesiva que quedaba sumido en una fatiga paralizadora, durante uno o varios días, en ocasiones que habían debido provocar un acceso de ira” (Freud, 1925, Pág. 2835). La insistencia en la obra freudiana de considerar como causa de represión a los impulsos hostiles, lleva a la determinación irrefutable de saber: Ugolino está enojado. Es mejor reír, es mejor quedarse en cama, decir lo contrario, andar por la vida deambulando neutramente que arremeter contra sí mismo y hacer algo con su agresión.

Pero volvamos al punto de las *manías* que apenas comenzaba. Hay una pulsión de muerte gobernada por el super yo. Si bien en el objetivo uno se había retomado la conflictiva particular del neurótico obsesivo con el super yo, ahora le han agregado el Tanatos que lo distingue por no poder sentir placer netamente cuando siente culpa. ¿Por qué? Porque está más allá. No es un placer sentido en Ugolino como éxtasis orgásmica por llevar a cabo su ritual, esto más bien es sentido como imposición y como angustia si no lo realiza. Y en su contrapartida, al permanecer

⁶ No lo menciono por apuntar a una explicación biológica, sino por la dinámica biológica a la que apunta Freud para explicar la pulsional.

dormido (no porque deje de realizar su compulsión), lo que hace es no despertar su angustia: “(...) una restricción que el yo se impone para no despertar el síntoma de angustia” (Freud, 1925, Pág. 2841). ¿Angustia de qué? Es atrevido para mí decirlo puesto a que no sé si sea la mejor manera de enunciarlo, creo que esta angustia estaba relacionada con las *manifestaciones* (¿?) de la pulsión de vida, es decir, de todo aquello que estuviese en relación opuesta a su estado reposo, que en forma evidente y literal con su dormir, lo que hacía era no entrar en posteriores conflictos que él sentía que tenía que enfrentar al estar despierto (con su madre y Angelina principalmente), así, podía evadir el “y si...” y encontrar la paz por cierto tiempo. Esto no sucedía de manera consciente.

Ahora con calma el mismo ejemplo: Ugolino está por las tardes dormido, lo hace porque de salir tendría que pedir permiso, llamar constantemente para decir cómo está, dónde está, y tendría que pedir dinero (dejemos de lado el constante: “y si, y si...”). ¿Lo hace por no entrar en conflicto ya que implicaría enojarse porque lo llaman y lo cuestionan?, ¿o lo hace para no angustiarse?, ¿Quién dice a) y cuántos b)?, ¿Se trata de una inhibición?, ¿Hay inhibiciones voluntarias? La inhibición, desde Freud, no es necesariamente patológica y refiere a una restricción o disminución de la función. ¿De cuál función se inhibe Ugolino? Estamos hablando de su rehusamiento a la vigilia vespertina. Agreguemos que *casualmente* se quedaba dormido en distintas ocasiones para ir a la escuela, o se quedaba dormido por las mañanas cuando ya había acordado verse con Angelina para irse juntos en el metro. ¿Dormir para no enojarse? ¿Linda forma de negar?

No podemos equiparar enojo y angustia. Recordemos: “La angustia neurótica es angustia y ante un peligro que no conocemos” (Freud, 1925, Pág. 2878) Continuando páginas más adelante: “(...) el peligro real corresponde a un objeto exterior; y el peligro neurótico, a la exigencia de una

instinto” (Pág. 2880). ¿Qué sucede con Ugolino para que decida quedarse en casa dormido evitando cualquier conflicto, angustia y/o enojo previsibles? Llevemos este ejemplo a otro nivel más (por si fuera poco): resulta ahora que nuestro Ugolino no sólo se duerme. A veces, desde niño, se hacía el dormido. Sucedió un día que a su hermano le pegó con una silla en las piernas y cuando el padre fue a regañarlo, él se hizo el dormido. Cuando él se recuesta por las tardes en el sillón de la sala y su madre y hermano hablan de él, él se hace el dormido. Cuando está acostado y alguien entra, él se hace el dormido. Voluntariamente no quiere que lo vean despierto porque le hablarían, le pedirían favores, es decir, definitivamente el estado de reposo se le acomoda porque todo le causa aprietos innecesarios⁷.

Volvamos al recuadro citado en la página 15, el primer renglón retoma la inmovilidad total puesta en el sentimiento de angustia e ira, en las que se escucha: “estoy cansado” y “no quiero” respectivamente, ¿acaso Ugolino memorizó este primer renglón para enunciar cómo se sentía? Esta parte de recuadro se ajusta. Pero no sólo se trata de reposo/inmovilidad. Laplanche nos resume en la definición de pulsión de muerte, tres razones por las que Freud estableció dicha pulsión: por los fenómenos de repetición, por el carácter regresivo de la pulsión y por nociones de ambivalencia, agresividad, sadismo y masoquismo⁸. Estas razones como agregadas al planteamiento inicial a cerca de la imposibilidad de funcionar los procesos psíquicos siempre bajo el principio del placer. Laplanche se pregunta: ¿Al servicio de qué está la tendencia a la repetición? Y responde: a los intentos por el yo para controlar y luego derivar la tensión, como a manera de dominar las experiencias displacenteras; a lo pulsional, demoníaco, a la tendencia a la

⁷ Utilizo “aprietos innecesarios” para rodear el problema antes planteado.

⁸ García-Castrillón señala circunstancias personales y profesionales para la aparición del término: Preocupación de Freud frente a la muerte, la muerte de su hija Sofía, de su hermano Julius, de su amigo Von Freund, de su nieto, la entrada a la vejez, el colapso de la monarquía Austro-húngara, el cáncer de mandíbula, la destructividad de la Primera Guerra Mundial, la persecución nazi a sus teorías, sus frecuentes fracasos terapéuticos y su propia tendencia la compulsión de repetición.

descarga absoluta según le pulsión de muerte. ¿Ugolino duerme por inhibición ante su ira, por no despertar su angustia o porque la pulsión de muerte ha hecho de las suyas? Si hay en Ugolino compulsiones manifiestamente repetitivas como su ceremonial de la puerta, sueños en donde deja entrever su lado al rojo vivo, es porque el retorno de lo reprimido se manifiesta versátilmente, y no sólo bajo un esquema cuadrado de pensar a la pulsión de muerte con la parálisis obsesiva.

Hagamos aseveraciones que resuman:

- El ello está gobernado por la pulsión de muerte
- En el super yo reina la pulsión de muerte, liberándose el yo en la manía
- El yo entra en lucha contra ello y super yo (no quiere entrar en conflicto para no llevar a cabo una nueva represión o para evitar el autocastigo y se inhibe en su función)
- El yo, al quedar bajo el super yo ahora es masoquista⁹
- No todos los procesos anímicos apuntan hacia el placer
- Lo reprimido, pese a sus formaciones sustitutivas, reactivas o sublimatorias, no cesa en su tensión.
- El principio del placer está al servicio de la pulsión de muerte
- La cualidad regresiva de las pulsiones está en relación con la obsesión de repetición: se repiten experiencias displacenteras.

Por lo tanto:

- La compulsión a la repetición es lo contrario de la elaboración psíquica, y como en el neurótico obsesivo, “(...) el olvido se limita a destruir conexiones, suprimir relaciones

⁹ En la pulsión sexual hay un componente sádico que es expulsado por el yo, y a su retorno, es masoquismo; un sadismo contra el propio yo. El componente sádico se ve en la fase oral con el “(...) apoderamiento erótico con la destrucción del objeto” (Freud, 1920, Pág. 2535).

causales y aislar recuerdos enlazados entre sí” (Freud, 1914, Pág. 1684), el conflicto queda despojado de la cadena asociativa, que el proceso de elaboración pareciera ser hermético.

- El retorno de lo reprimido está bajo el dominio de la pulsión de muerte, más allá del principio del placer.
- En la neurosis obsesiva, los ceremoniales, las compulsiones de simetría u otras, muestran clara evidencia del fenómeno de compulsión a la repetición. Si bien hay en juego mecanismos de defensa como la anulación o el aislamiento, dicha tendencia, se muestra al servicio de lo pulsional en tanto el mismo carácter regresivo de la pulsión, es decir, al servicio de lo “demoníaco”: la pulsión de muerte que busca la descarga absoluta.

Pero... ¿Qué haremos con la minifalda?, ¿Bajo qué expresión de pulsión (Eros vs. Tanatos) la colocamos?

VIII. PULSIÓN DE MUERTE Y LA NEUROSIS OBSESIVA

VIII.1 Ensayo de muerte... y una minifalda

Los pares antitéticos mencionados: pulsionales y de principios, han brillado por su protagonismo, aunque considero, la apuesta hacia la estrella de nuestro estudio debe de estar puesta en Ugolino. Sujeto de dos caras que nos muestra por un lado su paralización, y por la otra, sus roces vivientes que le suscitan espanto y pena. Han sido, en mi figuración imaginaria, dos momentos en los que he establecido a la neurosis obsesiva: con y sin la inclusión de la pulsión de muerte, que corresponden a los objetivos 3 y 1 (pulsión de muerte y la perspectiva freudiana, respectivamente). El segundo, como buen lugar que me radica en el plano de lo secundario, lo traeré al discurso con simplicidades con las que quizá basten para justificar la razón para atar, en contradicción con la pulsión de muerte, los cabos sueltos entre la teoría y clínica antes planteada.

Ya estamos en el momento de dejar a un lado las definiciones de planta para pasar al juego y rectificaciones de las mismas. Distintos autores, que a continuación citaré, vienen a mi parecer, a perfilar en comportamiento y sobre la dinámica a la pulsión de muerte. Esto permite distintas objetivaciones: compartir pedazos de Ugolino a nivel imaginario en donde podremos situar a Tanatos y situar lo propio de la neurosis obsesiva bajo el funcionamiento de la pulsión de muerte, sea desde un referente teórico freudiano o desde el acortado y simplificado lacaniano.

¿Bajo qué imagen estamos de Ugolino? Retomaré parte de las viñetas antes citadas para ligarnos a una escena en común, lo haré sin formalismos. Ugolino dice quedarse inmóvil ante el enojo, la lucha entre pensamientos lo paraliza, se sentía desorganizado por un tiempo, mencionaba no enojarse ni llorar, sentirse “bien”, sentirse “x”, aburrido, y cuando logra percatarse de algún afecto: lo hace menos, lo menciona con distancia, o bien, *se le escapa* en algún momento de su

vida y comienza el conflicto. Duerme cuestionablemente por las tardes, se hace el dormido, en distintas ocasiones afirmó olvidar y dejar de lado a Milburga (la descatetizada), y constantemente, durante el primer año de tratamiento, hablaba en negativo: “no vaya a usted a pensar...”, “no quiero dar a entender que...”.

La figuración del neurótico obsesivo en general, es de alguien *cuadrado* de pensamiento, con manías, *frío* y calculador, que en su versión hollywoodense lo asocian con el personaje principal de la película Mejor Imposible. Entre psicólogos, la imagen es de alguien sumamente ordenado que por algún lugar se le escapa el desorden o contrapartida que haga el opuesto: en algún cajón están revueltas las cosas, la sexualidad es promiscua (lamentable adjetivo), o ven que trae siempre los zapatos sucios pero a cambio, llega puntual y peinado. Una versión lacaniana para principiantes es la del señor recostado, rígido, con un recuadro alusivo a ser él un cadáver viviente. Si dejase a Ugolino en su caricaturización obsesiva, muy pintoresca por cierto, correría el riesgo de sólo hablar de pulsión de muerte y perdernos la versión que lleva a los suspiros. La versión del cosquilleo, sudoración, la que emociona y atrae. La que puede resultar amarillista o histérica, pues no importa cual categorización hagan, siempre y cuando se pueda vislumbrar que Ugolino, en su ensayo, ensaya bajo su condena pulsional. Bajo Tanatos, con un Eros por la culata.

Primeramente quedémonos con la parte de la sutileza parasitaria de la tranquilidad: Ugolino dormido cual bello durmiente sin darse cuenta, sin sentir, sin vivir, los dolores de la vida. Un Ugolino haciéndose pasar por dormido cual similitud por hacerse pasar por muerto, para no darse cuenta, no sentir, no vivir, los dolores de la vida.

García-Castrillón prefiere *redefinir* el concepto de pulsión de muerte como “(...) un anhelo negativo de no tener que desear, o bien, de lograr la satisfacción constante e imposible del deseo” (2008, Pág. 221). A nivel manifiesto lo describe: “(...) como lo son aquellos que se dejan pasivamente estar en un no ser o acercándose a una forma mínima de ser”, como una “(...) toma de posición pasiva y no deseante frente a la existencia” (2008, Pág. 222). Habla de un deseo de nada, un conflicto entre ambas pulsiones (vida y muerte), siendo esta última la disociante. Necesitando así, el deseo para asociar y unir, pues “El no deseo desobjetaliza” (2008, Pág. 223). Esto me remite más al caso del melancólico con su *cultura de pulsión de muerte*, pero bien se asemeja en su inicio a nuestro caso clínico con su pasividad, yendo por la vida sin ser, sin agarrarse de su deseo, pues éste se pierde entre tanta idea y pensamiento, en la culpa por desear, en el titubeo dudoso a cerca de hacer o no hacer.

Con los elementos clínicos tampoco se puede adjudicar una muerte psíquica como lo describe Laplanche. Se asemeja. Mas la muerte de su yo no ha sucedido y quedó lejos de estarlo. Laplanche ni Lacan hablan de una muerte biológica o del soma. Se trata de una muerte psíquica en donde el yo muere por invasión de la pulsión sexual no ligada o por tratar de evitar cualquier sobrecarga defendiendo su homeostasis. Esto quiere decir, en sentido *ugoliano*, que la lucha de su yo ante la pulsión sexual no ligada, lo deja en su sentir “desorganizado”. Por un lado, dicha desorganización puede interpretarse por el movimiento psíquico que comienza a hacer el paciente a su estructura, pero por el otro, da cuenta al mismo tiempo de la presencia de la pulsión de muerte silenciosa. Lo que implica un Eros en lucha por neutralizar a Tanatos: el yo aún vive. De la segunda opción de muerte psíquica, en el caso de Ugolino, hay un yo que definitivamente evita sobrecargas inhibiéndose, rodeando, vacilando con tal de funcionar neutro, sin sobresaltos ni demoras. Así, cuando todo es lineal por mucho tiempo, pareciera que Ugolino busca una descarga

de la tensión (no conscientemente), y cuando está desorganizado, la paz. Y con la paz, más paz. Después: ¡pas, pas!, una sacudida que le hace ver que su yo, no ha muerto.

A cerca del “sentirse desorganizado” quiero hacer una pausa ilustrativa. Es común como terapeuta ver como *avance* en un cuadro de neurosis obsesiva, la desorganización del sujeto. Solemos decir: “se está moviendo”, con lo que referimos al trabajo satisfactorio realizado. Incluso hasta hacemos niveles de la expresión para denunciar un movimiento psíquico por el espacio terapéutico o para delatar una psicosis: “está desorganizado”. Sin embargo poco se teoriza al respecto y aprovecho un breve espacio para hacerlo.

Si la pulsión de muerte tiende a la inmovilización, la pulsión de vida estará del lado opuesto: “El desorden y la agitación de la vida provienen de Eros” (Green *et al*, 1984, Pág. 81). Cuando la libido está sin meta y sin ligazón, desorganiza. Esto refiere más a momentos tempranos del desarrollo y a la regresión misma¹⁰, por lo tanto, puede presentarse en cualquier momento de la vida. Al mencionar que Ugolino entró en una fase más regresiva en el trabajo terapéutico, refiero con ello, a un movimiento pulsional en donde la pulsión de vida sacude la inhibición y paralización causada por la pulsión de muerte. “La pulsión de vida y la pulsión de muerte son ambas activas de manera autónoma. La dominación de la una o la otra es lo decisivo” (Green *et al*, 1984, Pág. 93). Cuando Ugolino logra sentir, enojarse, salir de sesión lleno de coraje o tristeza, Eros está haciendo de las suyas. Quiere sentir, y cuando siente, preferiría no sentirlo porque prefiere callar su enojo, no mostrar sus lágrimas y no hablar de su dolor. Con el tiempo, pudo hacer algo más con sus afectos, si en un inicio hacía *como si* no ocurriese nada, después los expresaba. Bleger, a razón de un caso menciona: “(...) los afectos tenía que señalárselos en el comportamiento corporal (...)” (1978, Pág.105). En sesión, Ugolino se agarraba de la silla

¹⁰ Basándome en la definición de regresión expuesta por Assoun y citada en la Pág. 80.

fuertemente, los ademanes con las manos a veces eran una guerra contra sí, el olvido de lo que estaba diciendo justo cuando hablaba a cerca del enojo sentido lo hacía más obvio y al fin, aparecía un: “Chingado”, “Que no mame”. “¡Agr! ¡Me da mucho coraje!”.

Hanna Segal habla de la presencia del dolor ante la pulsión de muerte operante. Lo detalla al decir: “(...) el instinto de muerte es una tentativa realizada con vistas a no percibir, a no sentir, a rehusar los goces y el dolor de vivir (...)” (Green *et al*, 1984, Pág. 44), “El instinto de muerte como el instinto de vida, busca la satisfacción, y la satisfacción del instinto de muerte (a falta de muerte) está en el dolor” (Green *et al*, 1984, Pág. 45). Hay un yo que quiere permanecer intacto. ¡Que se duerma o que se haga el dormido! Pero cuando se vuelve evidente que la pulsión de vida en la lucha con la pulsión de muerte ahora está *tomando ventaja*: una minifalda aparece como prueba y más vale quitar los matices de exaltación que esto pueda provocar. Es decir, Ugolino narra dicho sueño con ecuanimidad, no hay fantasías (según él, y si me la creo), ni expresión facial para contarlo.

Eero Rechartd explica esto anterior como una forma en la que la pulsión de muerte se opone a lo perturbador para volver al estado de paz, entendiendo por “estado de paz” a la “(...) tendencia de alejamiento a algo” (Green *et al*, 1984, Pág. 54), un alejamiento tal, en donde no haya perturbación alguna. Lo que en Ugolino es si acaso sentido como provocador en el sueño, más vale quitar los matices que muestran sobresaltos *erianos* (de Eros). Este sueño al que hago referencia, apareció al regreso de vacaciones de semana santa. En él me mostraba como terapeuta indispueta a atenderlo y al mismo tiempo con toques tendenciosamente sexuales, los colores fosforescentes me recordaron la apuesta afectiva en el sueño puesta. Ingenuamente, trabajé el sueño en torno a la separación y la transferencia. ¿Qué no era el momento para preguntarle: “¿qué

tan corta era la falda?”? Esta fue una sugerencia hecha por parte de un maestro, lo que me pareció atinado ya que iba dirigida hacia el punto escurridizo de la sexualidad, hacia la pulsión de vida.¹¹

Otra muestra manifiesta de la pulsión de muerte durante las sesiones fue el *bloqueo* de Ugolino. Bien es sabido que a los neuróticos obsesivos se les dificulta asociar libremente por la vigilancia super yoica puesta a su discurso, de la que difícilmente se pueden separar, por lo que expresiones como: “me bloqueé”, “ya no sé qué decir”, no faltaron. Teóricamente Rechartd e Ikonen señalan: “Las más de las veces, la pulsión de muerte sólo produce un bloqueo” (Green *et al*, 1984, Pág. 83). Así mismo, hacen una categorización de los afectos dominados por la pulsión de muerte, es decir, de aquellos que muestran la tendencia a la paz, incluyendo entre ellos “(...) la angustia, la ira, el odio, la repulsa, la vergüenza, la envidia, la culpabilidad, la apatía, el sentimiento de vacío y el aburrimiento” (Green *et al*, 1984, Pág. 89). A lo largo de los ejemplos sobre el caso clínico hemos podido ubicar la mayoría de ellos. La envidia, estaba puesta en su medio hermano, y él podía nombrar como tal este sentimiento. Era una envidia por tener a su padre.

Ante el ciclo Milburga-no Milburga, que implicaba Milburga platónica-Milburga descatetizada, éste había sido teorizado desde la relación amor-odio en la Pág. 59, sin embargo bajo el funcionamiento de la pulsión de muerte, puede esto interpretarse a partir de las formulaciones de André Green acerca del desinvertimento; rodearé su “narcisismo negro” para no entrar en complicaciones. Menciona: “(...) la manifestación propia de la destructividad de la pulsión de muerte es el *desinvertimento*” (1984, Pág. 74). La separación entre Ugolino y Milburga no podía realizarse bajo la magia del día en donde “de pronto” ya no sentía nada por ella, y creía haber salido bien librado de la relación. ¡Lástima que así no funcione! Sólo se pudo en cuanto hizo

¹¹ El título original de la Tesis era Ensayo de muerte, después de discutir el caso con el Dr. Manuel Guzmán me sugirió: “... y una minifalda”, título al que me rehusé hasta hacer acomodos narcisistas propios. Más tarde, bajo revisión con el Dr. Guillermo Vanegas, la formalidad necesaria del caso adquirió un acomodo más y agregué: La vida y muerte en un caso de neurosis obsesiva.

consiente sus afectos hacia ella y al dar cuenta de la negación hecha a cerca del trato recibido por parte de la misma, para entonces así, comenzar un proceso de separación. El desinversión parecía bastante gráfico. Sin embargo, no se puede confundir con la función desobjetalizante que el mismo autor propone: “(...) la función desobjetalizante, lejos de confundirse con el duelo, es el procedimiento más radical para oponerse al trabajo de duelo que está en el centro de los procesos de transformación característicos de la función objetalizante” (1984, Pág. 74). A lo que Green quiere dirigirse, es a la explicación de cuadros como la melancolía, autismo infantil o psicosis.

Ugolino al decir: “ya no siento nada por Milburga” y rectificarlo varias veces en sesión por varias sesiones, parecía más bien un intento de convencimiento yoico, de “me gustaría reprimirlo”. Cuestioné al respecto de la insistencia, así como también de la presencia repetitiva del “no”, sea en relación con Milburga o en otras expresiones como: “no vaya a creer que...”, “yo no pienso eso, sólo digo que...”, “no quiero decir...”. Si nos vamos al artículo breve de La negación en Freud, sin rodeo alguno o explicación agobiante dice:

- “El contenido de una imagen o un pensamiento reprimidos pueden, pues, abrirse paso hasta la conciencia, bajo la condición de ser negados” (1925, Pág. 2884)
- “La negación es una formación de percatación de lo reprimido (...)” (1925, Pág. 2884)

Si se desea reprimir, es porque causa conflicto, displacer. Pareciera haber quedado *fuera* lo indeseado, cuando lo que en realidad ha sucedido, es una expulsión de la cadena de representaciones, cuyo monto de afecto, no tarda en retornar a su lugar original. Freud señala: “Vemos cómo la función intelectual se separa en este punto del proceso afectivo” (1925, Pág. 2884). Y si agregamos una estructura obsesiva, en donde la facilitación para la disociación entre

afecto y representación está puesta en juego, la negación se vuelve inminente: “no pasa nada”, “estoy *bien*, nada que ver con lo me dice”. La negación forma parte de la manifestación de la pulsión de muerte, y Ugolino no escapa, “(...) la negación –consecuencia de la expulsión– pertenece al instinto de destrucción” (1925, Pág. 2886), y la pulsión de destrucción, como hemos revisado, es un derivado de la pulsión de muerte.

Englobando en generalidades, la agresión, la culpa, las inhibiciones, los síntomas compulsivos, son todos productos de la pulsión de muerte. Tomó media tesis teorizarlos desde el esquema freudiano dadas las particularidades de gran importancia por la época misma, pero que al volver a ser teorizadas desde la pulsión de muerte, cobran un sentido adicional digno de trabajarse también en sesión. Es decir, podremos trabajar una a una las manifestaciones obsesivas, para con el tiempo cuestionar en su conjunto, cómo es que entonces la monotonía prevalece en todo el ser que se postra quejando.

VIII.2 Pulsión de muerte del cadáver viviente¹²

Desde Lacan, haciendo lectura freudiana para encontrar las manifestaciones de la pulsión de muerte, también es posible. No pretendo hacer una mezcla de explicaciones. En lo absoluto. Mi posición es evidentemente la ortodoxa, sin embargo, al hacer lectura de un referente lacaniano, uno puede ubicar lo que en Freud se explicó de otra forma. Lo haré remitiéndome a los mismos ejemplos citados del objetivo dos.

Joel Dor al teorizar a cerca de la neurosis obsesiva, utiliza términos que ya nos delatan todos aquellos a los que en la pulsión de muerte encontramos. Si leemos: pasividad, culpa o desfallecimiento, comenzamos a percatarnos de la tendencia hacia el estado de reposo. Cuando

¹² Refiero a la caricatura de Lacan para principiantes.

nos explica cómo el hijo se ofrece para completar a su madre insatisfecha, lo hace para deducir cómo es que el neurótico obsesivo queda atrapado en la imposibilidad para desear ya que quedó atrapado en ese temprano momento por el deseo de su madre. A esto le adjudica la imposibilidad para demandar, la pasividad sexual, la imposibilidad para mediatizar su deseo por él mismo, lo que lo lleva a apegarse “al deber” y por tanto, a quejarse de esto mismo y sentir culpa (Culpa por estar ofreciéndose al lugar del padre).

Trasladando esto anterior primero, a un nivel de comportamiento, objetivamos cómo el neurótico obsesivo se ajusta a lo que le dicen debe hacer sin poder hacer por él mismo, como zombi, como servidumbre (palabra de Dor). En Ugolino lo vemos cuando “no le queda de otra” más que seguir con Angelina aunque él no quiera, acatando la sumisión ante las llamadas constantes por su madre y novia, sintiéndose “mal” por recibir un “te amo” por parte de su madre. Dor, al hablar sobre las características de dominio y control por parte del obsesivo, lo hace para señalar que el obsesivo no puede mostrarse en falta, deseante, porque sería un atentando a su imagen narcisista de completud, y como señalé ahí mismo, lo único que se logra ver, es al obsesivo queriéndose notar por la perfección, donde nada le falta, cual cumplido y ordenado es, cuando lo único que logra es ir atenuando las demostraciones humanas de equívocos y emociones.

La pulsión de muerte va tomando partida sobre la de vida: controla y domina, que no haya desorganización porque quitaría la neutralidad, lo mostraría humano, y un *falo* no puede verse como tal. ¿Qué si está vivo o muerto? Vivo en el soma, y con una pulsión de muerte que lo hace asemejarse con el muerto en vida, pues lo va llevando poco a poco a pequeñas ejecuciones que en otro momento fueron vida y hoy muerte.

VIII.3 Ensayo de muerte... ¿y una diarrea?

Después de una minifalda le siguen la diarrea, la caída del pelo, ronchas, colitis, dolor de cabeza y fuegos. Fueron síntomas psicósomáticos que aparecieron y desaparecieron entre la sesión 72 y la 171. La mayoría de ellos hacían conjugación con el término del semestre ante la tensión de los exámenes y trabajos finales, y cuando había momentos de intenso enojo por las discusiones con Angelina. ¿Mera coincidencia? Ugolino no veía la relación.

Los síntomas se presentaban como “eso que le pasa a mi cuerpo quién sabe porqué”. Es decir, donde el cuerpo era el sufriente y no el afecto teñido como tal. Al cuerpo “le pasa” *como si* a él no le pasara. Si la pulsión es el límite entre lo psíquico y lo somático, aquí el soma está trastocado. No se trata de una incapacidad intelectual de Ugolino para verbalizar sus afectos. Bien se había citado en repetidas ocasiones, la situación a cerca de la disociación de los mismos, puestos donde no deberían de estar, minimizados, anulados o transformados en su contrario. Aquí pasa algo distinto. No se trata de un síntoma conversivo en el que la traducción del mismo nos narra una escena atrapada sin elaboración. Se trata de representaciones escindidas que nos remiten a momentos muy arcaicos de nuestra vida, al núcleo psicótico de nuestra personalidad, en donde los límites de la simbolización y *análisis* se hacen presentes.

No es mi pretensión hablar de la relación madre-hijo de la que se valen diversos analistas para hacer sus teorizaciones psicósomáticas, sino dar cuenta que en la aparición de dichos síntomas, le recuerdan a Ugolino que tiene un cuerpo, sea un cuerpo que siente, doliente, apestoso, con brotes *fogosos*.

Lo que se reactiva en cada síntoma psicósomático está en el orden de lo primitivo que no alcanzó a trabajarse durante los dos años y medio de tratamiento. Sin embargo, Ugolino pudo percatarse

de su cuerpo mismo y lo extraño que puede resultar percibir el mismo cuerpo como ajeno de sí, y a la par, percatarse de las relaciones entre los acontecimientos emocionales que le suscitaban dichos síntomas. El dolor de cabeza en particular, apareció 4 veces de las 224 sesiones. Las primeras dos veces que sucedió, Ugolino dijo: “Que raro, a mí nunca me duele la cabeza y ahorita me empezó a doler”. Para la tercera y cuarta vez que pasó, agregó: “¿qué estaba diciendo que me empezó a doler la cabeza? Ya no puedo pensar”. Se bloqueaba. El cuerpo le servía para inhibir su discurso. La pulsión de muerte casi-casi que le decía: ¡cállate!

La disociación del cuerpo con las emociones es bastante particular en los síntomas psicósomáticos. En la neurosis obsesiva, es una disociación entre emociones y representaciones, emociones y cuerpo, por lo que el cuerpo mismo viene a decirnos: hay un Eros trabajando. Hay una pulsión de vida que no deja continuar con el reposo. Freud menciona: “Otro peligro es el de que en el curso de la cura lleguen también a ser reproducidos impulsos instintivos nuevos situados en estratos más profundos, que no habían emergido aún” (1914, Pág. 1686). Queriendo apuntar el surgimiento, durante el análisis, de pulsiones, asumo que síntomas también, nuevos, por el movimiento psíquico, a veces a niveles primarios durante las sesiones. Para Ugolino los síntomas psicósomáticos eran parte de su *desorganización*, decía: “Primero tenía todo revuelto en mis libretas, llego tarde a clase, me quedo dormido, me salen fuegos, me da colitis, estoy todo desorganizado”.

En una ocasión, después de platicar con Milburga por internet, habiendo estado trabajando la relación con ella a cerca de su separación en las sesiones, mencionó haber tenido diarrea al término de su plática. Sólo una vez. No pudo decir más. La cita que repito y con la que quiero cerrar, para abrir nuestra elaboración es la siguiente, pues me parece muy sensata a cuanto discurso psicósomático en la neurosis obsesiva he apuntado: “La enfermedad psicósomática

puede experimentarse como una señal constante de que el cuerpo está vivo” (Bleichmar, CL, Bleichmar NM, 2001, Pág. 268). Y no está hablando de pulsión de vida.

VIII.4 Contratransferencia inmiscuida

Un breve apunte a cerca de la contratransferencia creo que se vuelve rescatable cuando en ésta se puede también ubicar, si es posible nombrarlo de esta manera, los roces sentidos con la pulsión de muerte con Ugolino. El paciente neurótico obsesivo es descrito entre los analistas como un paciente que aburre, no sale de lo mismo, ciclado en un mismo tema, y es verdad. Por mi parte puedo decir, dado esto anterior, que cansa e inclusive hasta sueño me llegó a dar con tantos rodeos y vueltas a una situación particular. Estas características se contraponen a la versatilidad histérica, nos muestra que la pasividad obsesiva como reflejo de la pulsión de muerte, nos envuelve en las sesiones, deseando hasta terminar cual estado de reposo de un profundo sueño. Cuando nos detenemos en este punto, y nos cuestionamos a cerca del cómo es que entonces el paciente me causa tanto aburrimiento/cansancio, es momento para respondernos a cerca de nuestro propio enrolamiento pulsional. Momento para cuestionarnos sobre lo que estamos escuchando y dejamos de escuchar.

El caso Ugolino bien ejemplifica los sobresaltos en la neurosis obsesiva de los que nos podemos valer para el trabajo clínico que termina por remover la pasividad. Nos muestra que no todo es cuadrado y sin afectos. Que en la utilización, por ejemplo, de analogías y metáforas para tratar de expresar su sentimiento en la sesión, los elementos provocativos o coloreados, están para hacer una llamada de atención. Y considero que al obviarlos, al caer en “otra vez llegó con lo mismo”, nos perdemos de la contrapartida entremetida de vida que ahí mismo está puesta, pero que no ha sido escuchada, ni se le ha dado un lugar.

IX. DISCUSIÓN

La mayoría de nuestros pacientes acuden buscando atención a partir de sus propios cuestionamientos o por su sufrimiento insoportable. Otros, por que los “mandan”, porque es “requisito”, y el deseo por ir a su análisis tarda en aparecer. Dar un lugar para escuchar a ese sujeto que acude a nuestra consulta, por lo menos para mí, no es para todos. En cada sesión desplegamos nuestra escucha, a veces nos atravesamos de modo tal, que en nuestras interpretaciones, la sorpresa viene también para nosotros al dar cuenta del inconsciente del otro, cuando no de forma consiente en uno lo estábamos escuchando. En los pacientes con rasgos obsesivos, de pronto pareciera hacerse una escucha lineal, de yo a yo, donde todo está tan bien acomodado, tan justificado, que la marcha sobre ruedas no nos hace cuestionarnos. El paciente llega puntual, paga exacto, avisa sus cancelaciones, y hasta da gusto que no nos metan en el atolladero cuando se infringe el encuadre psicoanalítico. Sin saberlo, actuamos contratransferencialmente con la misma distancia como con la que se maneja nuestro paciente. En particular, este caso clínico que he nombrado como Ugolino, no sólo hizo darme cuenta que actuaba bajo este trasfondo. Entendía de compulsión, de duda, deuda, pensamiento mágico, rasgos anales, sabía de sus mecanismos de defensa, a cerca del pensamiento obsesivo, ¿y para qué? ¿Para qué saberlos uno a uno cuando no pasa nada en sesión como la nada pasa con el paciente? No me explicaba su insistencia notoria al tema de la muerte o su mención en forma negativa: “no vida”. Podía teorizar bajo este primer esquema freudiano su funcionamiento, y no fue hasta leer a cerca de la pulsión de muerte, cuando dio un giro el caso para mí.

Las dos primeras preguntas iniciales a cerca de la presencia de la muerte en la neurosis obsesiva fueron las que de algún modo hicieron posible llevarme a posteriores cuestionamientos. Esto tomó dos caminos bajo el discurso de Ugolino: desear/pensar a su padre, Angelina, Milburga

muerdos y él sentirse muerto. Bajo la revisión teórica freudiana antes de 1919, fue posible respondernos cómo es que los impulsos hostiles son motivos de represión y de transformación a su contrario, o bien quedando como ideas sin tener que tomarlas como deseos, por ello que aparecieran *temores* e ideas de muerte relacionados a estos personajes. A cerca del segundo camino, la propia visualización de Ugolino como muerto, queda comprendida ante la posibilidad de ir haciendo consiente su pasividad y paralización. Ante la imposibilidad de sentir, después, su imposibilidad para nombrar lo que siente, le queda su decir del sentir en negativo: “no vivo”, o la analogía para expresarse: “estoy como muerto”. Bajo un contexto lacaniano, la visualización queda vista por la causa de haber quedado sin posibilidad de desear, quedando bajo el deseo de su madre en un primer momento. No puede desear por sí mismo y por ello que se desviva bajo el deseo de los demás.

La abducción afectiva a la que hice alusión como característica del obsesivo y como impedimento para el escritor de este cuadro, puede ser una respuesta contratransferencial de la que podemos observar las teorizaciones breves y puntuales o esquemas del sujeto. Si bien quien escribe puede tener rasgos obsesivos, es digno de cuestionarse la implicación con el paciente en tanto su pulsión de muerte que no sólo hace caer en reposo al paciente, sino a uno mismo también. Cuestionarse su implicación en el caso haciendo respuesta simétrica contratransferencial con acomodos teóricos lógicos y racionales.

Metapsicológicamente hablando, ¿qué ha muerto?, ¿bajo qué mecanismos y dinámica?, ¿qué hacer con los restos de vida?, ¿con los de la parte *fallecida*? No *murieron* los afectos del obsesivo, tan sólo se desplazaron a representaciones alejadas. Quien *perdió* la batalla, por decirlo de alguna manera, fue la pulsión de vida en su lucha con la pulsión de muerte. La parte *viva* que se nos presenta como arremetidas en contra de la pasividad vista en colores, síntomas

psicosomáticos o en elementos relacionados a la sexualidad, tiene que ser interpretada como tal. Es decir, mostrar al sujeto la presencia de su contenido inconsciente del que nada puede hacer para controlar o dominar. La parte *fallecida*, su reposo/paralización, puede ser cuestionada tanto en actos como en discurso, a fin de romper las convicciones. No como un objetivo planteado por el tratamiento, sino como una forma de confrontarlo en su contradicción a cerca de lo que quiere hacer o sentir y las ideas fijas de las que no se quiere mover porque asusta, porque lo hace moverse del reposo gozoso.

Ingenuamente y al mismo tiempo a sabiendas de ello, me planteé hacer una distinción, en medida de lo posible, entre lo *perteneciente* a las manifestaciones de la pulsión de muerte en un caso de neurosis obsesiva, de las manifestaciones propias del cuadro, desde un marco teórico freudiano y lacaniano. Sé que es como intentar separar las semillas de la manzana. ¿Qué es manzana y qué es semilla? La inclusión y pertenencia entre ambas es tan sólo separable en el trazo extremo. Sin embargo, creo que es atinada la visualización para ubicar conceptos y dinámicas. Bien puede estar todo revuelto e implicado entre sí, como también pueden distinguirse particularidades. Y como esto es posible, los señalamientos e interpretaciones pueden ir apuntando a distintos *niveles*.

Pensemos en los mandatos y prohibiciones: “debes de” o “no debes de”. Es un hacer bajo una imposición en donde no hay cabida para la decisión del sujeto. Es un mandato deformado del padre/super yo (en Freud), una manifestación de su imposibilidad para demandar (desde Lacan), una manifestación de la pulsión de muerte con sus compulsiones e inhibiciones (en Freud). Tenemos tres teorizaciones válidas. La interpretación hecha bajo distinto marco teórico referencial tiene alcances particulares. En el primero, por poner un ejemplo, uno podría trabajar a cerca de su rigidez ante las reglas y su relación con su padre; en el segundo, cómo es que se

coloca bajo el deseo de los demás sin ser él mismo quien haga para sí; y en el tercero, aunque comparta la misma teoría con el primero, desde otra dinámica, puede interpretarse sobre su tendencia a quedarse sin hacer nada viendo pasar la vida, por su duda o por temor a que algo *malo* suceda.

Vayamos con otra comparativa. Primero tenemos en Freud el sentimiento de culpa ante la posibilidad anticipada de que algo malo pase por sus *malos* pensamientos, si no es que sólo aparece tal sentimiento sin razón. Lacan la teoriza como una culpa sentida por querer seguir aspirando al lugar del padre. Con la pulsión de muerte, en Freud, la culpa sería un derivado de ésta: “Así, el trabajo del instinto de muerte suscita el temor, el dolor y la culpabilidad en el yo que desea vivir y permanecer intacto” (Green *et al*, 1984, Pág. 45).

Otro ejemplo. Los rasgos de carácter anal propuestos por Freud son: ahorrativo, ordenado y tenaz (obstinado o terco también según la traducción). Dor, bajo el referente lacaniano, nos habla de control y dominio, de perseverancia y obstinación en el obsesivo, no por una fase anal, sino porque éstos hacen alusión a la imposibilidad de volver a ser el falo de su madre, es decir, a la rivalidad con el padre, en donde no hay lugar para desfallecimientos de su imagen narcisista. Bajo la teoría freudiana con la pulsión de muerte, se sobreentiende que tal orden, ahorro y obstinación son rasgos del obsesivo que le sirven para mantener sin sobresaltos su sentir, lo que lo lleva a mantener la neutralidad, afuera la inquietud.

Una más. En Freud se entiende por la idea de la muerte del padre, el deseo del sujeto. Se sabe que sus impulsos hostiles reprimidos logran hacer la aparición en idea de su deseo, que por su pensamiento mágico pasará si lo piensa como tal, por lo que la culpa anticipada aparece siempre haciendo de las suyas en las compulsiones. En Lacan, matar al padre viene para enunciar su lucha

con el padre para ocupar éste lugar ante la madre. Con la pulsión de muerte, las compulsiones encaminadas a salvar al padre por haber pensado su muerte (“haz... o tu padre morirá”), son un modo de desembarazo de lo perturbador tendencioso a volver al estado de reposo.

En esta separación teórica que hago en Freud, no pongo en contradicción la teoría, la pulsión de muerte viene a enunciar otro sentido ahí puesto, otra dinámica pulsional, que en el trabajo técnico bien se puede hacer la distinción. Desde la postura lacaniana, la explicación del cuadro obsesivo es distinta, sin embargo, ambas no son teorías que hagan lucha por decir cosas radicalmente opuestas o diferentes, sino son teorizaciones sobre la subjetividad que dan cuenta de las mismas características en algunos momentos.

Deducir el contenido inconsciente, interpretar el sentido latente de las manifestaciones, es nuestro trabajo, y uno se vale de su referente teórico y técnico para hacerlo. Si mi objetivo hubiese sido mostrar la pulsión de muerte en un caso de neurosis obsesiva, me parece que no se hubiera prestado a la confusión o enredos teóricos, sin embargo, preferí la no linealidad. Bien pude titularla bajo Reflexiones psicoanalíticas de un caso de neurosis obsesiva, mas el título no dice lo que deseo expresar. La presencia del tema de la muerte no sólo fue la iniciativa para comenzar las distintas teorizaciones, el objetivo añadido fue sentir al obsesivo y mostrar su lado de vida, de desorganización, sufrimiento, enojo y provocación.

¿Qué no es esto una doble partida tanto teórica como afectiva?, ¿Una muestra teórica y clínica posible? Si con Freud antes de 1919 tenemos el bagaje conceptual, después de Más allá del principio del placer, aunque viene la segunda tópica, me parece que también viene la posibilidad de escuchar y sentir lo que faltó en la primera tópica. Permite vislumbrar el dinamismo dual pulsional en el que se debate la alegría y la indiferencia, el acto y la inhibición, la sexualidad y la

destrucción. Si *Comenzando por el cuadrado* era para aludir a cuanta teoría de base contamos, *Ensayo de muerte...y una minifalda* era para referir a esto último.

Más acá de la refutación biológica de las células germinales y el soma, está su dinámica. *Más allá* está la pulsión de muerte en Freud, el goce en Lacan (pero no quiero entrar en puntuaciones teóricas con el goce). Una tendencia hacia la repetición no siempre con miras a la obtención del placer, sino con la función de llevar la vida hacia la muerte, al estado anterior de la vida donde se infiere que está todo muerto/inanimado. En un caso de neurosis obsesiva, dada la agresión puesta en el objeto, es difícil que esté puesta en el sujeto mismo para cometer un acto suicida, es decir, que la pulsión destructiva esté puesta en él mismo; sin embargo, la tendencia hacia lo inanimado lo vemos en su paralización en actos, movimientos, expresión facial, monotonía al hablar. ¿Buscaremos el plasma germinativo o el gen no. X encargado de mantener constantes los afectos? Si la física cuántica ha demostrado que no hay nada estático, no hay materia pasiva/muerta por lo que no se puede demostrar científicamente la pulsión de muerte cuyo fin es el retorno al *estado anterior*¹³, ¿cómo es que pretenden encontrar la materia estática en efectos de la pulsión de muerte si el *estado anterior* nunca lo fue pasivo? Es decir, Freud desconoció los hallazgos de la física cuántica, pero no erró en hablar de la tendencia a un estado anterior. Finalmente, con o sin física cuántica, la pasividad a la que refería Freud, por un lado, estaba asociada a la inactividad, lo indolente, indiferente, a la apatía. Por el otro, a la pasividad estática del soma entendida como su muerte, sobreentendiendo que partimos de lo no vivo/lo muerto, luego a lo vivo y retornamos a lo no vivo. Y así es, estén o no las partículas en movimiento. Si no ¿Cómo distinguir la vida sobre la muerte?, ¿O es que bajo la física cuántica es que se explica la vida eterna? Se están igualando los términos.

¹³ “Esta hipótesis deriva de un instinto *de la necesidad de reconstituir un estado anterior*” (Freud, 1920, Pág. 2537)

Tenemos así a Tanatos y Eros disputándose la energía pulsional. A Ugolino pensando y pensando acerca de si brincar o no la cuerda, para con ello decir si entra o no al juego de la vida en donde puede caerse, equivocarse, sudar o cansarse. Donde hay lugar para que algo bueno o malo, conveniente o inconveniente, lo que sea, pase. Conforme el tiempo en sus sesiones, *pasaron muchas cosas*. Síntomas nuevos, otros desaparecieron. Tanto *movimiento* hizo ver que en su ensayo de muerte no logró la *quietud del mundo inorgánico*¹⁴. Lograr el movimiento, por supuesto que está asociado con sus elaboraciones en torno a la identificación con su padre, la deuda simbólica ahí mismo relacionada, a cerca de su pensamiento mágico, culpa, su agresión y tristeza.

La excavación quedó incompleta¹⁵, pero hay cimientos para continuar y mucho material por trabajar. ¿Será acaso la minifalda, además de una emisora de Eros, la representación de la zona intocable de su proceso de análisis? Así parece. ¿Lo no escarbado corresponde a otros contenidos inconscientes *fallecidos*/sin movimiento elaborativo? Lo puede ser en tanto no hay cabida para el movimiento, es decir, para el cuestionamiento, la crítica, ni siquiera para hacer mayor mención a ellos. Lo no escarbado parece no querer entrar en ligazón. No lo dejan. Con razón. Y cuando se escapa en pequeños montos: una batalla se desata para volver a estar en la plenitud/*planitud*.

¹⁴ "(...) la función así determinada tomaría parte en la aspiración más general de todo lo animado, la de retornar a la quietud del mundo inorgánico" (Freud, 1920, Pág. 2540).

¹⁵ Hago alusión a su sueño final narrado en la Pág. 34.

X. VIDA Y MUERTE EN UN CASO DE NEUROSIS OBSESIVA

El título Vida y muerte en un caso de neurosis obsesiva resume cuanta idea y teorización he hecho a lo largo de los distintos apartados. Pero sería aplanar a la formalidad con miras al buen deber hacer, y llevarnos de paso el caso clínico que nos muestra sus colores para advertirnos, su diarrea para acatarnos y la minifalda para seducirnos. Vida y muerte es el dualismo emblemático de esta Investigación Cualitativa a través de un Estudio de caso clínico, de corte psicoanalítico. Ugolino, el caso clínico cuya historia fue levemente modificada, ejemplo impuro por el entrecruzamiento de la subjetividad, ha sido un instrumento para comprender las generalidades y algunas particularidades de la neurosis obsesiva bajo referentes teóricos de Freud y Lacan. Ugolino, con sus ideas y temores de muerte, nos llevó por el camino de la averiguación a cerca de este tema hasta poder explicarnos dicha insistencia, a partir del concepto de pulsión de muerte. Atravesamos muchos cuestionamientos, teorías, autores; vimos pasar su rigidez, desorganización, desesperación y enojo; llegamos luego a la cúspide de su ensayo y cuando estuvimos ahí, nos percatamos de sus demostraciones afectivas. Había alguien ahí vivo.

Ugolino tenía un sueño repetitivo desde la infancia y lo volvió a soñar estando en este proceso. Contaba que en su sueño, él iba con su hermano caminando hacia un panteón en el cual, al centro tenía una estatua. Se acercaban y en eso la estatua decía: “Ahhh” y salían corriendo. Describe el piso como movedizo y muy verde. Y como sabía de antemano que la estatua haría ese sonido, al acercarse, pensaba en su sueño: “ya sé que va a pasar”. Este sueño no lo entendí hasta mucho tiempo después y parcialmente. La estatua, cual figura sin vida, vivía. No estaba del todo muerta. Lo hacía con un leve sonido, espantando a los demás. Esto nos remite a la vida misma de Ugolino. Al salir él mismo en el sueño y espantarse ante tal escena, parece ser la parte *bien* viviente en Ugolino, la que corre, grita, se hunde y ve los colores de la vida. El piso movedizo y

muy verde remitía, en su proceso, al movimiento psíquico, afectivo, en el cual estaba comprometido. En donde seguramente, como en otros períodos de su vida, se le *movía* el piso. En donde el muerto revivía. Se hacía evidente la lucha de pulsiones despertada en su análisis.

Llegaron prontamente otras formaciones de compromiso y síntomas psicossomáticos que tal parecían sacudirlo con su invasión. Era un ataque perturbador de su tranquilidad. No había vuelta atrás, salió y salió corriendo y gritando. Más tarde no se trataba a cerca de una estatua que asusta, de una Angelina caprichosa, de una madre protectora o de *amigas* que simplemente le gustaban. Era él quien se asustaba ante los afectos sentidos, él quien se coloca en el pago de una deuda impagable, él quien se situaba al lugar del padre, él quien en su identificación con el padre daba cuenta de su amor hacia él en lugar de tanto repudio y enojo hacia éste. Logró percatarse de sus repeticiones. Hacer conscientes sus ideas puestas en juego para reconocerlas más tarde como deseos. Darse cuenta de la conveniencia inconveniente de sentir y llorar mejor por una canción de Maná donde relata la partida del padre, que llorar y entristecerse por su padre mismo que lo dejó.

Tenemos a un Ugolino sufriente, su cuerpo lo delató, sus formas para alejarse en su discurso para no asumirse implicado también. Tenemos una minifalda, un bronceado, colores fosforescentes, un Ugolino que se despide de abrazo y diciendo: “la voy a extrañar”.

Este fue un relato sobre su *ensayo de muerte*, pero por sus pinceladas, tal parece que ahora está en su *ensayo de vida*.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguirre, J. (2008). El deseo y el síntoma en la neurosis obsesiva. Trabajo publicado en el libro “Modernidad, tecnología y síntomas contemporáneos”, Serie Conexiones, 2008, Buenos Aires. Recuperado el 10 de noviembre del 2009 de <http://deliranteserial.blogspot.com/2008/07/el-deseo-y-el-sintoma-en-la-neurosis.htm>
- Assoun, Paul-Laurent. (2002). La metapsicología. Glenn Gallardo (Trad.) México: Siglo XXI Editores. (Trabajo original publicado en 2000)
- Assoun, Paul-Laurent. (2005). Lecciones Psicoanalíticas sobre el Masoquismo. Irene Agoff (Trad.) México: Nueva Visión Editores.
- Bleger, J. (1978). Estudio de la parte psicótica de la personalidad en Simbiosis y Ambigüedad. Buenos Aires: Paidós.
- Bleichmar, C.L., Bleichmar, N.M. (2001). El psicoanálisis y lo psicossomático en Perspectivas Psicoanalíticas. México: Paidós.
- Bodni, Osvaldo. La investigación psicoanalítica. Recuperado el 26 de abril del 2011 en www.psicoanalisis.com.ar/investigaciones/inv_psi_caso_unico.htm
- Diccionario de la Real Academia Española en línea. En <http://www.rae.es>
- Dor, J. (2006). Estructuras clínicas y psicoanálisis. (1era. Reimpresión) V. Goldstein (Trad.) Buenos Aires, Argentina: Amorrortu editores. (Trabajo original publicado en 1991)

Fenichel, Otto. (2003). Teoría psicoanalítica de las neurosis. Carlisky (Trad.) México: Paidós.

(Trabajo original publicado en 1966)

Freud, A. (2006). El yo y los mecanismos de defensa. Cárcamo (Trad.) México: Paidós.

(Trabajo original publicado en 1961)

Freud, S. (1996). Análisis de un caso de neurosis obsesiva (Caso el hombre de las ratas). López-

Ballesteros & De Torres (Trad.) Sigmund Freud Obras completas (Vol. 2, pp.1441-1486).

Madrid, España: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1909)

Freud, S. (1996). El carácter y el erotismo anal. López-Ballesteros & De Torres (Trad.) Sigmund

Freud Obras completas (Vol. 2, pp.1354-1360). Madrid, España: Biblioteca Nueva.

(Trabajo original publicado en 1908)

Freud, S. (1996). El chiste y su relación con el inconsciente. López-Ballesteros & De Torres

(Trad.) Sigmund Freud Obras completas (Vol. 1, pp.1029-1167). Madrid, España:

Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1905)

Freud, S. (1996). El yo y el ello. López-Ballesteros & De Torres (Trad.) Sigmund Freud Obras

completas (Vol. 3, pp.2701-2728). Madrid, España: Biblioteca Nueva. (Trabajo original

publicado en 1923)

Freud, S. (1996). Inhibición, síntoma y angustia. López-Ballesteros & De Torres (Trad.) Sigmund

Freud Obras completas (Vol. 3, pp.2833-2883). Madrid, España: Biblioteca Nueva.

(Trabajo original publicado en 1925)

- Freud, S. (1996). La disposición a la neurosis obsesiva. López-Ballesteros & De Torres (Trad.) Sigmund Freud Obras completas (Vol. 2, pp.1738-1743). Madrid, España: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1913)
- Freud, S. (1996). La herencia y la etiología de las neurosis. López-Ballesteros & De Torres (Trad.) Sigmund Freud Obras completas (Vol. 1, pp.277-285). Madrid, España: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1896)
- Freud, S. (1996). La interpretación de los sueños. López-Ballesteros & De Torres (Trad.) Sigmund Freud Obras completas (Vol. 1, pp.343-720). Madrid, España: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1900)
- Freud, S. (1996). La negación. López-Ballesteros & De Torres (Trad.) Sigmund Freud Obras completas (Vol. 3, pp. 2884-2886). Madrid, España: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1925)
- Freud, S. (1996). La neuropsicosis de defensa. López-Ballesteros & De Torres (Trad.) Sigmund Freud Obras completas (Vol. 1, pp. 169-177). Madrid, España: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1894)
- Freud, S. (1996). La sexualidad en la etiología de las neurosis. López-Ballesteros & De Torres (Trad.) Sigmund Freud Obras completas (Vol. 1, pp.317-329). Madrid, España: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1898)

- Freud, S. (1996). Lo siniestro. López-Ballesteros & De Torres (Trad.) Sigmund Freud Obras completas (Vol. 3, pp. 2483-2505). Madrid, España: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1919)
- Freud, S. (1996). Los actos obsesivos y las prácticas religiosas. López-Ballesteros & De Torres (Trad.) Sigmund Freud Obras completas (Vol. 2, pp.1337-1342). Madrid, España: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1907)
- Freud, S. (1996). Nuevas Lecciones Introdutorias al Psicoanálisis. López-Ballesteros & De Torres (Trad.). Sigmund Freud Obras completas (Vol. 3, pp. 3101-2306). Madrid, España: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1932)
- Freud, S. (1996). Nuevas observaciones sobre las neuropsicosis de defensa. López-Ballesteros & De Torres (Trad.) Sigmund Freud Obras completas (Vol. 1, pp.286-298). Madrid, España: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1896)
- Freud, S. (1996). Recuerdo, repetición y elaboración. López-Ballesteros & De Torres (Trad.) Sigmund Freud Obras completas (Vol. 2, pp.1683-1688). Madrid, España: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1914)
- Freud, S. (1996). Tótem y Tabú. López-Ballesteros & De Torres (Trad.) Sigmund Freud Obras completas (Vol. 2, pp.1745-1850). Madrid, España: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1912)

García-Castrillón, Frank. (2008). La pulsión de muerte. Historia de una controversia. Madrid, España: Editorial Psimática.

Green, A., Ikonen, P., Laplanche, J., Rechartd, E., Segal, H., Widlöcher, D., Yorke, C. (1986) La pulsión de muerte. Bleichmar, Silvia (Trad.) Buenos Aires, Argentina: Amorrortu editores.

Guzmán, Raymundo. Sobre la función del caso clínico en la transmisión del psicoanálisis.

Revista de Educación y desarrollo No. 12. Enero-marzo 2010. Recuperado el 26 de abril del 2011 en www.cucs.udg.mx/revistas/edu_desarrollo/anteriores/12/012_Rangel.pdf

Lacan, J. (1958-9). Seminario 5. Clase 10 del 22 de enero de 1958. Las Formaciones del inconsciente. Recuperado el 8 de septiembre del 2010 de <http://www.scribd.com/doc/7000081/LACAN-Seminario-5-Clase10PDF>

Lacan, J. (1958-9). Seminario 6. Clase 15. El Deseo de la Madre. Recuperado el 10 de noviembre del 2009 de <http://www.scribd.com/doc/7000179/LACAN-Seminario6-Clase15-El-Deseo-de-la-MadrePDF>

Laplanche, J. (1996). Diccionario de psicoanálisis. Gimeno (Trad.) Barcelona, España: Paidós.
(Trabajo original publicado en 1967)

Leader, D. (2004). Lacan para principiantes. Wolfson (Trad.) Buenos Aires, Argentina: Era Naciente SRL.

Nasio, J.D. ¿Qué es un caso? Recuperado el 26 de abril del 2011 en <http://www.conversiones.com/nota0273.htm>

Rojas, M^a del C; Muñiz M. (Comp.)(2008) Perspectivas de la psicología clínica. Ed. Universidad Autónoma de San Luis Potosí, Universidad Autónoma de Nuevo León, México. Pp. 12-21

Roudinesco, E. (2008). Diccionario de psicoanálisis. Piatigorsky (Trad.) Buenos Aires, Argentina: Paidós. (Trabajo original publicado en 1997)